

RAQUEL DÍAZ

NUESTRO *Destino*

Bilología **Destino** vol.2



«Hay amores que por más trabas que encuentren en el camino... Siempre, siempre, siempre descubren la forma de estar juntos»

NUESTRO DESTINO

RAQUEL DÍAZ

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Nuestro destino*

© *Raquel Díaz*

Edición publicada en enero 2018

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

RAQUEL DÍAZ

NUESTRO
Destino

*A mi madre, por su coraje y fortaleza.
La gran mujer de mi vida.*

Índice

Nota de la autora

[1 MIEDO Y OSCURIDAD](#)

[2 VERDADES Y DOLOR](#)

[3 SE ACABÓ](#)

[4 MIRARÉ HACIA DELANTE](#)

[5 ¿VALIENTE? LOS VALIENTES NO HUYEN](#)

[6 INCOMPLETO](#)

[7 POR QUERERTE](#)

[8 TIEMPO Y DISTANCIA](#)

[9 VOLVER A SONREÍR](#)

[10 REGRESAR](#)

[11 UNA VEZ MÁS](#)

[12 ESTÁS AQUÍ](#)

[13 DESOLACIÓN Y DESESPERANZA](#)

[14 ¿NORMALIDAD?](#)

[15 SORPRESAS](#)

[16 DECISIONES, CONSECUENCIAS Y ENCUENTROS CASUALES](#)

[17 POR FIN](#)

[18 SIN MIEDO A NADA](#)

[19 PASOS DE CERO](#)

[20 ILUSIÓN Y GANAS DE MÁS](#)

[21 PRIMERA CITA](#)

[22 VERDADES](#)

[23 INQUIETUD Y LIBERACIÓN](#)

[24 ASUNTOS COMPLICADOS](#)

[25 PROBLEMAS, SOLUCIONES Y COMPRENSIÓN](#)

[26 SÓLO CONTIGO](#)

[27 JOEL](#)

[28 ASE5NW. DESTINO: MALLORCA](#)

[29 LA BODA](#)

[30 IRA Y TEMPLANZA](#)

[31 LAS CARTAS SOBRE LA MESA](#)

[32 JAQUE MATE](#)

[33 CONFLICTOS INTERNOS](#)

[34 CONVERSACIONES INEVITABLES](#)

35 ENCUENTROS INESPERADOS Y CHARLAS PENDIENTES

36 TU REFUGIO

37 NI UNA MÁS

38 CAMBIOS

39 ENFRENTANDO LA VIDA

40 LUZ

41 MIS PEQUEÑAS

42 MEJOR CONTIGO

EPÍLOGO

Agradecimientos

Nota de la autora

Recuerdo como si fuera ayer la vez que abrí un nuevo archivo para empezar la historia de Cristian.

Hacía relativamente poco que había terminado de escribir Bienvenidos a mi caos y no necesité pensarlo demasiado, parecía una locura, no podía desprenderme de él y sentí la necesidad de contar su historia. Oía su voz en mi cabeza, a todas horas... Sólo tuve que centrarme en escucharle y trasladar todo aquello a un prólogo que dio paso a todo lo demás.

Ahora, prácticamente ocho meses más tarde he terminado la primera parte, después de dos baches importantes en mi vida personal, de un gran desequilibrio emocional, de parones, de bloqueos, de no tener ganas de nada... Me encuentro con que, otra vez, un archivo en blanco es mi salvación.

Cada quebradero de cabeza, cada decisión, todas esas canciones que me removieron por dentro mientras la escribía y el resultado final... Me han servido para sonreír y romperme el alma a partes iguales.

¿Qué nos queda por pasar?

El amor es sinónimo de lucha, constancia y cuidado. El amor es sinónimo de confianza. El amor es darlo todo por la persona con la que quieres compartir tu vida. Intentaremos recuperarlo.

Las amistades, si son de verdad, permanecen en ti, atadas en cualquier rincón de tu interior para siempre. Debemos cuidarlas.

Ni yo misma sé a ciencia cierta qué nos depara la continuación de esta historia, sólo sé que, a un día de haber terminado el borrador de la primera parte, necesito plantarme aquí y dejar que ocurra, seguir sintiendo y seguir contándolo, porque todavía siento la angustia y el dolor que me dejó el final que acabo de dejar atrás.

Escribir aporta luz a mi vida, aquí, escondida entre estas páginas todo es más fácil.

1

MIEDO Y OSCURIDAD

Catalina

Escuchar esas palabras de la boca de Borja y ver que la mirada cómplice que se dedicaron Claudia y Cristian confirmaba justo lo que acababa de escuchar... Me rompió.

Noté cómo todo en mi interior se desvanecía, no tenía fuerzas para levantarme y enfrentarme a ese maldito huracán que amenazaba con joderme la vida, no tenía valor para ponerme en pie y demostrar que habían conseguido hacerme daño con mentiras y juegos sucios.

En un minuto volví a construir esa muralla que me había ayudado tanto durante todo este tiempo con el paso de los años, no pensaba derramar ni una maldita lágrima delante de ellos dos, no pensaba agachar la cabeza, no pensaba mostrar un ápice de debilidad.

Sabía lo que venía a continuación. Mi cuña... Bueno, Carolina iba a entregarle a Javier el mejor regalo de toda su vida, ella estaba tan ilusionada que no podía fastidiarle la noche y la gran noticia montando un espectáculo.

Quería y debía marcharme.

Enseguida supe cuál sería el siguiente paso: Toni estaba cerca. Él siempre pasaba las Navidades en casa de su hermano, no podía hacer otra cosa que recurrir a él, de nuevo.

*“Catalina: Necesito que me saques de aquí.
Ven a por mí... Por favor.”*

Le mandé mi ubicación y no tardó nada en contestarme.

“Toni: Estaré allí en veinte minutos.”

Fingí lo mejor que supe hacerlo durante esos minutos que pensaba que no terminarían jamás, no me acerqué a Cristian, no quise abarcar el tema, no

necesitaba saber más y Carol me lo puso más fácil cuando adelantó la entrega del regalo e intentó disipar el mal rato.

Nadie se dio cuenta cuando salí por la puerta. Nadie excepto él. Vi cómo salía del portal justo cuando yo me metía en el coche.

—Acelera. ¡Vamos! Llévame a casa. —Alcé la voz desesperada.

—¿Ya te has cansado de jugar a estar enamorada de un gilipollas como ese?

¿Jugar a estar enamorada? Ojalá. Ignoré esa pregunta estúpida, queriendo encerrarme en mi misma, no me apetecía hablar con nadie, no quería tener ninguna conversación, sólo necesitaba desaparecer, pero por el retrovisor vi a Cristian.

Nos seguía.

Y en ese mismo instante supe que no se iba a rendir.

Llegamos a Alicante, Toni me dejó en mi portal, pero supuse que todavía tenía algo que decirme cuando dejó el coche mal aparcado y bajó detrás de mí.

Era incapaz de escuchar, no conseguía entender lo que estaba diciendo... Había aguantado tanto rato la tensión que había dentro de mí que empezaba a encontrarme verdaderamente mal, me sentía mareada, tenía ganas de vomitar...

De repente sentí cómo su mano me agarraba del brazo y me zarandeaba, me movió a su antojo, no podía pararle, el ruido de una moto, de SU moto, llegó a mis oídos, su voz, su grito pidiéndole a Toni que me dejara en paz, su olor, su contacto, su mirada penetrando la mía... Y saqué fuerzas de dónde ya no las tenía para pronunciar lo único que me quedaba por decirle.

—No voy a escucharte nunca más. Se acabó. Aléjate de mí. Sal de mi vida. Desaparece. No quiero volver a verte en la vida Cristian, no quiero que me toques, no quiero que me hables, no quiero que me llames, no quiero absolutamente nada que venga de ti.

Fue un mero susurro, me sentí temblar, me hacía falta aire, me ahogaba, no podía respirar, empezaba a ver borroso...

De repente me soltaron, nadie me retenía, podía marcharme a casa.

Al cerrar la puerta del portal intenté recuperar la calma, pero no podía aguantar ni un minuto más, dejé escapar esa maldita lágrima que llevaba reteniendo desde que había oído la cruda realidad y fue la primera de muchas otras, lloré igual que una cría estúpida y sentí cómo la ansiedad se apoderaba de mi cuerpo.

Me dispuse a subir a casa y cuando estaba a punto de llegar... Mi cuerpo me abandonó. Trastabillé con uno de los escalones, no tuve fuerza suficiente para sostenerme a la barandilla o buscar un punto de apoyo en la pared, así que me rendí y lo último que recuerdo antes de entrar en la oscuridad fue un tremendo golpe en la cabeza que me dolió cómo si me hubieran tirado una piedra enorme con todo el ímpetu del mundo.

Silencio. Vacío. Negror. Penumbra. Nada, absolutamente, nada más.

Me pareció escuchar un fuerte golpe contra un cristal, el repiqueteo de los mismos por el suelo y la voz de Cristian llamándome una y otra vez, desolado.

Le estaba contestando... Juro por Dios que lo estaba haciendo, pero él no podía oírme... Intenté hacerlo más fuerte... Pero el dolor fue devastador.

La oscuridad me absorbió.

Cristian

Me asusté. Joder. Me asusté muchísimo.

De hecho, creo que nunca había estado tan acojonado en toda mi vida como cuando conseguí ver su silueta tendida en el suelo.

La ambulancia solo tardó quince minutos en llegar, pero a mí me parecieron años.

La levantaron con mucho cuidado, gracias a una de esas camillas plegables antes de meterla en el interior de la ambulancia. Y en todo ese tiempo no me separé de ella, no podía hacerlo.

Por primera vez en todos estos meses, la vi frágil, no solté su mano en ningún momento, verla cómo la llenaban de cables y le ponían la mascarilla de oxígeno pudo conmigo. ¿Estaba en peligro? ¿Corría algún riesgo? Vi cómo dedicaban especial atención a la herida que tenía en la cabeza, seguía sangrándole.

Miles de preguntas volaban libres por mi cabeza, pensamientos que resultaban imposibles de controlar y las voces de los chicos de emergencias no hacían más que ponerme en alerta.

—La herida es superficial. He conseguido detener el sangrado.

—Entonces... ¿Se pondrá bien? —pregunté al técnico de emergencias sanitarias.

—La paciente no despierta, todavía permanece inconsciente. —No respondió a mi pregunta, y continuó hablando cómo si no me hubiera escuchado.

Unas horas después...

Llevo un par de horas sin moverme de esta horrible sala de espera, son las seis de la mañana y todavía no sé nada de ella, necesito que alguien salga a decirme qué cojones está ocurriendo ahí dentro, que me den alguna noticia, pero nada, la incertidumbre puede conmigo, ni siquiera el cansancio o el sueño consiguen que deje de pensar en lo peor.

Siento mi móvil vibrar y es entonces cuando recuerdo que he metido el maldito cacharro en uno de los bolsillos internos de mi chaqueta antes de salir de casa de Carolina, y que no me he acordado de él hasta ahora.

Miro la pantalla y echa humo.

Once llamadas perdidas y tres mensajes.

Cinco llamadas de mi madre, tres de Carolina, dos de Claudia y una de Javier. No cabe decir que no voy a devolver ninguna.

*“**Carolina:** Cristian, ¿dónde estáis? En medio de todo el alboroto no nos hemos dado ni cuenta de que os habíais marchado. Madre mía... Respira, explícale las cosas con calma. Dime algo en cuanto puedas.”*

Carol... Si tú supieras... Ojalá hubiera tenido la oportunidad de poder darle una explicación.

*“**Claudia:** Lo siento mucho Cris. No sé qué narices se le ha pasado a Borja por la cabeza, él sabía que Catalina no podía enterarse de nada... Lo hablé con él precisamente para que no metiera la pata. ¿Está todo bien?”*

De una forma u otra siempre me jodes la vida Claudia... No. Nada está bien.

*“**Carolina:** Hace demasiado que no das señales de vida. Estamos preocupados. No has contestado a ninguna de nuestras llamadas, imagino que eso es porque habéis hecho las paces y no tienes tiempo para estar pegado al teléfono.
Me alegro mucho hermanito, de todas formas, dinos algo para que nos quedemos más tranquilos.”*

No sé qué contestar. No sé qué decirles. No tengo ganas de hablar con ellos, no me apetece responder a ninguno de sus mensajes. Todo esto ha sido por mi culpa y lo único que quiero es que esta pesadilla termine de una vez.

—¿Familiares de Catalina Navarro?

Me levanto por inercia justo cuando veo que el doctor entra en la sala. Por fin, me está buscando a mí.

—Sí. Soy su novio.

2

VERDADES Y DOLOR

Cristian

—Soy el Doctor Hernández. —nos estrechamos la mano antes de que empiece a hablar— Catalina ha sufrido un fuerte golpe en la cabeza, todavía tenemos que hacerle algunas pruebas dado que normalmente deben trascurrir unas horas para que los síntomas se manifiesten.

—Pero... ¿Sigue inconsciente?

—No. Esa es la buena noticia. Despertó poco después de que le hubiéramos cosido la herida. Tiene una buena brecha, cinco puntos de sutura.

—¿Puedo verla?

—Todavía está algo desconcertada, no se ubica muy bien, pero es normal. Sigue algo mareada, y...

—Doctor, necesito entrar a verla.

—Verá... Es que me ha dicho que no quiere verle. Me ha pedido que no le deje entrar.

No. No puede ser...

—No pienso moverme de aquí si no la veo, doctor, es muy importante, yo... yo... necesito verla, necesito comprobar que está bien. Es mi novia, tengo que entrar, por favor...

—Está bien. Pero si nota que su presencia empieza a ponerla nerviosa... Tendrá que salir, en su estado no debe alterarse. Contacte también con su familia o déjeme algún teléfono de contacto para que pueda hablar con ellos.

—Tranquilo. Yo lo haré, ahora mismo les aviso.

—Perfecto. Entonces, podemos pasar, acompáñeme.

Entro en su habitación en silencio, la veo tumbada en la camilla mirando hacia la ventana, tiene una venda tapando gran parte de su cabeza. Al menos, le han quitado los cables y el oxígeno.

—Hola...

—He dicho que no quiero verte. ¿Ni siquiera vas a respetar eso?

—Mi amor... No es el momento de hablar de esto, me has dado un susto

de muerte. Si llega a pasarte algo, yo... Creo que esta ha sido la peor noche de mi vida, verte ahí, en el suelo, sangrando... —La voz comienza a temblarme y decido callar.

—Siento haber jodido tu maravillosa cena. Ahora ya has podido comprobar que estoy bien, así que, si has terminado, sal por esa puerta de una vez.

—No pienso moverme de aquí hasta que no haya nadie contigo. Si no quieres verme, estaré fuera.

Ella no contesta, se limita a girar la cabeza y a perder de nuevo su mirada a través del cristal.

—Cariño...

—¡Deja de llamarme así de una maldita vez! —Comienza a respirar agitada y sé que debo marcharme, aunque no quiera hacerlo.

—Está bien. Cálmate. Me voy, tranquila. —Levanto las manos y me dirijo a la puerta sin apartar de ella la mirada.

Estoy a punto de salir cuando su voz llega a mis oídos susurrando mi nombre.

—Cristian...

La miro esperanzado.

—Me costó mucho tiempo y muchas lágrimas llegar a ser quién era antes de conocerte. Me costó noches sin dormir, un dolor agudo en el corazón, día tras día, pasé tanto tiempo destrozada que me prometí a mí misma no confiar en nadie jamás. Y, apareciste. Y, te quedaste. Y me hiciste creer que contigo podía ser diferente... Así que, gracias, gracias por hacerme ver la realidad, gracias por romperme de nuevo, gracias por hacerme añicos.

—No. No digas eso. Te juro que no ha ocurrido nada, que todo tiene una explicación, que...

—Basta. No quiero saber nada más. No quiero escuchar nada más. Por favor, márchate.

Y siento cómo ahora soy yo el que se rompe por dentro. No puedo obligarla a que me escuche. No puedo obligarla a que me crea.

Si lo mejor para ella en este momento es que yo desaparezca de su vida, lo haré, aunque me esté adjudicando una infelicidad de por vida al no estar a su lado.



Catalina

He sido capaz de sentirle mucho antes de que entrara en la habitación. Poco a poco todas las imágenes de lo ocurrido vuelven a mí y no sé gestionarlas.

Cristian me ha fallado. Cristian me ha mentido durante días, quizá durante todos estos meses. Cristian ha jugado conmigo sin importarle absolutamente nada más que él mismo.

No quiero verle, no quiero escucharle, no quiero nada.

Pero qué guapo está ahora que no debo tocarle.

No tiene derecho a entrar aquí y mirarme cómo lo ha hecho. Sus ojos han impactado con los míos y todos sus colores han estado a punto de atraparme al instante, pero no lo he permitido, cierto es que son los ojos más bonitos que he encontrado en la vida, una mezcla de gris, verde y marrón perfecta, que toman un tono distinto según la luz que hay en ellos.

Aun con esas pintas horribles está para comérselo, lleva la ropa hecha un asco, manchada de sangre, de mi sangre y el pelo alborotado, aunque el pelo todavía le queda mejor así, y mejor no os hablo de la barba de tres días recién arreglada... Joder.

No he podido evitar mirar sus manos. Esas que han recorrido mi cuerpo. Esas que se suponía que tenían que sujetarme cuando cayera. Esas que ahora mismo moriría porque me acariciarán... Estaban también llenas de sangre seca y con la piel de los nudillos levantada.

Y entonces recuerdo el ruido de todos esos cristales... ¿Fue él? Demasiadas molestias para no importarle lo suficiente.

No quiero flaquear. No quiero bajar la guardia. No cedo. Sólo me siento capaz de hablarle con desprecio, de echarle, de sacarlo de mi vida.

Y lo hago.

Pero una vez que lo veo salir por la puerta de esta fría habitación... Siento como una parte de mí se va con él, siento que me duele el alma, más que nunca.

¿Por qué, Cristian?

He echado del hospital y de mi vida a la única persona que realmente quiero tener cerca. Debo avisar a mis padres, pero es que todavía no son ni las ocho de la mañana... Y sólo tengo ganas de llorar.

Marco su número de teléfono y vuelvo toda mi esperanza en no despertar

al pequeño Javi.

—¡Cata! Unas nos levantamos a darle el biberón a cierto tragón que tengo por aquí y alguna se acuesta y llama para restregarlo.

—Ojalá. Perdona que te llame a estas horas... Necesito hablar con alguien y... —Rompo a llorar.

—Eh, ¿qué pasa? —Cambia de inmediato su tono de voz.

—Lisa... Me ha mentado. Cristian me ha mentado. Me he enterado hoy de que ha estado en Los Ángeles.

—¿Cómo? ¡Qué hijo de puta! ¿Cómo estás?

—Pues mal. Y eso no es todo. Estoy en el hospital. —Le explico todo lo que ha ocurrido y lloro más o menos como siete mares, todos de un tirón.

—¿Con quién estás?

—Sola. Le he pedido que se marche... Y tú eres la única que lo sabe, no he llamado a nadie más.

—Si estás bien y el susto ha pasado, no le cuentes nada a tu madre, ya sabes como es. Cogeré el primer vuelo que encuentre, ¿vale? Estate tranquila... Por favor.

—No, no, no. Ni se te ocurra venir, es Navidad y tienes que estar con tu familia.

—Catalina, tú formas parte de mi familia. Estaré donde tenga que estar. Te llamo más tarde, te quiero.

No me da opción a replica. Yo sí que la quiero a ella... La vida la puso delante de mí aquel verano en Peñíscola y desde entonces, Lisa es la hermana que nunca he tenido.

Caigo rendida. Sueño que todo esto es una pesadilla, que me despierto y Cristian duerme a mi lado y que yo apuesto toda mi vida por él y no la pierdo jamás.

Ya ves, es lo que tienen los sueños.



Cristian

No pienso moverme de aquí. Si tengo que pasarme el resto de la semana sentado en esta maldita silla del infierno, la pasaré.

Ella no tiene a nadie cerca, al menos, no a nadie que la quiera como lo

hago yo. Así que...

Si no quiere verme, no tendrá por qué hacerlo, esperaré aquí, sin hablar, sin molestar, sin que ella lo sepa hasta el día que la dejen marcharse a casa.

“Cristian: Carol... Estoy en el hospital de Alicante. Catalina ha sufrido un accidente, está todo bien, he podido verla hace un rato, por suerte sólo ha sido un susto, pero ella no quiere verme más. Se acabó.”

¿Se acabó? No puede acabar algo que está a punto de comenzar... Nos quedan demasiadas cosas por vivir.

Lo siento, mi amor, pero esto... Todavía no ha terminado. Voy a luchar por ti.

3

SE ACABÓ

Cristian

He perdido la cuenta de todas las horas que llevo aquí. Me duele la espalda de estar postrado en esta asquerosa silla. Me siento sucio y fatigado, no he comido nada en todo el día, pero no tengo nada de apetito.

Saber que ella está aquí, en una de estas habitaciones, tan sólo a unos pasos de mí y que no quiere verme... Me cierra el estómago.

No. Tampoco he asistido a la gran comida familiar que mi madre organiza todos los años por Navidad y ellos han aceptado a regañadientes quedarse en casa y no presentarse aquí.

Oscurece de nuevo. Quedan pocas horas para que caiga de nuevo la noche y para mi desgracia esta también va a formar parte de las más largas de mi vida.

Un momento.

Esa melena pelirroja junto al mostrador no me pasa desapercibida. ¿Lisa? ¿Qué está haciendo ella aquí?

—Lisa. —Me acerco a ella, arriesgándome a una mala reacción por su parte.

—Cristian. Pensaba que Catalina te había pedido que te fueras.

—Y lo ha hecho.

—Entonces... ¿Qué estás haciendo aquí?

Probablemente mi cara cambia en ese mismo instante porque ella no me deja responder a su pregunta.

—Verás, no me malinterpretes, pero es que tienes un aspecto deprimente. Tus ojeras, tu ropa... Toda esa sangre... —añade mirando mis manos— Además te has comportado como un cabrón. Disculpa la sinceridad.

—No sé qué te ha explicado. Ella no quiere escucharme y yo necesito contarle la verdad. Ese viaje sólo lo hice para poder dejar atrás el pasado, te lo juro.

—Cristian...

—No. Déjame que te explique. —La corto.

—Mira, creo que lo mejor será que hablemos mañana con más calma. Ahora sólo quiero ver a Catalina. Tú márchate a casa, date una buena ducha y descansa.

No quiero insistirle más, no me queda energía. Asiento y me dirijo a la salida sin poder verla una vez más.

Entro en casa y el silencio me engulle, me parece sentir que las paredes se derrumban a mi alrededor, la oscuridad me atraparé si me despisto. Estoy solo, no hay nadie en casa y no sé si me alegro por no tener que dar explicaciones ni contar lo ocurrido o si es lo peor que puede pasarme porque no voy a dejar de pensar en Catalina.

Conecto el móvil y lo enciendo, hasta la batería me ha abandonado a media mañana.

Entran mensajes que anuncian a gritos llamadas perdidas importantes. Ninguna es suya. Todas son de Carol y de mi madre, como era de esperar.

Quiero llamarla. Quiero marcar su número, escuchar su voz... Pero consigo pulsar la tecla de rellamada, sin desvíos, sin vueltas de hoja, sin Catalina.

—Por fin.

—Acabo de llegar a casa. —Sé que mi voz denota cansancio y resignación.

—Estás hecho una mierda, ¿verdad?

—Básicamente. No podría definirlo mejor.

—Se arreglará.

—Y, ¿si no?

—Lo superarás. Superaste al huracán Claudia. Nadie muere de amor.

—Carol, la he cagado. Mucho.

—A veces hay que cagarla para encontrar el rumbo. Cometer errores es básico en el aprendizaje.

—No lo sé... Catalina es distinta, no me servirá de nada ofrecerle una triste disculpa.

—Pues lucha. Hay amores que merecen ser peleados, ¿sabes? ¡Espabila!

Le doy mil vueltas a la conversación que he tenido con mi hermana. Sé que tiene razón, sé que tengo que hacer lo que sea para que me escuche... Pero también sé que Catalina no me va a dar la opción de volver a fallarle otra vez.

No me cansaré de repetir que ella es diferente a todas las demás.

Si no salgo de casa me volveré loco, cada vez me cuesta más evitar llamarla.

De repente me encuentro escuchando los tonos de una llamada que nadie atiende, hasta que por fin contesta un poco agitado.

—¡Qué inoportuno eres! —responde Rubén sofocado.

—¡No quiero saber qué estabas haciendo!

—¿Qué te pasa?

—Dime que podemos vernos en media hora.

—En veinte minutos estoy en Coold Beer.

—Gracias hermano.



Catalina

—Prefiero que me digas que quieres que pasemos juntas las Navidades a que ingreses en el hospital para que tenga que venir sí o sí.

Lloro. Lloro porque no lo he hecho todavía. Lloro porque soy imbécil. Lloro porque ha cruzado la puerta la mejor persona que tengo en mi vida, mi mejor amiga, mi hermana. Lloro porque ella está aquí para darme un abrazo y secarme las lágrimas. Lloro porque le he entregado todo de mí a una persona que creía que no me fallaría nunca. Lloro por confiar en él prácticamente al cien por cien. Lloro porque aun así... Estoy locamente enamorada.

—Oye... No llores idiota.

—No estoy llorando.

—Ya. Y yo no estoy aquí en realidad, formo parte de tu imaginación, pero no lo digas en alto o te tomaran por loca.

Me saca una sonrisa y me da cobijo en sus brazos. Me falta el aire, pero si me abraza más fuerte se lo agradeceré eternamente.

—Ya está... Vamos... Tranquilízate.

—Me ha fallado. Cristian me ha fallado. —digo entre hipidos y lágrimas amargas.

—¿Sabes que se ha pasado todo el día ahí fuera? Le acabo de decir que se marche.

—¿Se ha quedado aquí?

—Sí. No se quería ir. No sé... Yo le he visto descolocado, roto... Quizá

deberías darle una oportunidad y escucharle.

—No. No quiero que me convenza de nada. No quiero que me cuente cualquier estupidez y creérmelo a pies juntillas. No quiero ser la idiota que le permita que me haga daño otra vez.

—Es muy reciente. Necesitas tiempo, pensar... En fin, no hablemos más de Cristian. ¿Qué te han dicho los médicos?

—Dicen que por el momento estoy muy bien, se ve que a pesar de lo que creían en un primer momento ha sido un golpe más bien superficial, en un par de días podré marcharme a casa.

—Genial. El vuelo más barato que he encontrado sale pasado mañana, así que podré estar contigo hasta entonces.

—Pobre Cody. Debe odiarme en estos momentos. ¿Qué tal mi pequeño? Tengo tantas ganas de verlo...

Y por un momento me evado de la realidad. Aquí volvemos a estar las dos. Juntas. Como siempre. Esta vez encerradas en una habitación de hospital, pero parece que estemos de nuevo en mi habitación de niña, en casa de mis padres, comiendo golosinas, chocolate y hablando de los chicos más guais del instituto.

Pero miro de reojo mi móvil. Nada. Ni un intento de llamada. Ni un *WhatsApp*. Ni un mensaje. Nada. Sólo quiero ver su nombre iluminando mi pantalla.

—Estás pillada hasta las trancas, bonita.

—O más.

—Pues... Llámale tú.

—No. Ni hablar.

—El orgullo no nos lleva a ningún sitio. Sé que estás dolida, pero también creo que hay cosas que deberías saber, que tenéis una conversación pendiente y que tarde o temprano tendrás que ceder. Si no... Le perderás.

Respiro hondo. No quiero perderle, pero tampoco quiero perdonarle. No volveré a confiar en él, entonces... ¿Para qué vamos a perder más tiempo?

Pero sí... Le quiero. Mucho. Con toda mi alma.

Él no mueve ficha. Yo tampoco. Así estamos... En manos del destino. Otra vez.

4

MIRARÉ HACIA DELANTE

Cristian

Vuelvo al hospital todos los días, Catalina está mucho mejor, prácticamente recuperada, las pruebas que le han hecho dejan claro que el golpe sólo le ha provocado heridas superficiales y que no ha dejado en ella ninguno de esos síntomas que tanto nos preocupaban.

No hace falta que os diga que no me ha permitido entrar en la habitación, sigue sin querer verme, pero para mí no es suficiente, me paso horas metido en este hospital, sin verla, sin oírla reír, sin poder tocarla... Le he traído un ramo de flores, una caja de bombones, la he llamado mil veces y no ha respondido a ninguna, incluso le he escrito una carta, una carta que Lisa me ha entregado de vuelta.

—Me ha pedido que te la devuelva.

—¿Sabes si la ha leído?

—Sí. Dale tiempo Cristian. Todas las veces que ha decidido entregarse, dejarse llevar, sentir sin miedo... Le han hecho daño. Es normal que ahora mismo necesite tomar distancia.

—Lo sé. Me siento un imbécil. Lo he intentado todo para acercarme a ella y no he conseguido nada, así que, si ella quiere apartarme, me apartaré.

—Hoy le dan el alta, se marcha unos días a Madrid con su familia, pasará allí lo que queda de estas fiestas y por lo que sé no tiene billete de vuelta.

—Se va. —digo más para mí que para ella. Enterarme de esto sólo me hace querer retenerla, pedirle que no se marche, suplicarle que se quede, que se quede conmigo.

—Sí. Se va. Pero yo no te he dicho nada.

Nos despedimos en silencio, sus últimas palabras me han dejado sin ganas de decir nada más, no sé cuándo volveré a verla y tengo mucho que agradecerle, sin ella estos días hubieran sido insoportables.

—Lisa, gracias por todo. Por no odiarme, por no posicionarte, por escucharme y mantenerme al tanto de su estado. Espero volver a verte pronto.

—Seguro que sí. Cuídate mucho Cristian.

Entro en el coche y no puedo evitar pensar que quizá no vuelva a verla más.

Releo la carta que le escribí hace un par de días.

“Princesa... Lo he intentado todo. TODO. No sé qué más hacer para poder llegar a ti, no quieres verme, no quieres escucharme, no respondes a mis llamadas, quizá esto lo leas y sea la única forma con la que pueda conseguirlo.

Lo sé, he sido un imbécil... Por mentirte, por engañarte, por ocultarte ciertas cosas... Pero lo hice por miedo. Me daba tanto miedo perderte que actué de la peor manera posible, me daba miedo que mi propia inseguridad despertara la tuya y te apartara de mi lado, no quería alejarte de mí y ya ves, he logrado todo lo contrario.

No puedo negarte que Claudia siempre ha sido para mí la mujer más importante de mi vida, la que podía convertirme en su marioneta si así lo deseaba, por la que lo hubiera dado todo sin importarme el resto del mundo. Jamás pensé que aparecería otra persona capaz de hacerme sentir cosas nuevas, capaz de hacerme ver que quizá mi vida no estaba atada a Claudia como yo creía, hasta que apareciste tú.

No te esperaba. Desperté un día en tu cama y realmente creí que eras una más, pero estaba equivocado.

Siempre fuiste distinta a las demás, tu soltura me enganchó a ti, tu risa, tu mirada... Empecé a sentirme más a gusto conmigo mismo cuando estaba a tu lado, empecé a recuperar mi esencia y lo hice porque tú estabas ahí, y ahora... Te he perdido por no hacer las cosas bien, por permitirme dudar.

Me marché sin decirte dónde iba porque lo único que quería era aclarar las dudas que habían vuelto a asaltarme, sólo quería estar completamente seguro de las decisiones que tomaba, quería dejar el pasado atrás, no permitir que la presencia de Claudia o su simple recuerdo perturbara lo que nosotros construyéramos.

Y lo conseguí.

Reconozco que podría haber ocurrido algo entre nosotros, la tuve delante con ganas de cruzar la línea, pero no pasó nada, justo en ese momento comprendí que con quién quería pasar cada momento era contigo.

Te prometo que lo único que quería era poder estar contigo sin sentimientos que me anclaran al pasado, tienes que creerme. Te quiero Catalina y ahora sé que quiero pasar el resto de mis días a tu lado.

Por favor... Perdóname."

Hacía años que no escribía nada parecido a esto, me había dejado hasta los higadillos en cada frase. Quería que comprendiera porqué lo hice, qué me llevó a cometer cierta locura y que pudiera ponerse en mi lugar.

Sé que la ha leído justo en el momento en que llego a esas primeras palabras en que la tinta se ha esparcido a causa de lo que supongo que han sido sus lágrimas y algo dentro de mí me dice que lo he logrado, que he conseguido removerla por dentro, que quizá algo en su interior se ha accionado y me dará otra oportunidad.

Aunque por otro lado ha hecho que Lisa me entregue la carta y entonces comprendo que quizá, sólo quizá, son lágrimas que saben a despedida.

Y entonces me doy cuenta de lo mucho que noto su ausencia, tanto física como emocional. Me hace falta tenerla a mi lado en Nochevieja, me falta su beso para empezar el 2018 con buen pie, tampoco está en la comida de Reyes y su teléfono parece haber olvidado el mío.

Le escribo todos y cada uno de los días que preceden a su salida del hospital, nunca recibo respuesta, intento hablar con ella tantas veces que incluso pierdo la cuenta de todas las llamadas que le hago.

Incluso me ha bloqueado del WhatsApp. No es hasta entonces cuando me doy cuenta de que se acabó. No quiero volver a pasar por lo mismo, si algo he aprendido con el transcurso de los años es que no puedo obligarla a que me perdone, no puedo basar mis días en intentar recuperarla, ella ya ha dejado clara su postura y quiere mantenerse alejada de mí.

Ha pasado casi un mes desde aquella última noche que la tuve en mis brazos, casi un mes de silencio y ausencia.

Mañana es mi cumpleaños, el calendario marca un nuevo veintitrés de enero y ni siquiera me apetece celebrarlo. Ella no va a estar y no puedo evitar sentir la sensación de estar reviviendo el año anterior, pero esta vez el lugar que ocupó Claudia lo está ocupando Catalina.

Quiero relajarme, dormir, desconectar, dejar de pensar en todo lo que ha sucedido, pero de repente mi móvil empieza a sonar, no sé cuántos mensajes recibo en un momento y al cogerlo me doy cuenta de que ya son las doce y diez.

“Carol: ¡Feliz cumpleaños! Pase el tiempo que pase y aunque ya seas un hombre hecho y derecho siempre serás mi niño pequeño. Te llamo mañana.”

“Rubén: Felicidades hermano, mañana nos emborrachamos para celebrarlo.”

“Claudia: Un año más felicitándote. Este año ha sido algo más difícil, pero aquí seguimos, juntos a pesar de la distancia. Feliz cumpleaños renacuajo, mañana cuando termine en el estudio hacemos videollamada.”

Quizá os sorprenda este último mensaje, pero es que después de lo que pasó Claudia insistió mucho en verme durante los días siguientes, incluso me organizó una encerrona con Borja, todavía recuerdo las ganas que me entraron de partirle la cara justo en el momento en que volví a tenerlo delante en la cafetería en la que supuestamente yo había quedado con su novia.

—¿Qué estás haciendo aquí? —dije cabreado.

—Eso mismo iba a preguntarte yo.

—Los dos habéis quedado conmigo. —Claudia irrumpió en nuestra conversación antes de que nos percatáramos de su presencia.

—Claudia no tengo tanto tiempo como para perderlo con un gilipollas como este. Yo me largo.

Vimos a Borja levantarse y dirigirse hacia a mí.

—Vale. —Claudia le detuvo con la mirada— Después de lo que hiciste no esperarás que te reciba de otra forma, ¿no?

—Y después de todo lo que me contaste, ¿cómo quieres que lo reciba yo a él?

—¿De qué está hablando? —La miré.

—De lo que hablamos cuando fuiste a verme, de mis dudas, de la confusión... De todo. Tenía que contárselo Cris.

—Pero es que yo no te di motivos para confundirte y lo sabes. Más bien eso siempre ha ocurrido al revés.

Entonces, hablando, entendí la reacción que Borja tuvo aquella noche, los celos le dominaron y no pensó en nada más, esto no quiere decir que le excuse, sigo sintiendo que no me merecía lo que hizo porque yo no era el culpable de las dudas de Clau, pero, aun así, todos nuestros actos tienen

consecuencias y yo he sufrido la peor... Perderla.

Me quedo dormido mientras todos esos recuerdos invaden mi mente, sueño con Catalina, sueño que me perdona, que volvemos a ser nosotros, que luchamos por estar juntos y que al despertar la tengo a mi lado.

Pero no, al abrir los ojos me doy cuenta de que los sueños sólo son eso. Sueños.

El día transcurre entre llamadas y mensajes, ninguno de Catalina. Mi padre se empeña en darme el día libre, pero prefiero estar en el taller y mantener la mente ocupada.

Llego a casa hecho un trapo, no puedo con mi alma, estoy tan agotado que hasta meterme en la ducha supone un gran esfuerzo.

Bajo a cenar y encuentro a Carol, Javier, Nadia y Rubén en el comedor con mis padres, esperándome con una sonrisa, mi hermana aguanta una tarta en sus manos con las velas encendidas.

Suena mi móvil justo cuando ellos empiezan a cantarme el cumpleaños feliz, pero no puedo prestarle atención en este momento.

—¡Feliz Cumpleaños! —gritan todos a la vez.

Cenamos entre risas y aunque me siento muy afortunado por tenerles a mi lado, no puedo evitar pensar que hay un hueco vacío en la mesa y que nada me gustaría más que estuviera ocupado en un día como hoy.

Leo el último mensaje recibido antes de meterme en la cama.

Mis ojos no pueden creer lo que leen.

“Catalina: Llevo todo el día escribiendo y borrando este mensaje.

Quiero y necesito mantenerme alejada de ti, pero a veces es muy difícil... Ojalá las cosas hubieran sido de otra manera entre nosotros, quizá no era el momento y por eso no ha salido bien. Quiero que sepas que no te odio, ya no, que me encantaría borrar de un plumazo todo lo que me separa de ti, pero no puedo... Feliz cumpleaños Cristian.”

Catalina. Leer este mensaje me despierta el alma. Ha dejado el orgullo a un lado para felicitarme, sigue aquí, aunque no pueda verla.

5

¿VALIENTE? LOS VALIENTES NO HUYEN

Catalina

No sé cuántas veces releo lo que he escrito, ahora ya no hay marcha atrás, lo he enviado antes de que se me acabe el tiempo y pase el día de su cumpleaños.

Una vez que he pulsado el botón de enviar, instintivamente mis manos han tapado mi cara, fingiendo un escondite que, aunque pueda parecerlo, no me aparta de la realidad.

Desde ese momento no puedo apartar la vista de mi móvil. Pasan los minutos y Cristian permanece callado, no responde, aunque compruebo si lo ha leído, tampoco.

Juraría que me está entrando un ataque de ansiedad. Maldito seas Cristian.

En cuanto me resigno, acepto y entiendo que quizá ahora es él quien no quiere recibir nada de mi parte, intento conciliar el sueño, pero el sonido de mi móvil me sobresalta.

Cristian me está llamando.

Un nudo invade mi garganta, otro la boca de mi estómago, un leve temblor se apodera de mis manos y me recrimino a mí misma lo imbécil que estoy siendo.

Dudo.

Dudo entre colgar o coger una llamada que deseaba que se produjera, nadie sabe las ganas que tengo de volver a escuchar su voz. Y entre tanta tontería... Pierdo la oportunidad.

El silencio invade de nuevo mi habitación, la luz de mi pantalla se apaga y la oscuridad en la que me quedo me da la colleja imaginaria que necesito.

¿Desde cuándo eres tan tonta, Catalina? ¿Tienes quince años otra vez?

Mi conciencia me echa bronca y él no vuelve a llamar, yo espero que lo haga, y aunque no lo hace, en unos minutos recibo respuesta a modo de mensaje.

“Cristian: Imagino que no quieres hablar conmigo, perdóname, he interpretado tu mensaje como un acercamiento. No puedo decirte más veces que lo siento Catalina. Gracias por acordarte de mi cumpleaños y felicitarme. Te echo de menos. Cuídate tú también...”

Y yo. Yo también te echo de menos... Mucho.

Tanto que me envalentono. Aparto todos esos miedos que me paralizan, intento armarme de valor y recuperar la seguridad en mí misma que tanto me caracteriza y le devuelvo la llamada sin ni siquiera saber qué decirle.

—Catalina. —No tarda nada en descolgar, su voz le delata, está sorprendido y expectante.

—Hola... ¿Cómo estás?

—Bien. —no lo parece. Me está mintiendo.— ¿Y tú?

—Bien también. —lógicamente, también miento. En realidad, no he vuelto a estarlo desde que no estamos juntos— Bueno, que... Feliz cumpleaños, aunque se haya pasado la hora.

—Gracias... No pensaba que te acordarías.

Entre frase y frase se producen los típicos silencios incómodos que te hacen tener ganas de colgar el teléfono para evitar cualquier situación difícil o complicada.

—Cristian, tengo que colgar, mejor hablamos otro día, no creo que esto haya sido buena idea.

—¡No! ¡Catalina! ¡Espera!

No respondo, pero tampoco corto la llamada, quiero escucharle, quiero saber todo lo que me tenga que decir, así que espero hasta que vuelve a hablar.

—No sé qué te ha empujado a llamarme, no sé si todavía piensas en mí, pero... quiero que sepas que yo me acuerdo de ti a cada minuto, que te echo de menos, que me haces falta y que lo mejor que me ha pasado hoy ha sido volver a escuchar tu voz. Sé que quizá no me creas porque me he mantenido al margen todo este tiempo, pero sé que necesitas tu espacio y quiero decirte que esperaré, que cuando tú estés dispuesta sólo tendrás que hacérmelo saber, si me pides que me quede, me quedo, si me dices que luchando por ti podemos volver a estar juntos... Lucharé hasta el final.

Cómo puede decirme todo esto ahora... Ahora que se supone que todo está más frío entre los dos, ahora que hace casi un mes que no nos vemos,

ahora que yo voy a coger un avión para marcharme... Ahora quizá... Es tarde.

—Yo no soy de esas a las que les gusta pedir las cosas, todo ocurre por algo, todo sucede cuando tiene que suceder. Vive lo que tengas que vivir Cristian, no puedo retenerte sin saber siquiera si seré capaz de ser feliz a tu lado.

—Pero...

—Sht... No hay peros. Vamos a dejar que el destino vuelva a juntarnos si es necesario. Ahora... Tengo que dejarte.

Y le cuelgo. Le cuelgo porque noto cómo casi caigo en su red, cómo con sus palabras me está acercando más a él y no quiero. No quiero que note que mi corazón vuelve a latir desesperado porque él está justo al otro lado de la línea.

Me despierto con un dolor de cabeza horroroso, parece que se me va a caer en mil pedazos, el domingo cojo un vuelo a Londres, pasaré una temporada con Lisa y Cody, necesito desconectar, marcharme de aquí, alejarme de todo esto, pero todavía tengo que hablar con Manuela, no sé muy bien cómo se va a tomar lo que voy a pedirle.

—¿Una excedencia? Pero... ¿De cuánto tiempo?

—No lo sé... pero necesito marcharme un tiempo. Lisa me ha propuesto que me vaya a allí unos días y creo que es una buena idea.

—Ay niña... Ya sabía yo que esos ojos hacía tiempo que no tenían la misma luz.

—Por más que lo intento no consigo pasar página... Ayer hablé con él y sé que si me quedo correré de nuevo a sus brazos.

—Cielo, si eso ocurre es porque ese muchacho es para ti, no te coacciones, no te obligues a no quererle, permítete sentir.

Manuela es mi segunda madre, vine muy joven a Valencia, quería probar suerte, independizarme y volar sola, fuimos vecinas durante un tiempo y enseguida me propuso trabajar para ella.

Ya han pasado cinco años de eso y desde entonces nuestras vidas se unieron para siempre.

—No puedo permitírmelo, no conseguiré olvidar lo que hizo. Necesito marcharme y alejarme de él. Entenderé que busques a otra persona para ocupar mi lugar, lo último que quiero es que te sientas obligada a concederme algo que pueda perjudicarte porque me sentiría la peor persona del mundo.

—No digas tonterías Cati, haz lo que tengas que hacer, ve donde tengas

que ir, me lo montaré como pueda el tiempo que estés fuera y cuando regreses tendrás tu sitio aquí, esta es tu casa, ya lo sabes.

Sus palabras me alivian, no quiero causarle ningún problema, así que trabajaré estos tres días y me tomaré la mañana del sábado libre para preparar el equipaje.

Los días pasan lentos, más que de costumbre. Cristian intenta ponerse en contacto conmigo otra vez, culpa mía, lo sé, no debería haber abierto de nuevo la veda, quizá debería haber permanecido en silencio más tiempo... Ahora me toca ignorarle, darle la espalda y desaparecer.

El timbre de mi casa me sobresalta, estoy tan metida en mi propio mundo que me asusto, incluso tengo la sensación de que suena más alto que de costumbre.

¿Quién puede ser? No espero visita...

—Nadia. ¿Qué haces aquí? —Me sorprende verla de nuevo y no puedo evitar fijarme en la incipiente tripa que esconde su jersey.

—¡Hola! —Se abalanza sobre mí, dándome un abrazo que no esperaba.

Me descoloca su visita, pero me encanta tenerla de nuevo frente a mí, no me he dado cuenta hasta ahora de lo mucho que la he echado de menos.

Nos ponemos al día, tomamos zumo de naranja para acompañar el aperitivo y la invito a que se quede a comer.

—¡Claro! ¿Quieres que baje a comprar algo?

—No, no hace falta.

—Verás, quería comentarte algo...

—Lo imaginaba. —Sonrío triste, sabía que esta visita ocultaba algo detrás.

—No he venido sólo por eso, idiota. También tenía muchas ganas de verte, pero como has decidido estar lejos de nosotros no he querido molestarte, pensé que quizá yo formaba parte del entorno de Cristian y no querías saber nada de mí... Así que he preferido darte un poco de margen.

—No pasa nada, tranquila. ¿Qué me querías comentar?

—Esta noche celebramos el cumple de Cristian, ahora mismo no recuerdo el nombre del local, soy pésima para estas cosas... Pero no sé, quizá te apetezca venir, podrías pasarte y tomar una copa.

—No. Gracias por la invitación, pero no voy a ir. Mañana salgo para Londres muy temprano, además, no es buena idea.

—No podéis estar así siempre Catalina. Él se muere por ti.

—Y yo sin él. Pero ya lo he decidido, me marchó.

6

INCOMPLETO

Cristian

—Yo no puedo evitar estar de los nervios, sé que mi hermano se huele algo, lo raro es que no nos haya pedido que nos olvidemos del tema. —dice Carolina al borde de un ataque de histeria.

—Porque sería absurdo. Todos sabemos que no le harías caso.

—Javier... Está pasando un mal momento. Nos necesita.

—Lo sé. Y aunque no lo creas, él también lo sabe, por eso mismo te deja hacer lo que te venga en gana.

—Pues... Yo he ido a ver a Catalina esta mañana. —Interrumpe Nadia.

Ante este posible giro de los acontecimientos ninguno dice nada, los tres la miran, dejan de decorar el local por un momento, esperando que ella hable y les cuente qué ha ocurrido.

—Sé que quizá tendría que haberlo comentado con vosotros antes, pero es que creo que ella tiene derecho a estar aquí, que a él le encantaría verla, que su historia tiene que solucionarse y...

—Nadia. Por Dios. Dilo ya. ¿Va a venir? —pregunta Rubén.

—No. No vendrá. He visto el dolor en sus ojos justo en el momento en que declinaba la invitación, sé que le quiere y sé que se va por miedo a lo que pueda ocurrir si no lo hace.

—¿Cómo? ¿Se va? —Esta vez es Carolina la que no consigue ocultar su sorpresa.

—Sí. Me ha dicho que mañana coge un vuelo a Londres.

—¿Lo sabe mi hermano?

—Pues... No lo sé. —Nadia los mira a todos sin saber muy bien dónde meterse—¿Debería saberlo? Yo no le he contado nada y no creo que ella lo haya hecho.

—No. No debe saberlo. Si ella decide irse, que se vaya. —añade Rubén con desdén.

—Rubén...

—Ni Rubén ni ostias. Carol abre los ojos, si tu hermano se entera de que Catalina en unas horas coge un avión va a perder el culo por ir tras ella. ¿No te das cuenta?

—Pero quizá...

—Amor, esta vez Rubén tiene razón. Es mejor que nosotros no le digamos nada, si se entera que sea porque ella misma se lo cuente. —dice Javier.

Y mientras ellos tres discuten sobre lo que sería mejor para Cristian, Nadia manda una ubicación que ilumina los ojos de la mujer de su vida, el azul de su mirada recobra vida y un leve destello la delata.



—¿Por qué no quieres venir? —pregunta Diego.

—No me apetece estar en el mismo lugar en el que están todos ellos.

—Patricia. Es el cumpleaños de mi mejor amigo, yo he decidido estar contigo sin importarme todo lo demás, he optado por pasar por alto todos esos detalles de tu pasado que no me gustan y si quieres estar conmigo deberías hacer tú lo mismo.

—No sé porque no me entiendes... Para mí no es fácil, no soy bienvenida, tengo que aguantar malas caras, miradas de odio, reproches... No me siento a gusto y soy incapaz de comprender que quieras hacerme pasar ese mal rato.

—Cielo... No es eso...

—Sí. Sí es eso. ¿Sabes? Podría pedirte que no fueras, que te quedaras conmigo, que pasáramos la noche juntos por ahí y no lo hago. Entiendo que tengas que ir, pero, sin embargo, tú no entiendes que no vaya yo.

—¿No quieres que vaya? ¿Es eso? —Diego está llegando a su límite, él es un tío pacífico, cuesta muchísimo hacerle perder los papeles, pero a estas alturas es de conocimiento general que Patricia tiene un don para eso.

—No. No quiero. Preferiría que hiciéramos algo juntos.

Diego suspira y se retira el pelo hacia atrás.

—Amor... A mí me encanta estar contigo, quiero que hagamos cosas juntos, pero siento que tus amigos van a terminar apartándote de mi lado... Sé que no quieres verlo, que prefieres mirar hacia otro lado...

—Shhh... No digas nada más. No quiero que estés mal. Cristian lo

entenderá.

—Entonces... ¿Te quedas?

Él sonríe, se acerca a ella y la besa, pero algo en su interior se rompe justo en el momento en que sus labios entran en contacto, quizá es uno de los lazos que lo ata a sus amigos... O tal vez es que se da cuenta de que este es el primer paso para permitir que le arrastre dónde ella quiera.



Otra vez pegados a esa maldita pantalla.

Otra vez separados por miles y miles de kilómetros, pero unidos por algo mucho más fuerte.

Es injusto que la vida una a personas que no deberían estar juntas y separe a otras que son almas gemelas.

—Tengo que irme ya mismo, esta noche celebramos el cumpleaños de Cristian.

—Qué pena me da no poder estar allá con ustedes. Les extraño tanto...

—Gabriela, lo solucionaremos, te prometo que te traeré conmigo.

—No es tan fácil mi rey... Lo amo más que a nada en este mundo, pero no puedo separar a Flavio de su papá, todavía es muy chiquito y no lo entendería.

Eric siente de nuevo el nudo en la garganta, Gabriela había entrado en su vida hacía sólo dos meses y la conexión entre ambos va mucho más allá de lo que cualquiera puede imaginar.

Su relación ha crecido gracias a Internet. Empezaron hablando un poco cada día, jugaban, tonteaban, se reían recordando la locura que habían cometido en Las Vegas, bromeaban sobre el tema de ser marido y mujer y ya ves... De esas carcajadas y horas pegados a las pantallas de sus ordenadores surgió un bonito amor, algo puro, algo que merecía ser luchado, esperado y deseado.

Merecían estar juntos y muchos rezaban a la vida para que se lo concediera.



El local está lleno de gente, viejos conocidos, mis grandes amigos, mi familia... Y parece que no haya nadie porque mire donde mire... Catalina no está.

Jamás podré volver a sentirme completo ante su ausencia.

Intento reír, pasarlo bien, disimular el vacío que se forma en mi pecho provocándome incluso falta de aire, me escondo detrás de una copa y finjo que es el mejor cumpleaños que he tenido jamás.

Entonces sucede.

En un abrir y cerrar de ojos, ella está aquí. Mis ojos se encuentran con los suyos en el mismo instante que ella cruza el umbral de la puerta, me parece olerla en la distancia, quiero correr hasta ella, agarrarla y no soltarla nunca más, pero el miedo a su reacción me paraliza.

Cada vez está más cerca, miradas ajenas se fijan en nosotros y el mundo deja de existir a mi alrededor.

—Feliz cumpleaños...

—Gracias... ¿Cómo estás?

—Estoy. No te voy a engañar... Es difícil.

—Mucho. Que... ¿Qué estás haciendo aquí?

—Nadia me ha invitado. No iba a venir, pero sin darme cuenta estaba bajando esas escaleras.

—¿Quieres tomar algo? —Le pregunto. Qué gilipollas. No me salen las palabras, me cuesta mantener una conversación normal.

—No, tranquilo. No tardaré en marcharme.

—Pero si acabas de llegar...

—Cristian, no sé porque estoy aquí, no quiero confundirte, te echo mucho de menos, es cierto, pero no quiero volver al mismo punto en el que estábamos, tenemos que pasar página y si estamos cerca no lo conseguiremos nunca. Yo...

—No. Déjame hablar a mí, porque a veces me bloqueo y me comporto como un imbécil y así sé que te voy a perder para siempre.

—Cristian, no sigas. Mañana me voy.

Sus palabras me sientan como si alguien me tirara un jarro de agua fría en pleno mes de enero.

—¿Cómo que te vas?

—Una temporada. Necesito estar lejos de aquí, necesito aire nuevo, conocer gente, moverme en otro ambiente y pasear por la calle tranquila sin que todo me recuerde a ti.

—No te vayas. —No digo nada más. Sólo soy capaz de pedírselo.

—Tengo que hacerlo. Te quiero Cris... No lo dudes, te quiero y mucho, por eso he venido a decirte que no me esperes, que no te permitas seguir sintiendo por mí, que no detengas tu vida esperando algo que quizá no llegue nunca. Nuestra historia ha terminado, merecemos ser felices y nos merecemos una despedida en condiciones, sin huidas, sin rencores. ¿Me das un abrazo?

Escuchar todo eso de su boca hace que me hierva la sangre, le niego el abrazo, me aparto un poco de ella y vomito todo lo que se me pasa por la cabeza en ese momento.

—¿A esto has venido? Eres una cobarde. ¿Dónde está la mujer que conocí hace casi un año? ¿Dónde está esa fuerza? ¿Dónde está esa seguridad? Que pasa, ¿tú nunca la has cagado? ¿Nunca has cometido un error? ¿Nunca has tenido que pedir perdón? No entiendo cómo puedes ser capaz de mirarme a los ojos, decirme que me quieres y tener el valor de marcharte. Yo ya lo he intentado todo Catalina, he intentado llegar a ti de todas las maneras posibles y no me lo has permitido, así que está bien, si es lo que quieres, márchate.

Nuestros ojos se empañan, mis palabras nos hacen daño, pero ya no puedo más...

Ella asiente levemente con la cabeza sin apartar su mirada de mí.

—Sí, es lo que quiero. Sólo déjame decirte una última cosa. Esa mujer de la que hablas... No existe. Tú te encargaste de destruirla. Sé feliz Cristian.

Y con esas palabras que me parecen más bien puñales, se marcha, dejándome aquí parado, como el gran capullo que soy.

7

POR QUERERTE

Catalina

¿Ahora qué? ¿De verdad esto acaba aquí?

Ni yo misma sé lo que quiero. Mi corazón ha ganado la batalla, al recibir el mensaje de Nadia supe que tenía que ir, que me moría por verle otra vez, por encontrarnos de nuevo...

Prometo que yo no quería que nuestro encuentro desprendiera olor a despedida, pero no he podido controlar mis palabras, le he tenido delante y en vez de intentar acercarnos nos he alejado todavía más, sé que algo dentro de mí grita desesperadamente que sus brazos son el mejor lugar para superar cualquier bache que haya en el camino... Pero soy incapaz de pasar página, sólo he necesitado verle para que la traición cobre la fuerza que había perdido durante los días de ausencia.

Sus palabras me han roto un poco más, hasta hoy siempre se había mostrado arrepentido, no imaginaba que iba a hablarme de esa manera y que le iba a importar tan poco que me marchara.

¿Qué ha cambiado?

Otra vez siento ese nudo en la boca del estómago, las lágrimas ya saben de memoria el camino, desde mis ojos hasta mi pecho y mi cabeza no deja de darle mil vueltas a lo mismo, cada pensamiento, cada imagen, cada recuerdo lleva su nombre.

Cristian.

No he conseguido pegar ojo en toda la noche, no he podido descansar, no he logrado desconectar mi mente de todo lo ocurrido y de todo lo que podía ocurrir a partir de ahora y cuando quiero darme cuenta Toni me espera abajo para llevarme al aeropuerto.

—Hola.

Entro en el coche sin ganas, estoy muerta en vida, no hay nervios ni ansia por viajar, sé que mi sitio está aquí, en casa, pero tengo que marcharme para recuperar todo el oxígeno que he perdido por el camino.

—Buenos días mi amor. ¿Te he dicho alguna vez lo guapa que estás por la mañana?

—Toni... No me llames así, por favor. Tampoco me digas estas cosas, las gilipolleces por la mañana me provocan náuseas.

—¿Cuándo vas a darte cuenta de que yo soy el único que puede hacerte feliz?

—¿Tú? ¿Te recuerdo que te largaste cuando más te necesitaba?

—Ya estaba ahí tu príncipe azul, el que creías que sería capaz de salvarte de todo.

—¿Eso es lo mejor que se te ocurre para justificar tu huida?

—Catalina, te he pedido perdón mil veces, no vuelvas a sacar el tema, me acojoné, me puse nervioso, sabes que yo haría cualquier cosa por ti.

Es cierto. Para lo bueno, lo malo y lo imprescindible él siempre ha estado ahí para mí. Una relación de amor-odio que estrecha nuestros lazos, por más dolor que haya entre nosotros siempre volvemos a unirnos, es como si juntos pudiéramos luchar contra todo lo demás.

Nadie lo entiende... Pero nos necesitamos.

Sí, lo sé. No quiero entrar en el tema de las relaciones tóxicas. Todos nos sabemos ya la teoría. Normalmente son relaciones que te destruyen, que te consumen, creadoras de malas experiencias, adictivas y devastadoras.

Así somos nosotros, sin más.

—Catalina... Quédate. Podemos intentar hacerlo bien, cambiaré, te lo prometo.

—Hemos hablado de esto mil veces Toni, no se trata de cambiar, se trata de ser feliz con alguien que siendo como es consiga sacarte veinte mil sonrisas diarias, alguien compatible a nosotros, alguien con quien no tengamos que esforzarnos. ¿Lo entiendes?

—¿Crees que con Cristian tenías eso?

—Quizá no tan maravilloso... Pero era algo muy parecido. Y no puedo mentirte, sabes que te quiero, pero desde que le conozco todo ha cambiado, no te imaginas lo mucho que valoro que sigas aquí sabiendo como son las cosas realmente, para mí es muy importante no perderte, pero no puedo decirte que no siento nada por él y que quiero luchar por lo nuestro porque no es cierto.

—Catalina...

—No. Yo creo que ya está todo dicho. Por favor, arranca. No quiero perder el vuelo.

Resopla. Me mira durante unos segundos más, pero no abre la boca, yo evito mirarle, ya he terminado con esta conversación, ya tengo una decisión tomada.

Quiero marcharme.

Enciendo la radio para evitar el silencio incómodo que se ha creado entre nosotros y me doy cuenta de que no hay peor enemigo que el destino.

Empieza a sonar *Por quererte – Efecto Mariposa*.

“Por creer, por confiarme, por seguirte voy sin dirección, sé que nuestro camino hoy se parte en dos. Por el amor que no compartes, por el dolor al que no guardo rencor, ahora siento que llego tarde a tu corazón.”

Nuestro camino se parte en dos, pero no puedo culparle, no puedo gritar a los cuatro vientos que lo hace porque él no comparte el mismo sentimiento que yo, sé que Cristian me quiere, sé que daría cualquier cosa para volver atrás, me lo ha dicho mil veces y ha intentado acercarse a mí otras mil más, pero a mí el dolor me ahoga...

“Siento que nunca te he conocido y lo extraño es que vuelvo a caer. Me duele estar sola, me duele contigo y perderte es perderme después. Por tenerte, por querer quererte, dejé de lado todo lo que sentía, yo no sabía que tu amor escondía la soledad y aunque grites morena mía, desde esta orilla no escucho tu voz, no sé quién eres, no sé quién soy, no sé quién soy.”

Que gran verdad. Me entregué por completo, creyendo que hacerlo no me haría pedazos y me equivoqué una vez más.

A día de hoy todo duele. Me escuecen los recuerdos, me escuece pensar en ti Cristian y me cuesta creer que esto termina de esta forma, conmigo lejos de aquí, lejos de ti y de todo aquello que nos unió algún día. Tantas veces te he oído decir que por querer a alguien te perdiste por el camino... Y ahora, entiendo perfectamente la sensación, porque a mí me ha ocurrido exactamente lo mismo contigo.

“Por callar, por no dañarte y enseñarte de mí lo peor, porque me dices esas cosas que me duelen, porque maldices al amor. Nada es lo que sueles decir, yo todo te lo quiero contar, nada nos espera después... Sólo soledad”

No sé cuántas canciones suenan después de esa, no sé cuánto rato llevo pensando en todas y cada una de esas palabras, no sé cómo he conseguido despedirme de Toni, bajarme del coche y pasar el control de seguridad, a veces mi cuerpo actúa por su cuenta y ahora me encuentro en la cola de embarque, escuchando la última llamada de mi vuelo por megafonía.

“Pasajeros del vuelo A1568 con destino a Londres, diríjense a la puerta de embarque”

Y recuerdo que estas palabras las he escuchado hace apenas tres meses con destino a Granada. Es entonces cuando termino de romperme por dentro.

8

TIEMPO Y DISTANCIA

Cristian

Cuatro semanas más tarde...

No sé si hace falta que os diga lo mucho que pensé en ella desde que se fue. No conseguía sacarla de mi cabeza ni un solo día. Tuve que frenarme en innumerables ocasiones para no llamarla, no enviarle un triste mensaje e incluso suprimir la idea de marcharme a buscarla.

Durante las dos primeras semanas hablé con Lisa prácticamente a diario, ella era la única que podía mantenerme informado de todo y gracias a ella conocía todos los movimientos diarios de Catalina, sus paseos, los ratos que dedicaba al bebé, las veces que salía a tomar una copa con gente nueva... Incluso casi podía distinguir el sabor de sus lágrimas desde aquí y cuando empezó a dejar de llorar, a salir más, a sonreír de nuevo, provocó en mí el efecto contrario al esperado.

No pude alegrarme, empeoré. La herida comenzó a escocerme más que nunca y recuerdo como si fuera ayer la última conversación que tuve con Lisa:

—Entonces... ¿Ya está? ¿Me ha olvidado? —pregunté intentando ocultar todo el dolor que sentía.

—No soy yo quien debe darte esa respuesta.

—Eres la única que puede abrirme los ojos, ella no quiere hablar conmigo y sólo tú eres la unión hasta Catalina. —suspiré— Lisa... Por favor...

—Cris, ahora más que nunca quiero ser sincera contigo, personalmente creo que no te ha olvidado y por más empeño que ponga no lo hará tan fácilmente. Pero ha vuelto a reír, me da la sensación de que de nuevo tiene ganas de pasar página y que ha decidido dejar de vagar como alma en pena... Sé que probablemente sea una pantalla de humo, que otra vez ha vuelto a vestirse con la coraza que le ha hecho soportar tanta carga durante todos estos

años, a mí no puede engañarme... Pero si eso sirve para que alivie el dolor... La entiendo y la apoyo.

El silencio fue la mejor respuesta a sus palabras. No supe que decir, no tenía ni idea de que responder y entonces me di cuenta de que, si ella podía ser feliz, yo no lo tenía todo perdido, que yo también sería capaz de continuar y pasar página.

Ya lo había hecho antes. ¿No?

—Cristian... ¿Sigues ahí?

—Sí. Perdona. Es que... No sé qué decir.

—Con esto no quiero que creas que te estoy pidiendo que te alejes ni nada por el estilo, pero quizá deberías darte un tiempo, intentar volver a tu vida y si en un tiempo sigues queriendo luchar por ella, hacerlo. Soy partidaria de pensar que el tiempo lo pone todo en su lugar.

—Sí. Quizá sea lo mejor.

—Cristian... Yo no le he dicho a Catalina que estamos en contacto. Ella no sabe nada de todo lo que hemos hablado estos días. No sabe nada de ti ni de tu interés, espero no haberte ofendido, pero creo que es lo mejor para ella.

—No te preocupes, lo entiendo. A partir de ahora... Se acabó. Yo también voy a intentar pasar página.

—Supongo que no hace falta que te diga que si en algún momento necesitas de mí ya sabes dónde encontrarme.

—Lo mismo digo. Gracias por todo.

—Vaya... Ahora esto me suena a despedida y me muero de pena. Soy una idiota.

Ambos reímos con amargura, porque... ¿Qué era esto si no una despedida?

—Hablamos pronto, Lisa. Cuídate. Y lo más importante... Cuídala.

Y ese fue el momento justo en el que empecé a intentar recuperar mi vida.

El sentimiento era muy fuerte, pero ni la mitad de profundo y cegador como lo fue con Claudia en su día. Separarme de Catalina, aunque me dolía resultó ser infinitamente más fácil, era un amor más sano, tenía suficiente con saber que ella volvía a ser feliz.

Marzo amenaza con su llegada, pisando fuerte y las cosas parecen mucho más estables de lo que habían sido semanas atrás.

Rubén y Nadia están mejor que nunca. El bebé está fuera de peligro, ya no hay riesgos, la primera ecografía ha salido perfecta y la tripa de Nadia

cada día crece un poco más, tanto que llegamos a bromear con que ahí dentro se estén gestando gemelos.

Rubén al tranquilizarse ha vuelto a mi lado sin pensarlo. Una vez que su situación se ha normalizado, ha vuelto a ser él quien tira de mí, el que consigue sacarme de casa y del agujero negro que me ha absorbido.

Llega justo a tiempo.

Eric continúa con su ciber relación, pese a la distancia. Gabriela le hace feliz y en cuestión de semanas han conseguido pensar y plantearse un futuro en común.

Diego y Patricia... Prácticamente han desaparecido. Nuestro amigo está siendo abducido por una maldita víbora y él le está permitiendo que se salga con la suya. Ella no quiere formar parte de nuestro grupo, lo ha dejado claro, nosotros tampoco queremos que lo haga, pero estamos dispuestos a aceptarla por Diego, aunque preferimos mantenernos al margen, sabemos que tarde o temprano todo cae por su propio peso.

Javier ha bajado el ritmo de sus viajes de negocios, cuando Carol le dijo que estaba embarazada decidió pasar más tiempo en casa y, menos mal, la pobre lo está pasando fatal. Se despierta todas las mañanas con náuseas, vómitos, mareos... Empiezo a pensar que más que un niño va a traer al mundo un monstruito, un gremmling, un bichejo capaz de transformarse gracias al líquido amniótico. Pero en una semana saldremos de dudas, por fin tiene la primera ecografía.

Y yo debo reconocer que estoy mucho mejor, he logrado mantener mis pensamientos a raya y no voy permitirme volver a perderme de nuevo.

Ya no me escondo entre las piernas de cualquier chica que se me cruza por la calle, ese método ya lo empleé una vez y no fue la solución.

Así que lo único que hago es centrarme en mí y en la gente que me quiere. Empiezo a salir de nuevo y poco a poco logro estar más receptivo, no busco nada ni a nadie, pero tampoco cierro la puerta a lo que pueda llegar.

Y aquí estoy, una tarde cualquiera en un Starbucks del centro, de repente alguien con mucha prisa me tira el “caffè Mocha” que llevo en las manos y prácticamente cae entero sobre mi camiseta.

—Lo siento, lo siento, juro que no te he visto. Ven, acompáñame, te pagaré otro.

—Tranquila. No hace falta, de verdad, no te preocupes.

—Te he dejado hecho un asco. Que desastre... Perdón.

Su cara de circunstancias me hace reír, ella no deja de disculparse un

solo segundo e insiste hasta que consigue pagarme uno, pero este, con más calma, lo tomamos juntos.

—Llevamos un rato hablando y ni siquiera sé cómo te llamas.

—Tienes razón. —ríe y se esconde un mechón de pelo detrás de la oreja
— Soy Julia.

—Cristian. Encantado.



Catalina

He visitado a Lisa en varias ocasiones y me encanta Londres, pero esta vez es distinta a las demás, he venido hasta aquí para quedarme. Todavía no sé si una corta o larga temporada... No tengo fecha de vuelta.

El clima es completamente distinto al de Valencia y los primeros días me dejo atrapar por el cielo gris, la lluvia y la melancolía que me causa recorrer sus calles.

La pena me absorbe. Le echo de menos. Cristian no ha aparecido más. Ni una llamada, ni un mensaje... Nada. Y eso me parte el alma en dos.

Sí, sé que yo decidí alejarme, apartarme de él y aunque nunca lo hubiera dicho en alto, deseaba con todas mis fuerzas que me lo impidiera, que luchara por mí e incluso... que viniera hasta aquí a buscarme si no conseguía que yo entrara en razón y me llevara a casa.

Pero todo pasa. Me niego a estar así por un hombre y sus mentiras. No voy a consentir que me anulen de nuevo. Eso ya me pasó una vez y sé que estoy más que capacitada para protegerme de los golpes. Así que no dudo en coger de nuevo mi preciosa armadura y lucirla orgullosa junto a mi sonrisa.

Los siguientes días los dedico en cuerpo y alma al pequeño Javi. Mientras Lisa y Cody trabajan, nosotros salimos a pasear, vamos a jugar al parque, dormimos juntos la siesta después de comer... Me convierto en algo así como su *nani*. Y yo, encantada, mi sobrino postizo me mata de amor.

Lisa y yo nos reunimos muchas veces con las chicas para tomar algo, salir y despejarnos. Daniela y Sarah son encantadoras, ellas son pareja y siempre me han tratado muy bien, esta vez incluso me han hecho sentir una más, cómo si llevara compartiendo con ellas desde siempre el día a día. Son un poco cabezotas, se les ha metido en la cabeza que tengo que conocer a un

par de amigos suyos heterosexuales y yo ya no sé cómo esquivar el tema.

—Cat, mi amor, abre tu mente. ¿En qué te has convertido? Sólo tienes que dejarte invitar a una copa. No seas así.

—Pero es que no tengo ganas... No lo entendéis, ¿verdad? Estoy totalmente apática. No tengo ganas de conocer a nadie y mucho menos de meter a un hombre en mi vida.

—Lo que necesitas es meter a uno que te la meta y te quite las tonterías de golpe.

Las cuatro reímos con ganas porque seguramente ellas tienen razón, pero es que... Todavía no estoy preparada, quedan algunas heridas que curar. Quiero y debo hacerlo sola.

El tiempo ha ido aliviando el dolor y el estar lejos facilita las cosas, aun así... No consigo desconectar del todo.

Durante todo este mes no he sabido nada de Cristian y sin darme cuenta ya me he acostumbrado a su ausencia, sin embargo... Toni no me ha dado tregua.

Se ha comportado tal y como esperaba que lo hiciera Cris y gracias a eso y a él, la situación ha sido mucho más llevadera, lo reconozco.

Sus mensajes, sus llamadas, sus palabras... Consiguen hacerme flaquear, toda la atención que ahora tiene para mí me hace pensar que tal vez nuestra historia todavía no ha terminado.

Se ha convertido en todo lo que siempre pedí. Yo siempre he reconocido que Toni es mi gran adicción, jamás he logrado escapar de él ni del efecto que causa en mí y, ahora que lo he conseguido... La vida ha vuelto a colocarlo justo en frente de mí, plantándolo de nuevo en mitad de mi camino.

Yo ya no sé si estoy haciendo bien o no, pero me dejo llevar... Y en la oscuridad de mi habitación me escondo para poder hablar con él.

—Hola preciosa.

—Hola... ¿Qué tal tu día?

—Como todos desde que no estás. Te echo de menos Catalina... Vuelve a casa.

—Toni... Ya hemos hablado de esto.

—Por eso... Ya lo hemos hablado y tú misma has reconocido que estás mejor, nuestra relación es mucho mejor que antes y quiero demostrarte que quiero estar contigo, que puedo cuidar de ti... Y si te quedas allí... No puedo hacerlo.

—Necesito más tiempo. Tengo que pensar bien las cosas y...

—¿Y? ¿Todavía piensas en él? ¿Es eso? —Su tono vuelve a ser más agresivo, más bien a como me tenía acostumbrada.

—Toni. —No tengo que decir nada más para cortarle las alas y pararle los pies.

—Perdón, tienes razón. Lo entiendo... Si necesitas más tiempo, no seré yo el que te presione, tómatelo, tómate todo el que necesites.

Y aunque cada día lo tengo un poco más claro aún me encuentro con algo en mitad del camino que me hace frenar.

Colgamos y antes de quedarme dormida pienso cómo podría ser mi vida a su lado si volviera con él.

Obviamente, todos estos pensamientos los oculto al resto del mundo. Nadie sabe nada de Toni, nadie sabe que hemos retomado el contacto, nadie sabe que le he permitido entrar en mi vida de nuevo como quizá algo más que un amigo... Y así tiene que seguir siendo si no quiero tener problemas.

Tarde o temprano... El lado oscuro siempre gana.

9

VOLVER A SONREÍR

Cristian

Julia ha llegado a mi vida sin avisar, un día cualquiera, en un momento inesperado.

Su dulzura, su forma de ver la vida, sus risas, su alegría y sus ganas se ganan rápidamente un hueco en mi día a día.

Es encantadora, un amor de niña y muy atractiva. Aunque debo reconocer que no es de mi estilo. Es cierto que su apariencia no concuerda con su forma de ser, me sorprendió gratamente al hablar con ella, debo reconocer que si me hubiera dejado llevar por la primera impresión que me causó me hubiera perdido a una persona espectacular.

Su aspecto es más bien “agresivo” y, ni siquiera sé si esa sería la palabra adecuada para definirlo, su corta melena negro azabache, un corte de estos extravagantes y modernos, largo por delante y prácticamente rapado por la nuca, sus ojos completamente maquillados de negro, los labios pintados de color morado, un piercing en el labio inferior, otro en la lengua y otro en la nariz, este último es uno de esos aros enganchados entre los dos orificios nasales, no sé ni si tiene nombre, no estoy muy al día en estos temas. Se quita la cazadora y puedo ver que tiene tantos tatuajes a la vista que me resultaría difícil contarlos todos, así que no quiero imaginarme todo lo que oculta su ropa en este momento.

—¿Te han dicho alguna vez que eres todo un misterio? —Le digo mientras esperamos nuestros platos.

—¿Yo? Si soy tal cual. Soy lo que ves.

—Mmm... En realidad, no. —rio— Eres todo lo contrario a lo que veo y aparentas.

—¿Ah sí? Y, ¿qué aparento? Si se puede saber.

—Pues, no sé... Pareces la típica “quinqui”, sin ánimo de ofender, una de esas chicas que se mete en líos cada dos por tres, una de esas que se desgarran al escuchar heavy metal y sin embargo a ti se te cae el corazón al

suelo escuchando Julieta Venegas.

—¿A ti no te han enseñado que no puedes juzgar a las personas por su aspecto físico? —frunce el ceño— Todos guardamos algo en nuestro interior que nos hace ser especiales.

—No te enfades. Lo sé... Soy un superficial, pero es que a veces es inevitable, la teoría la tengo clara, sé que no debo fiarme de las primeras impresiones, pero me cuesta ponerlo en práctica.

—Muy mal. Si te hubieras dejado llevar por lo que pensaste de mí cuando te tiré el café por encima, quizá ese día habiéramos discutido, hoy no estaríamos aquí comiendo juntos y hubieras dejado escapar a una de las mejores personas que conocerás a lo largo de tu vida. Y cambiemos de tema que no quiero cabrearme, todavía es pronto.

Con ella me siento a gusto, puedo ser yo sin importarme nada, sin pensar si le gustará lo que digo o no, sin plantearme a cada momento lo que pensarán los demás. Con ella es más fácil. Con ella existe esa química y ese feeling que te hace sentir cómodo estés donde estés.

En una semana hemos forjado un vínculo especial, algo que no quiero perder por nada del mundo.



Una vez más, nos reunimos gracias a las nuevas tecnologías.

—¡Chicos! ¿Cómo estáis?

—Yo hecha un asco, este maldito niño me odia, os juro que pienso tenerlo castigado hasta que cumpla diez años por lo menos. De alguna forma tengo que hacerle pagar por esto.

—Hermanita... ¿No será que eres un poco quejica? —Me rio.

—Mira, guapo de cara, si te tuviera cerca te metería un puñetazo para que vieras en lo que me transforman las putas hormonas. Vivo en un limbo constante, ya no recuerdo la última vez que me levanté y no vi desaparecer mis higadillos por la taza del retrete. El olor del queso me da náuseas. ¿Podéis entender que es eso para mí? Yo necesito que el queso forme parte de mi vida para ser feliz y soy incapaz de acercarme. Sé que me odia, lo digo en serio.

—Carol. —dice Claudia asustada— Me preocupas. ¿Tengo que coger el primer vuelo que encuentre a Valencia?

—Yo de ti no lo haría. —me cachondeo— Lo mejor será que te mantengas a salvo.

—No te rías de tu hermana y cuídala. Se está pasando al lado oscuro y a mí acaba de desconectarme el reloj biológico.

—¿Se te había activado? —pregunta Carol— Apágalo. Hazlo ahora que todavía estás a tiempo. Sigue siendo feliz una temporada.

—No, todavía no, pero ya hemos tocado el tema en distintas ocasiones, así que...

—Oh, oh. Efecto “baby boom”. Sin duda... Me estoy quedando atrás. Me estáis haciendo sentir como un adolescente. Callaos de una vez.

Las dos ríen y a mí me invade la felicidad de haber recuperado a Claudia, de haber normalizado la situación, de volver a ser el trío que habíamos sido siempre y es que me encantan las videollamadas que hacemos a tres bandas porque es la única manera de que la distancia no sea tangible para nosotros.



—Tengo que darte una sorpresa.

Hoy la conversación de Eric y Gabriela parece empezar con una buena noticia y la emoción de ambos por poco no traspasa la pantalla.

—Vienes. ¿Es eso? Dime que vienes.

—No... Verás... Quizá tampoco sea tan buena... —a él le cambia la cara y ella sonrío al instante— Sííí ¡Voy a ir a verte, mi amor!

Por fin, lo necesitaban. A día de hoy, nadie ha logrado entender el amor de esta pareja, pensadlo, es raro, se conocieron en la otra punta del mundo hace ya casi tres meses, no compartieron más que un par de días, unas copas y una boda, aunque esto último quizá no sea un detalle sin importancia, pero... A lo que iba, después cada uno volvió al lugar al que pertenecía y desde entonces sólo han mantenido contacto cibernético. Sólo se han besado un par de veces y no ha habido sexo... Es extraño.



—Patri, ¿qué pasa?

—¿De qué? —responde ella a la defensiva.

—Estás rara. Últimamente siempre estás de mal humor, nunca quieres que hagamos nada juntos, te mantienes distante, no dejas que me acerque a ti...

—Cariño, no digas tonterías. Sabes que llego a casa muy cansada del trabajo, sin ganas de nada. Eso es todo.

—Si tú lo dices... He pensado que podríamos irnos de hotel este fin de semana.

—Diego. ¿Qué parte no entiendes de que estoy cansada?

Él la mira sin decir nada al respecto. Nota que el vaso está a punto de rebosar y comienza a cansarse de los desplantes que le hace Patricia.

De repente recuerda todas y cada una de las palabras de sus amigos.



—¿Qué tal va mi pequeño? —Rubén se acerca a acariciar la tripa de Nadia.

—Va a ser pequeña. ¿Cómo tengo que decírtelo?

—Ya lo veremos. Tú, por si acaso, no te confíes demasiado.

A Rubén le ha tocado madurar de golpe y afrontar una situación completamente desconocida, todos pensaban que no sería capaz de estar a la altura, pero les ha demostrado que se equivocaban, ha asumido la responsabilidad y ha ejercido el papel que le toca y que todos creyeron que rechazaría de inmediato.

—Cielo, me ha llamado mi madre. Quiere que vayamos a pasar allí el fin de semana.

—¿Otra vez?

—Bueno... Hace dos semanas que no la veo.

—Nadia, veo más a tus padres que a los míos. Y eso que viven dos calles más abajo.

—Pero...

—No. Es que no me apetece. Tengo ganas de pasar un fin de semana con los chicos.

—Está bien. Hablaré con ella, le explicaré la situación y quizá vaya yo a verlos.

A simple vista Nadia parece comprenderlo, pero su cara y su actitud dejan claro que no le parece la mejor idea del mundo.

No se puede estar de acuerdo en todo, no siempre el camino es de rosas y tampoco es oro todo lo que reluce.

10

REGRESAR

Catalina

—Lisa, tengo que hablar contigo.

Ella se acerca a mí y se sienta a mi lado sin decir una sola palabra. Copa de vino en mano y mirada acusadora.

—Dispara.

—Vuelvo a casa.

—¿Ya? ¿Por qué? No esperaba que volvieras tan rápido. ¿No estás a gusto aquí?

—¿Cómo no voy a estar a gusto? ¡Claro que sí! Pero esto es distinto. Ahora ya estoy mucho mejor, he respirado aire nuevo y necesito volver a mi vida... Echo de menos mi casa y echo mucho de menos a Eevee.

—Y supongo que también echaras de menos a quién hay detrás de ese maldito cacharro, ¿no? —dice señalando mi móvil.

—¿Perdón?

—Cat, no soy imbécil, te recuerdo que analizar a las personas forma parte de mi trabajo y que soy muy buena en lo que hago, de hecho, creo que soy la mejor. ¿De verdad crees que no me he dado cuenta de nada?

—No sé de qué estás hablando. —respondo tajante, intentando esquivar el tema.

—No te pongas a la defensiva... Conmigo no, por favor. ¿Quién es? ¿Vuelves a hablar con Cristian?

—¿Con Cristian? —río con resignación— Ese es el mismo chico que se olvidó de mí en cuánto puse un pie en esta isla, ¿verdad?

—Catalina... Hay algo que no sabes. Cristian llamó prácticamente todos los días desde que llegaste, se preocupaba por ti y lo único que quería es que fueras feliz, por eso terminó apartándose.

La confesión de Lisa me pilla por sorpresa, dejándome helada. No entiendo porque no me ha dicho nada hasta ahora, ni por qué me lo ha ocultado.

—¿No dices nada?

—¿Qué quieres que diga? —Me duele el alma, otra vez.

—No lo sé... Cualquiera cosa. Yo lo único que quiero es que no vuelvas a cometer el mismo error por no saber la verdad. Y perdóname, creí que...

—Lisa. Basta. Me voy a dar una vuelta, necesito que me dé un poco el aire. Hablamos más tarde.

Cojo mis cosas y me largo. Bajo al centro, totalmente automática, cojo el bus y el metro sin apenas mirar en qué parada me bajo.

Me siento en los bancos que hay frente al London Eye y fijo mi vista en el movimiento del agua, la vista del Támesis, el Big Ben a mi derecha y Londres iluminado en la oscuridad de la noche me devuelven la paz.

Dejo ir cualquier pensamiento capaz de hacerme daño y me libero poco a poco de las malas energías que han logrado invadirme.

Lisa me conoce mejor que nadie y sabe que necesito estar sola y lo respeta. No intenta retenerme, tampoco viene tras de mí, no me llama, no me escribe... Sólo espera a que vuelva a casa, dándome el espacio que necesito.

Me he pasado un mes y medio pensando cada mañana que Cristian y la historia que habíamos compartido había sido una mentira, que todo lo que me había hecho creer no era real, que no sentía por mí ni la mitad de lo que me decía y que por eso de la noche a la mañana se había conformado y había desaparecido. Pero no. Ahora me entero de que llamó y que lo hizo en más de una ocasión, él intentó saber de mí, sin querer molestarme... De haberlo sabido quizá las cosas hubieran ocurrido de otro modo... Tal vez...

No. Ya no estamos a tiempo.

Si os dais cuenta, yo misma soy mi peor enemiga. Mi corazón se desgarrará cada vez que pienso en él, mis pulmones se encogen al no tenerle cerca, pero mi cabeza... Me hace frenar. Siempre gana. Manda una orden clara al resto de mis órganos, los convierte en hielo recordándoles la mentira y la traición.

Cuando llego a casa Cody no está y el pequeño tampoco, él es el único que puede deshacer el nudo que se ha instalado en la boca de mi estómago, mi mofletudo me hace muy feliz.

—No están. Se han ido a cenar a casa de unos amigos. —Escucho justo a mi espalda.

—¿Tú no vas?

—No. Yo he quedado, hoy ceno en casa con mi amiga.

Tenemos mucho de qué hablar, me duele saber que me ha ocultado algo

tan importante, pero ahora, más calmada... Entiendo que lo ha hecho por mí.

—Cat... Lo siento. Lo siento mucho.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Suena a reproche y aunque es lo último que quiero no puedo evitarlo.

—Los primeros días no querías saber nada de él. Decías que te estaba haciendo un favor manteniéndose al margen, que lo superarías rápido gracias a su ausencia...

—Y se te escapó lo que de verdad ocultaban esas palabras... ¿no?

—En realidad no. Siempre supe que te dolía más de lo que mostrabas.

—¿Entonces?

—Empezaste a sonreír, a estar más tranquila, más alegre. Tu móvil sonaba a todas horas y cada noche te encerrabas en la habitación para hablar por teléfono. Creí que habías conocido a alguien, incluso llegué a pensar que habíais solucionado las cosas entre vosotros, te mostrabas hermética y conmigo nunca antes lo habías sido.

—Pues no. No hemos solucionado nada, tampoco sé nada de él. De todas formas, hay algo que quiero contarte.

—Te vas, ¿no?

—Sí. En tres días... Pero no es eso, hay algo más.

—Cat, me estás asustando.

—Vuelvo a casa porque he decidido que voy a intentarlo con Toni.

—No.

—Sí.

—¿Con Toni? Catalina, por favor, céntrate. ¿Has perdido el norte? ¿En qué narices estás pensando? ¿Todavía no has tenido suficiente? Toni no te merece, haz el favor de abrir los ojos, date cuenta de una maldita vez, no puedes retroceder tantos pasos, no puede ser que creas que esta locura va a salir bien.

—Eso no lo sabré si no lo intento. Me ha demostrado que ha cambiado y...

—Y te ha convencido. Siempre he presumido de tener la amiga más valiente del mundo y ahora me encuentro con esto. No luchas por Cristian, pero eres capaz de volver a tu maldita zona de confort sin importarte lo tóxica y mal oliente que sea.

—¿Has terminado?

Ella respira, tratando de tranquilizarse, se marcha a la cocina y coge una cerveza a la que da un largo trago antes de volver a la carga.

—Si es lo que quieres oír, sí. He terminado. Sólo me preocupo por ti, eso es todo.

—Soy mayorcita... Deja que me equivoque si tengo que hacerlo.

—¿Cuántas veces?

—La que sean necesarias...

Me mira y sé que una parte de su interior me comprende, nos fundimos en un abrazo que destensa la situación. Siempre he sabido que, si me caigo, si las cosas no salen bien, si me equivoco de nuevo... Ella estará ahí, como siempre, tendiéndome su mano.

Le envío un mensaje antes de que me dé tiempo a cambiar de opinión.

“Catalina: Ya tengo vuelo. En tres días estoy allí.”

En este mismo instante me doy cuenta de que la persona que va a recibir este mensaje es la equivocada, que quién realmente quiero que sepa que voy a volver no lo sabrá porque le he echado de mi vida prácticamente a patadas.

Los nuevos acontecimientos, los cambios y ser conocedora de la verdad no me ayudan en absoluto a seguir avanzando.

No tarda en llamarme.

—¿Sí? —respondo más fría que los días anteriores.

—Acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo.

—Te conformas con poco.

—Te equivocas. Tu vuelta lo es todo. Te juro que esta vez saldrá bien.

¿Seguro? ¿Saldrá bien? Quizá esto es una locura... No sé... Qué pánico me está entrando ahora de repente.

—Te avisaré para que vengas a recogerme.

—Claro que sí mi amor. Te quiero.

—Yo también.

Nunca unas palabras han estado tan vacías. Jamás un yo también tendrá la misma fuerza que un te quiero.

Ahora sólo me queda lanzarme a la piscina.

11

UNA VEZ MÁS

Cristian

Parece que por fin ha amainado la tormenta. Hace semanas que nadie me habla de Catalina, nadie me pregunta cómo estoy, tampoco si la echo de menos. Es como si todo lo que me rodea se hubiera propuesto ayudarme a olvidarla, nadie la nombra y yo poco a poco he dejado de pensar en ella.

Después de otra semana intensiva en el taller, de no tener ganas de nada, de mandar al traste mi vida social e incluso de no ver casi ni a mis padres, llega el viernes por la noche y aunque estoy agotado, Julia insiste en que vayamos a tomar unas cañas.

—Este sitio es una verdadera asquerosidad... ¡Mola! —dice emocionada cuando entramos en Coold Beer.

—No deberías faltarle el respeto al mejor antro de Valencia.

Mi móvil interrumpe nuestras risas y al ver el nombre que parpadea en la pantalla casi se me paraliza el corazón.

—Julia, tengo que coger esta llamada, pídemme una caña. Ahora vuelvo. —no puedo decirle nada más, no hay tiempo, respiro hondo y salgo del local. —¿Lisa?

—Hola Cristian. ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás?

—Lisa, ¿qué pasa? Dejémonos de formalidades. Ambos sabemos que no me llamas para saber cómo estoy.

—Está bien. No te llamo para eso, pero podrías contestarme de todas formas.

—Estoy bien, ¿y tú? —respondo impaciente por saber qué ocurre.

—Nerviosa. Esta tarde he dejado a Catalina en el aeropuerto. He dudado mucho, no sabía qué hacer, si llamarte sería una buena idea... Pero me preocupa.

—¿Ella? ¿Por qué? ¿Ha vuelto?

—Sí. Pero... Toni vuelve a estar dentro de la ecuación.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Quizá no debería decírtelo, pero...

—Pero nada. Yo no puedo hacer nada. Ella ya ha tomado una decisión y aunque me parta en mil pedazos... Esa decisión no soy yo y tengo que aceptarlo.

—Cristian, Toni está loco. No pueden estar juntos. Ella no le quiere y sé que esto va a terminar mal, muy mal.

—Y, ¿qué crees que puedo hacer yo?

—Habla con ella. Llámala, intenta ir a verla, no lo sé... Eres el único que puede lograr frenar esta tontería.

—No sé Lisa... No lo veo claro.

—¿Ya no la quieres? —pregunta.

Entonces siento que no es que haya dejado de pensar en ella, es que mi protección ha sido poner una leve manta que cubre todos nuestros recuerdos, algo que me ayuda a olvidarme de su sonrisa, de su mirada, de sus gestos y, ahora, está de vuelta y cada una de esas imágenes vuelven a mí sin avisar, sin pedir permiso... Recordándome que ahora la quiero mucho más que entonces.

—¿Cómo no voy a quererla? Claro que sí. Pero llega un punto que tienes que elegir entre querer a alguien o quererte a ti. Y yo antes de tomar la decisión de escogerme a mí, lo intenté todo.

—Como quieras. No puedo obligarte a nada, pero sabes que si no fuera importante no te lo pediría, piénsalo y por favor hazlo antes de que sea demasiado tarde.

Maldita sea. Esta conversación me ha dejado el corazón en un puño, es como si cada minuto que pasa lo apretaran más fuerte, me imagino a Catalina en las sucias manos de ese desgraciado y es como si mi peor enemigo me tuviera cogido por el cuello y acorralado contra la pared, sin escapatoria.

Intento tranquilizarme y recuperar la compostura antes de volver a entrar, pero en poco tiempo Julia ha conseguido entender todas y cada una de mis expresiones.

—Oye, ¿qué pasa? —Me pregunta.

—Nada. Déjalo. No quiero hablar de eso ahora. —De un solo trago me termino la cerveza que ha pedido para mí.

—No. No puedo dejarlo. Me importas y veo que de repente te ha cambiado la cara y estás hecho una mierda.

—No es cierto.

—Lo es. No pienses que voy a permitir que te alcoholices para aliviar lo

que sea que te pasa. Créeme, no es la solución.

—Julia... Por favor...

—Cristian, ¿puedes contármelo de una maldita vez?

Y se lo cuento. Todo. Ella ya conocía más o menos mi historia, ya le había hablado de Catalina anteriormente pero nunca lo había hecho con pelos y señales, esta vez, también le hablo de Claudia, de mi viaje a Los Ángeles... Se lo cuento todo, incluido el motivo de la llamada de Lisa.

—¡Uau! Necesito otra caña para asimilar todo esto y poder darte una opinión coherente y válida al respecto.

Mientras ella se acerca a la barra, yo no dejo de darle vueltas al asunto para intentar aclarar mis ideas y tomar una decisión.

—Vamos a ver. —me sobresalto, no me he dado ni cuenta de que ya está de vuelta— ¿Qué es lo que sientes ahora mismo?

—No lo sé.

—Sí lo sabes. No puede ser que enterarte de su vuelta, de que haya retomado su relación, te deje impassible. ¿Qué es lo primero que ha pasado por tu mente al saber que ha vuelto para estar con él?

—Rabia.

—Porque te importa.

—Sí. Claro que me importa. Y no entiendo qué pasa por su cabeza, no entiendo que no quiera hablar conmigo y que quiera volver con él, no entiendo que a mí no me haya permitido explicarle las cosas y que a él le perdona otras mucho peores.

—Creo que para ella Toni significa lo mismo que Claudia para ti. Algo así como ese amor que te mantiene enganchado. Pero en este caso él sí está dispuesto a estar con ella...

—Pues entonces... Que lo intente una vez más, yo no puedo hacer nada.

—Cristian. —da un manotazo en la mesa que yo no esperaba— Basta ya. Me resultas deprimente. ¿Dónde están tus ganas? ¿Dónde está el tío valiente que se marchó a la otra punta del mundo para aclarar sus ideas? ¿Dónde está el tío que no se rinde así como así?

—Supongo que sigue aquí.

—Pues entonces... Demuéstralo. Plántate en su casa, no se lo pongas fácil, enséñale que sigues dónde estabas y que no piensas dejarle el camino libre a un tío tan imbécil como ese.

—Y, ¿si no quiere verme?

—Te arriesgas. Arriesgaste cuándo te fuiste a Los Ángeles. ¿Qué te

impide hacerlo ahora? Quizá sea lo que ella esperaba de ti, que por ella también fueses capaz de mover el mundo... Pero no lo hiciste.

Tiene razón. Con Claudia gasté todos y cada uno de los cartuchos que tenía a mi alcance y con Catalina lo he intentado de mil maneras, pero nunca de la misma forma.

Logra convencerme al instante.

—Mañana iré a buscarla.

—¿Mañana? Haz el favor de levantar tu sucio culo de esa silla, coger tu querida moto y solucionar este tema ahora mismo.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora. Ya. Y Cuándo lo hayas hecho, me llamas y me lo cuentas.

—Cotilla. —Rio.

—Y morbosa a partes iguales. ¡Vamos! ¡Lárgate!

Arranco la moto y en ese mismo instante me bloqueo, no consigo encontrar las palabras para decirle todo lo que siento, intento imaginarme cómo será el encuentro... Pero nada. Me encuentro totalmente en blanco.

Menos mal que llegar a su casa no es un problema, me sé el camino de memoria, casi tanto como el que recorrí tantas veces entre sus piernas. Es una de esas rutas que no se logran olvidar fácilmente y que puedes hacer incluso con los ojos cerrados.

Sin darme cuenta llego a su portal, alguien se ha dejado la puerta entreabierta, así que subo sin pensarlo demasiado.

Toco a su puerta y noto que estoy de los nervios. Los segundos de espera se me hacen eternos, pero aquí está ella, abriendo la puerta aparece ante mí, somnolienta y con uno de mis pijamas favoritos.

Qué bonita es. Podría pasarme las horas aquí plantado, sólo mirándola.

—Cristian. —susurra.

Mi respiración se acelera al escuchar mi nombre en su boca y al encontrarme de nuevo con sus ojos comprendo lo mucho que la he echado de menos, mucho más de lo que yo imaginaba.

12

ESTÁS AQUÍ

Catalina

Y pensar que he estado a punto de hacerme la loca y no abrir la puerta... He llegado a casa hace dos horas, estoy agotada y el encuentro con Toni ha sido raro, no me he sentido como esperaba, quizá necesito algo más de tiempo para volver a acostumbrarme a él y a su compañía, por eso le he pedido que me dejara en casa y se marchara.

Le ha costado aceptarlo, pero menos mal que lo ha hecho, esta visita inesperada podría haber sido peor que una tercera guerra mundial si él hubiera estado aquí.

Eevee ha conseguido levantarme de la cama, a mí me había parecido escuchar unos golpes en la puerta, pero no tenía la mínima intención de ir a abrir, sólo me apetecía darme la vuelta, encontrar una mejor postura y continuar durmiendo, pero mi querida gata se ha alterado más de lo normal y no ha dejado de ronronear y maullar hasta que he venido.

Al encontrarme con Cristian al otro lado, casi se me para el corazón. Su olor llega hasta mí sin avisar y no sé ni qué decirle.

Noto cómo su nombre sale de mi boca, sorprendida por tenerle tan cerca otra vez después de tanto tiempo.

—Soy un idiota —empieza a hablar— Me planto aquí a las dos de la mañana, sin saber si estás sola o estás con él, sin saber si vas a cerrarme la puerta en las narices o vas a acceder a escucharme esta vez, muriéndome de ganas por volver a verte y ahora... Me doy cuenta de que ni siquiera sé qué decirte.

Eevee sale de casa y se coloca entre sus piernas, ronronea todo lo que puede y más hasta que logra llamar su atención y Cris la coge en brazos. Vaya dos, se adoran... Y yo no hago más que separarles.

—No voy a cerrarte la puerta. —respondo mientras observo la preciosa imagen que me ofrecen.

Puedo ver en su cambio de expresión que no esperaba mi respuesta, ha

venido hasta aquí con las expectativas más bien bajas, pensando que le echaría a patadas por no querer hablar con él.

—¿Puedo pasar? —pregunta.

—No tengo claro que sea una buena idea, pero quizá sea mejor que hablar aquí... ¿no?

Sonríe de medio lado y pasa por mi lado, cerca, muy cerca, tanto que nuestros brazos se rozan y siento cómo mi piel se eriza ante su contacto.

—¿Quieres tomar algo? —Le ofrezco.

—No, gracias. De momento estoy bien, me he tomado un par de cañas antes de venir.

—Como quieras. De todas formas, si te apetece algo ya sabes dónde puedes encontrar las cosas.

—Sí... Gracias.

—Cristian, esta situación es un poco incómoda. Vayamos al grano. ¿Qué te ha traído hasta aquí?

—Tú. ¿Qué otra cosa podría hacerlo? Lo que no sé si puedo contártelo todo...

—Es surrealista que tengas esta duda, ¿no? Te recuerdo que esto ya te ocurrió una vez y que todo lo que fuimos se fue a la mierda precisamente por eso, por no querer contarme la verdad, así que si empezamos así... Mal vamos.

—Joder... Es que esta vez no me incumbe sólo a mí. No hago más que meter la pata contigo, no lo entiendo.

—Cristian, ¿qué quieres? Pensaba que si habías venido hasta aquí era para hablar claro.

—Como quieras. Lisa me ha llamado esta tarde.

¿Lisa? Eso sí que no lo esperaba... ¿Por qué le habrá llamado? ¿Por qué otra vez no me ha contado nada? ¿Qué le ha dicho para que él haya decidido venir?

—¿No te sorprende? —Continúa. Y vaya pregunta más estúpida...

—La verdad es que sí, pero soy paciente y espero que, ahora, continúes y me facilites el resto de información.

—Me lo ha contado todo. Sé que ahora ya sabes que estuve llamando prácticamente todos los días desde que te marchaste, que necesitaba saber de ti y, sé que has vuelto para intentarlo con Toni una vez más y no lo entiendo. ¿Puedes explicármelo?

—Yo no supe nada de tus llamadas hasta que le conté a Lisa el motivo de

mi vuelta a casa.

—Y, ¿ahora que lo sabes? ¿Piensas seguir adelante?

—Supongo que sí. Me estoy agobiando un poco con la situación. Ahora estoy aquí y no tengo ni idea de cómo van a ir las cosas a partir de este momento. Sólo sé que, para mí, tú desapareciste y Toni volvió a mi vida con toda la fuerza que le había faltado anteriormente y me ayudó a estar mejor.

—Catalina. Intenta ser coherente, por favor. ¿Yo desaparecí? ¿De verdad lo crees?

—Estoy confundida. Yo ya he tomado una decisión... Así que, por favor, no vengas aquí a desbaratar mi vida otra vez.

—No he venido a eso. Y si estás confundida, permíteme que te ayude a aclararte. Yo no desaparecí, me echaste, ¿recuerdas? No me querías cerca de ti y no me importó lo que dijeras, me pasé día tras día metido en la sala de espera de un hospital, sin poder entrar en tu habitación, sin poder verte... Pero no me importó porque yo sólo necesitaba sentirte cerca y saber que estabas bien. Te llamé tantas veces que seguramente podrías haberme denunciado por acoso, no hace falta que te diga que no respondiste ni una sola vez. Probé con mensajes de texto, quizá siendo algo más frío y distante lograba que me prestaras atención, pero nada. Y no me olvidé de la carta, era lo único que me quedaba por probar y ni siquiera quisiste guardártela, me la devolviste y quizá si volvieras a leerla te darías cuenta de que no, que no fui yo el que desapareció.

Al escucharle decir todo eso, un nudo se instala en mi garganta, tengo muchas ganas de llorar, pero no quiero hacerlo delante de él.

—Te brillan los ojos. —sigue— ¿Por qué? He logrado que vuelva todo a tu mente, ¿verdad?

—Cristian...

—No. No me hagas callar más. Yo no me he olvidado de ti, no me importa lo que haya pasado estos meses, te sigo queriendo y estoy dispuesto a que lo nuestro funcione.

No puedo reprimirla más tiempo, una lágrima rueda por mi mejilla, siento que de nuevo tengo encogido el corazón.

—Voy a terminar loca. ¿De verdad crees que yo no te quiero? ¿Qué no te he echado de menos? ¿Qué no me haces falta al otro lado de la cama cada vez que abro los ojos?

Se acerca a mí, tanto que me asusto por si se le ocurre besarme. Si lo hace... No podré separarme de él nunca más.

—¿Entonces? ¿Qué nos frena? Intentémoslo... —Acaricia mi rostro y sus ojos se clavan en los míos.

—Nos frenan mis decisiones. Sé que tal vez esté cometiendo un error, pero tengo que probarlo una vez más. Ahora no puedo dejar a Toni en la estacada.

—¿Hablamos de la misma persona que te dejó tirada inconsciente en el suelo? A él le faltó tiempo para echar a correr.

—No vayas por ahí Cristian.

—Si no quieres que vaya por ahí, ¡abre los ojos de una maldita vez!

—Creo que lo mejor será que te vayas...

—No puede ser Catalina, no puede ser que le prefieras a él.

—No se trata de preferencias. —si fuera así, siempre ganarías tú— Se trata de mí y de lo que quiero a partir de ahora.

Me mira decepcionado, se aleja poco a poco de mí y abre la puerta como si fuese lo que más le duele en la vida.

—Espero que nunca se te ocurra pensar que pude hacer algo más por nosotros, porque te estarías equivocando.

Cierra la puerta tras de sí al salir y yo no puedo controlarme más, rompo a llorar, desconsolada, como si hubiera perdido la parte más importante de mí.

—Te voy a querer siempre...

Pero él ya no está aquí para poder escucharme.

13

DESOLACIÓN Y DESESPERANZA

Catalina

Toni pasará a recogerme en una hora y yo todavía no estoy lista.

Desde que Cristian salió por esa maldita puerta no he logrado pegar ojo, me tiré en el sofá y lloré a mares, me dejé ir, sentí que no tenía fuerzas ni para volver a la cama y que mi vida a partir de ahora ya no sería la misma y todo por no tener el valor suficiente e intentarlo de nuevo, pero con la persona correcta.

No tengo ganas de ver a nadie, no me apetece salir de casa, no quiero ir a comer con él, ya nada es suficiente.

Tocan el timbre y yo sigo igual. Cara de mierda, ojeras hasta los pies, pijama puesto y pelo mugriento... Sólo he necesitado unas horas para que mi apariencia física decaiga notoriamente.

—Buenos días. —Suelto al tenerle delante.

—Cualquiera diría que son buenos.

—Toni, no estoy de humor.

—Lo veo. ¿Qué pasa? Habíamos quedado para comer, ¿no?

—Pues ya no me apetece... ¿Podríamos dejarlo para otro momento?

—¿Cómo?

—¿Te lo dibujo? No tengo ganas de nada, así que prefiero que salgamos otro día, por favor.

—No voy a irme. ¿De verdad crees que vas a estar jugando conmigo y vas a hacer siempre lo que te de la puta gana?

—Yo no estoy jugando con nadie.

—Sí que lo haces y conmigo no deberías hacerlo Catalina. No me pongas a prueba.

—¿O qué? ¿Ya empiezas?

Mi respuesta acciona su cerebro. Se da cuenta de que así poco vamos a avanzar en este intento de relación. Ve que, actuando así, enfrentándome, no conseguirá absolutamente nada, yo no volveré a pasar por lo mismo de

siempre, se supone que esta vez lo nuestro debía funcionar.

—Catalina... ¿Puedes contarme que está pasando? —Se frota la cara.

—Me ha bajado la regla y no soporto este maldito dolor de ovarios. —
Miento.

—Y lo pagas conmigo. Genial.

Si de verdad quiero que esto salga bien... Tengo que esforzarme, aunque sea un poco.

—Tienes razón... He pasado una noche horrible, me encuentro fatal y tú no tienes la culpa. Dame un rato, me ducho y nos vamos, ¿vale?

—Bien. Esa es mi chica.

No. Yo ya no soy su chica. Pero él se acerca a mí, me agarra por la cintura y me besa.



Cristian

—Llámame imbécil. Te lo permito. Me acabo de despertar... Necesito despejarme y eres la primera persona que me ha venido a la mente. ¿Tienes planes para hoy?

—Buenos días a ti también, yo también me alegro mucho de hablar contigo.

—Julia...

—Ayer no fue bien, ¿no?

—Como el puto culo.

—Te recojo en un rato y pasamos el día por el centro, ¿vale?

Menos mal. Julia se ha convertido en el soplo de aire fresco en los días malos, en la mano que encuentras tendida hacia a ti cuando más falta te hace, apareció justo en mi camino cuando más la necesitaba, momentos en los que no quise ser un incordio para la gente a la que quería porque mis amigos bastante tienen con lo suyo... Y ella sin embargo se vuelca en mí, sin importarle lo que venga después.

La veo llegar, hago que pare el coche y baje la ventanilla.

—¿Te apetece que vayamos en mi moto? Puedes aparcar por esta calle.

—¡Claro! Todavía no me has dado ni una miserable vuelta, ¿cómo no me va a apetecer?

Ya está aquí su alegría para hacerme el día mucho más llevadero.

Paseamos por el centro mientras le cuento el encuentro que tuve con Catalina, me desahogo y le pido que nunca más me deje cometer la locura de presentarme delante suyo a intentar nada más.

—Pero... Hay algo que no me cuadra. Quizá soy un poco tonta, pero es que no entiendo toda esta situación, ella te quiere, te echa de menos y bla bla bla... Pero no va a volver a intentarlo contigo porque está con su ex.

—Sí.

—Pero...

—Olvidalo. No lo vas a entender. Yo llevo unas diez horas pensando en ello, intentando comprender que narices pasa por su cabeza, buscando mil respuestas porque imagino que entre todas ellas una me convencerá y me ayudará a entender su comportamiento.

—Pues pasa página Cris. Yo ayer te empujé a hacerlo porque creía que todavía te faltaba algo por hacer, pero ahora ya... Ya está. Está en sus manos. Deja que sea ella la siguiente en mover ficha.

—¿Crees que la moverá?

—No lo sé. No tengo ni idea. Lo que creo es que debes vivir. Olvidarte de que la quieres, olvidarte de que todavía está aquí. —pone su mano encima de mi pecho— Y vivir.

—Parece fácil ¿eh?

—Y lo es. Cristian, eres un bombón. ¿No te has dado cuenta todavía? Con esto no te digo que busques nada con nadie, pero tampoco te frenes. ¿Entramos a comer aquí?

—Sí —rio— Hacen una paella muy buena.

—¡Genial! Aunque... yo prefiero fideuá.

—Caprichosa.

—Mucho —Me guiña un ojo y se lanza a dejar un beso sobre mi mejilla.

El camarero nos lleva hasta la mesa, nos ha tocado una de las que hay pegadas al cristal que da a la calle, pedimos y continuamos la charla mientras esperamos.

—Tú sabes que ahora cualquier cosa es algo absurdo, ¿verdad?

—¿Absurdo? No te entiendo. —no consigo seguirla. No logro entender por qué derroteros se ha ido esta conversación.

—Los desamores duelen mucho, muchísimo, pero ninguno duele tanto como la primera vez que te destrozan el corazón.

—Oh...

—Si pudiste superar lo de Claudia... Esto es pan comido.

Juntamos nuestras manos por encima de la mesa, nos miramos cómplices y nos sonreímos.

—Gracias.

—Idiota. Tú también lo harías conmigo. O eso espero.

De repente un escalofrío recorre mi cuerpo. Giro la cabeza y me encuentro con una mirada que jamás logrará dejarme indiferente. Unos ojos azules, fríos como el hielo están clavados en mí. Mi cuerpo reacciona al instante, me tenso, quiero levantarme, pero Julia me recuerda que ya no es el momento. Puedo ver a Toni a su lado. Puedo sentir como los últimos hilos que nos unen se rompen por completo.

Nos hemos perdido.



Catalina

No. Por favor, que alguien venga a decirme que esto no está ocurriendo. Es él. Es él sentado con otra. Es él rozando la piel de otra persona.

Cristian.

Freno en seco una vez que les tengo justo delante de mí.

Agarro a Toni mucho más fuerte, no sé si mi cuerpo me va a seguir sosteniendo en pie...

Entonces se gira. Nuestras miradas vuelven a encontrarse una vez más. Sus ojos se clavan en los míos. Entreabre la boca y casi puedo sentir su aliento.

Pero... ¿quién es ella?

No puedo creerlo.

No va a jugar conmigo nunca más. No voy a permitirle que se ría de mí. No voy a perder ni un solo segundo de mi tiempo en pensar en él.

Ya no... Esta vez es la definitiva.

Nos hemos perdido. Esta vez, para siempre.

14

¿NORMALIDAD?

Cristian

Una vez más, el tiempo está siendo mi gran aliado.

Bueno, el tiempo... Y Julia. Gracias a ellos siento que cicatrizo mis heridas con mayor facilidad a lo que lo había hecho en anteriores ocasiones.

Han pasado casi dos meses de nuestra “despedida”, dos meses desde el fatídico encuentro en el que escondimos y callamos demasiado cada uno en un lado del cristal, dos meses en los que no he sabido nada más de Catalina. Por primera vez siento que nuestros caminos han tomado un rumbo distinto, pero no siento ahogo por ello, es más, logro estar en calma.

Todo a mi alrededor parece volver a la normalidad.

Carolina vuelve a ser humana. El doctor dice que el bebé ya se ha asentado y que gracias a eso podrá llevar de nuevo una vida normal. Se terminaron las náuseas, los vómitos cada mañana y los cambios de humor. Gracias a eso, mi cuñado ha logrado recuperar la cordura, la última vez que le vi hubiera jurado que se cortaría las venas si la situación hubiera sido así los nueve meses de embarazo.

Nadia y Rubén han encontrado el equilibrio en su balanza. Les ha costado, pero lo han logrado, hace unas semanas que sabemos que esperan un pequeño diablo. Sí. Rubén ganó todas las apuestas y la barriga de Nadia nos hace pensar que va a ser un tiarrón.

Gabriela está aquí. Ha enamorado al resto del grupo. Pero por desgracia las cosas en el mundo real no son tan fáciles como las pintan. Yo no estoy muy puesto en el tema, pero juraría que ella ha venido de “vacaciones” mientras intenta arreglar todo el papeleo del visado para poder vivir aquí y traer a su hijo. Eric está dispuesto a todo, incluso a casarse si es necesario, nosotros le apoyamos, pero ella le para los pies todas y cada una de las veces que él se lo propone, negándose a casarse por algo que no sea amor... Y también la comprendemos.

Patricia y Diego van de mal en peor. Diego normalmente se muestra

hermético, no nos cuenta prácticamente nada de su relación porque todos estamos en contra, Nadia incluida, ella lo ha intentado todo por no perder la amistad que la unía a Patricia, pero terminó llegando a la conclusión de que su amiga hacía cosas extrañas y que ella no quería verse involucrada en sus asuntos.

Con respecto a mí, diré que no sé si me estoy volviendo loco, si veo cosas donde no las hay, pero yo incluso juraría que se me ha insinuado un par de veces estos meses, me dice cosas totalmente fuera de lugar y me mira de una forma... Vaya, que, si yo entro en su juego, podría hacer con ella lo que quisiera. Obviamente, no he querido entrar.

Estas últimas semanas el taller ha estado más tranquilo, tenemos trabajo, pero no es desbordante, nada que ver con meses anteriores.

Mi móvil empieza a vibrar dentro de uno de mis bolsillos y al sacarlo compruebo que es Carol quien me llama.

—Papá, es Carolina. Salgo fuera a hablar con ella.

—¿Tu hermana? ¿A estas horas? Qué raro...

Salgo y noto cómo el sol de mayo aprieta con ganas, hace un calor propio de verano. Es agobiante.

—¡Carol! ¡Buenos días hermanita! ¿Cómo estás?

Escucho sollozos al otro lado de la línea.

—Oye... No me asustes. ¿Estás bien?

—Ay, Cris... Es que Javier se va de viaje mañana y... —Vuelve a llorar.

—Cálmate. ¿Qué pasa? No consigo entender el drama.

—En realidad yo tampoco. Pero es que estoy muy sensible... Y esta semana tenemos la siguiente ecografía, nos van a confirmar si el bebé está bien, si tiene todo formado como es debido, quizá nos digan el sexo...

—No pasa nada boba. Claro que va a estar todo bien, no te pongas así, seguro que a Javier le parte el alma no poder estar ahí.

—Pues que se quede. —Ahora parece enfadada.

—Carol, es su trabajo.

—Pero... ¡Es que yo no quiero ir sola! —Llora otra vez.

Malditas hormonas, me va a volver loco, se supone que esta etapa ya la habíamos superado.

—Y no irás sola. ¿Qué día es?

—El jueves. Creo que a las doce y media.

—Hablaré con papá, ¿vale? Si puedo escaparme iré para allá el miércoles por la tarde y así pasamos más tiempo juntos.

—¿Sí? Pero...

—Pero nada, a mí también me hace ilusión poder ver a mi sobrino.

—O sobrina.

—Eso mismo. Tú no te preocupes por nada, ¿vale?

—No sé qué haría sin ti. Eres mi salvador.

Sonrío y evito contestarle. Si ella supiera lo mucho que la quiero y todo lo que estoy dispuesto a hacer por verla feliz... Y cuando digo todo, es todo, sin límites. Seguramente rompería a llorar como una magdalena otra vez y prefiero evitarlo.

Entro y le cuento la situación a mi padre, los dos reímos, no es para menos, ya de por sí las mujeres son un tanto peculiares y su estado anímico cambia más que la luna, depende mucho del día y del momento en que las pilles y a mi hermana el embarazo esos cambios de humor se los ha intensificado.

Llego a casa reventado, no me preguntéis por qué, ha sido un día bastante tranquilo y un lunes bastante fácil de sobrellevar, pero el cansancio no frena mis planes.

*“Cristian: ¿Os hace ir a tomar unas birras?
Yo ya estoy en casa”*

“Eric: Ok. ¿Nos vemos en veinte minutos?”

“Cristian: ¿En el centro?”

“Rubén: Recógeme cuando vayas para allá cabronazo.”

“Cristian: Hecho.”

Y... ¿Diego? Diego vuelve a no contestar. Cuando hace estas cosas me entran ganas de sacarlo del grupo y de mandarlo a la mierda.

“Eric: Diego, manifiéstate.”

Estoy a puntito de salir de casa cuando veo que por fin da señales de vida.

“Diego: Acabo de salir de currar, voy para allá, nos vemos en el bar de Lourdes, ¿no?”

Los tres confirmamos y yo me sorprendo con su respuesta, gratamente, por supuesto, de hecho, pensaba que no iba a venir.



—Cat, ¿vamos a tomar un café?

Nadia y Catalina mantienen su relación, Cristian pasó a ser un tema tabú entre ellas. Nadia no le cuenta nada de él y Catalina no pregunta. Con él hace exactamente lo mismo, no le cuenta nada de lo que ocurre en la vida de ella. Nadia quiere formar parte de la vida de ambos y lo consigue manteniéndose al margen, imparcial. En tierra de nadie.

—No tengo muchas ganas de salir... Creo que será mejor que vengas a casa.

—Estás rara. ¿Va todo bien?

—He discutido con Toni.

—Menuda novedad...

—Sí, ya ves. Otra vez igual.

—Esto no va a ninguna parte... Ojalá te des cuenta de una vez. En un rato estoy allí.

Colgaron, teniendo todavía mucho que decir.



Acabamos de pedir la segunda ronda cuando Diego dice algo que nos deja boquiabiertos.

—Me parece que voy a dejar a Patricia.

Ninguno lo esperaba, nos pilla por sorpresa, pero tampoco fingimos una decepción que no sentimos.

—Colega, es lo mejor que puedes hacer. —dice Rubén.

—Opino lo mismo. —Continúa Eric.

—Creo que no hace falta que yo diga nada más. Esa chica no te quiere, me da mala espina. —No explico todo lo que pienso, ni tampoco lo que me

ha parecido vivir las noches que hemos coincidido.

Él ya se está planteando separarse de ella y podría pensar que mi único interés es hacer leña del árbol caído, así que me engaño a mí mismo diciéndome que seguramente ha sido un mal entendido.



Nadia se lleva las manos a la boca en cuánto Catalina le abre la puerta.

—Tranquila, no es nada. Estoy bien. Pasa.

—Dime que no ha sido él. Por favor...

Catalina tiene una pequeña brecha en la frente y el labio partido.

—Fuimos los dos.

—¿Cuándo vas a reconocer que esta situación no es normal? ¿Cuándo vas a apartarte de este hombre?

—No estoy de humor, si has venido aquí para darme lecciones de moral...

—No he venido a eso, pero claro, no pensaba encontrarte así. ¿Vas a explicarme qué ha pasado?

—Celos. Los celos le nublan. ¿Quieres tomar algo?

—Agua. Fría, muy fría. Sigue.

—Últimamente nunca tengo ganas de hacer el amor, no quiero que me toque, prefiero tenerle lejos y ayer me preguntó si estaba con otro. Nos alteramos, alzamos la voz, yo le empujé y él hizo lo mismo, me caí contra la mesa, no me lo esperaba, de ahí el golpe en la frente.

—Y, ¿el labio?

—Le provoqué. Le dije que estaba con otro que follaba mejor que él.

—Dios mío, Catalina...

—Me cruzó la cara. Jamás habíamos llegado a esto, no sé... Se nos fue de las manos. Lo reconozco.

Durante los siguientes minutos Nadia prepara algo para picar e intenta hacerla entrar en razón. Le dice todo lo que Cristian ya le había dicho más de una vez, intenta que comprenda que una relación así no es una relación normal. Pero vaya, el amor es ciego. Bueno, no. El amor no duele, más bien es la obsesión la que nos ciega y nos mata.

—Te mereces más que todo esto. Déjale... Por favor... Si te quisiera no te trataría así.

—Eso es lo que quiero, pero no encuentro nunca el momento Nadia. Ya me he cansado de fingir, me he cansado de estar todo el día ocultando lo que realmente quiero, me he cansado de intentar engañarme a mí misma, pero sé que un movimiento más puede traer horribles consecuencias.

—No te sigo... Creo que todavía estoy tan indigestada con lo que me has contado que no logro pillar por donde vas ahora.

—Que sigo completamente enamorada de Cristian.

Nadia asiente, orgullosa de que su amiga por fin dé el paso de decirlo en alto, de que por fin sea capaz de enfrentar la verdad y de reconocer sus sentimientos.

—Él sigue ahí, ¿sabes? Él sí te quiere de verdad, él no te haría esto Cat... ¿Por qué no le echas un par de narices y vas a buscarle?

—No puedo volverle loco de esta manera. No puedo pasarme meses y meses rechazándole y ahora que realmente me doy cuenta de que lo mío con Toni es una pura farsa, correr a sus brazos pensando que él me va a querer tener de nuevo entre ellos.

—Vamos a ver, ¿crees que puedes olvidarte de los demás por un momento? ¿Crees que puedes olvidarte de la reacción del miserable que se atreve a tocarte? ¿Crees que puedes dejar de pensar en cómo reaccionaría Cristian? Yo te conocí y tú no necesitabas nada de nadie, sólo necesitabas escucharte a ti misma para caminar por la vida, hacías lo que te daba la gana, egoísta y fría, pero aun así... Lograste enamorarte. Vuelve de una maldita vez.

Y esas palabras... Inician el proceso, aceleran los cambios y accionan el botón de tomar decisiones que cambia el rumbo establecido.

15

SORPRESAS

Cristian

—¡Bombón! ¿Qué haces hoy? —Me pregunta Julia en cuanto descuelgo.

—¿Ves como no me escuchas cuando hablo?

—¡Cállate! ¡Claro que te escucho! —se ríe estrepitosamente, como lo hace siempre, tan ella— Me había olvidado que te ibas a Valencia.

—Buena memoria la tuya... Sí señora.

—¿Qué quieres? No podía tenerlo todo, ¿sabes? Es muy difícil ser yo.

—Yo no sé ni cómo te aguanto.

—Básicamente porque ahora ya no puedes vivir sin mí.

Tiene razón. Ya no quiero que salga de mi vida, llegó cuando más la necesitaba y la verdad que es tan fácil tenerla cerca que si se marcha alguna vez... Me faltaría alguien esencial y yo ya no estoy dispuesto a perder a nadie más.

—¿A qué hora sales para allá?

—Acabo de llegar a casa y quería darme una ducha antes de salir. ¿Por qué?

—Es que estoy de los nervios, por si te apetece ir a tomar unas cañas.

—¿De los nervios? ¿Qué pasa?

—El amor de mi vida me invita a cenar esta noche.

—¿Estás nerviosa porque has quedado con alguien?

—No es “alguien”. Es mi gran amor. Es el hombre perfecto. Es el futuro padre de mis hijos.

—Julia. Frena. ¿Cuándo lo has conocido?

—El sábado pasado. Pero no es un dato relevante.

—Hombre... Quizá sí lo es un poco. ¿También le tiraste el café por encima?

—No. Con él fui un poco más sutil. Se me cayeron las llaves al suelo y me las recogió. Sin más.

—Y hoy te invita a cenar. Muy normal todo. —digo irónico.

—Porque es el destino. He vuelto a encontrármelo esta mañana, hemos tomado un café juntos y ya ves...

—Entonces... ¿Voy a ser el padrino de tu boda?

—Calla, calla... Que se me va a salir el corazón por la boca.

—Bueno, ve tranquila y luego me cuentas, ¿vale? Me sabe fatal tener que irme, pero es que si voy a tomar algo contigo se me va a hacer muy tarde. No me odies...

—No podría. Ya lo sabes. No te preocupes, esta noche te escribo y te cuento.

—Genial.

—Y tú avísame en cuánto llegues.

—Sí, mami.

Colgamos y me pongo manos a la obra.



—Rubén... Tengo que hablar contigo. —Nadia está preocupada y ya no puede ocultarlo por más tiempo.

—Ui... ¿Va todo bien?

—La verdad es que no, nada va bien. No quería contártelo porque sé todo lo que te une a Cris, pero es que... No aguanto más.

—Catalina, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Has nombrado a Cristian. ¿Qué otra cosa puede ser? ¿Qué ha pasado?

—Su relación con Toni, es... extraña. Tienen discusiones muy fuertes, tanto que hoy... Ella tenía marcas.

—¿Marcas? ¿Qué tipo de marcas?

—Una brecha en la frente y el labio roto. Ella le defiende, le cubre, dice que es su culpa, que los dos se pelean, que ella le provoca... No entiendo como ese hombre es capaz de tenerla atada de esa manera.

—¿Puedo hablar con ella? —pregunta él inmediatamente después de suspirar asombrado.

—No. Creo que no sería buena idea.

—¿Cómo no va a ser buena idea? Tenemos que sacarla de ahí.

—Hay más... Me ha reconocido que sigue enamorada de Cristian, que está cansada de fingir lo contrario y yo no sé si contárselo a él o esperar que

ella dé algún paso más. ¿Qué hago? No soporto verla así.

A Nadia se le humedecen los ojos y a Rubén se le parte el alma por verla de esa manera.



—Has tardado mucho en volver, ¿no? Cada día llegas más tarde, yo no lo entiendo.

—Patricia. Tenemos que hablar.

—Que serio estás... ¿De qué?

Diego se sienta en uno de los reposabrazos del sofá y lo suelta sin darle más vueltas, sin importarle cómo le va a sentar a ella lo que tiene que decirle.

—Quiero que te vayas de mi casa. No estamos bien juntos. No somos felices. Esto se ha acabado.

—¿Cómo?

—No quisiera tener que repetirlo... El problema es de los dos, somos incompatibles y no podemos estar juntos.

—No. No puedes dejarme... Yo...

—¿Tú qué? Si no puedo ni acercarme a ti, no me dejas tocarte, no me dejas besarte, nunca sé si mi próximo movimiento te va a sacar de quicio o no y yo no puedo continuar así porque vas a volverme loco.

—Diego. Intentémoslo una vez más. Yo te quiero, te quiero muchísimo, te lo juro.

—Pero...

Ella se lanza a sus brazos y le da uno de esos besos de película, uno de esos que nunca antes le había dado a él.

—Démonos una última oportunidad, por favor...

Diego suspira, la mira a los ojos y los encuentra húmedos y brillantes. No puede partirle el corazón y quizá, logren hacerlo funcionar esta vez, ¿no? Mil dudas pasan por su cabeza, y aunque parecía que esta vez estaba completamente decidido, vuelve a cambiar de idea.

—Vale. La última.

Y se encierran en su habitación para terminar de pactar los acordes del nuevo contrato que han establecido.



Llevamos un buen rato esperando que nos llamen para entrar en consulta. Carolina resopla y se mueve inquieta, quiero calmarla, pero el propio agobio que me provocan los hospitales me complica el propósito.

—¿Estás nerviosa? —Le pregunto en la sala de espera.

—Mucho. Encima van con retraso...

—Tranquilízate de una vez, seguro que nos llaman en unos minutos.

—Carolina Morales. Pase, por favor. —la enfermera dice su nombre desde el umbral de la puerta, la hemos invocado, nos miramos y sonreímos.

Entramos, saludamos al doctor y nos sentamos en las sillas que nos indica.

—Carolina. Buenos días. ¿Qué tal va esa barriga?

—Bueno, creo que bastante bien.

—¿Los vómitos han disminuido?

—Sí. Muchísimo. Gracias a Dios.

—¿Cómo te encuentras? ¿Cansancio? ¿Cambios de humor?

—Me encuentro bien, de momento no me siento muy agotada pero lo de los cambios de humor...

—Lo de los cambios de humor sigue ahí —intercedo, poniendo un poco de humor— Nunca sabemos cómo le van a sentar las cosas o por donde va a salir.

—Tranquilo, es completamente normal, se le pasará. —Sonríe mirándola — Pues nada, ¿vamos a ello?

Carolina se coloca en la camilla y a mí me dejan ponerme justo a su lado. Tenemos el monitor justo en frente y, cuando el doctor pone ese líquido encima de su barriga y pasea el cacharrito por su tripa me pongo de los nervios. Ella se estremece y aprieta mi mano.

Cualquiera diría que el padre de la criatura voy a ser yo.

—Puedes estar tranquila, todo por aquí dentro está estupendamente, tus ojos desprenden pánico a leguas. Relájate mujer. —ríe al decirlo.

—Entonces... ¿El bebé está bien?

—Perfectos. ¿Quieres saber el sexo?

—Sí. Claro que sí.

Los ojos de Carol empiezan a brillar, los míos también, por fin vamos a saber si tendré un sobrino o una sobrina. ¡Qué ganas de verle ya la carita!

—Veamos... Ui. ¿Qué pasa aquí? —Carol se tensa al momento y el doctor hunde un poco el aparato, tratando de incordiar al bebé— Aquí está, es una niña.

—¿Una niña? ¡Madre mía, Cris! Javier va a ser el hombre más feliz del mundo.

El doctor continúa con su mirada fija en la pantalla sin hacer caso a todo lo que vamos diciendo mientras sigue moviendo la tripa de mi hermana.

—¡Por fin!, la segunda va a ser algo más testaruda, no sé si se parecerá más a papá o a mamá, pero me ha costado mucho poder verla.

—¿Cómo?

Es lo único que logro pronunciar. Carol se ha quedado en shock al escuchar las palabras del doctor y la verdad es que yo voy por el mismo camino.

—Llevas a dos princesas en tu interior Carolina. Por eso estabas teniendo un embarazo tan complicado, ya se sabe... Cuándo hay tanta mujer junta...

—¿Dos? —Consigue pronunciar ella todavía alucinada.

—Sí, dos. —responde el doctor extrañado.

—No puede ser. Si en la primera ecografía no me dijeron nada. ¿Está usted seguro?

—Más que seguro. Se ve claramente que hay dos cuerpos ahí dentro.

La noticia nos pilla desprevenidos. Voy a ser tío de dos niñas preciosas. Dos. Alucinante. Carol vuelve a vestirse, recoge sus cosas y sale de la consulta sin esperarme y sin decir absolutamente nada.

—¡Carol! ¡Un momento! —Me giro para despedirme del doctor y corro tras ella como puedo.

—Cris... ¡Dos! ¿Tú sabes lo que va a ser eso? Yo voy a morir en el primer intento de ser madre... Es que todo me pasa a mí.

—¡Anda ya! No seas dramática. Ve a llamar a Javier y le informas de la buena noticia. ¡Seguro que a él le hace mucha ilusión!

Ella asiente con la cabeza y se aleja de mí para poder llamar por teléfono y hablar tranquilamente.

Mierda. ¿Es ese su olor? Es su perfume. Quiero salir corriendo de aquí, alguien lleva el mismo perfume que Catalina. Me giro rápido, quiero seguir a Carolina al exterior cuando me choco con una chica que sale de una de las consultas.

—Disculpe. Tengo prisa.

Se gira y nuestras miradas se encuentran. Sus ojos azules se pierden en

los míos. Y yo casi me muero al ver lo que veo.

Tengo delante a una chica mucho más delgada de lo que recordaba, una chica que pide a gritos ser salvada... Una herida en la frente, el labio partido, un golpe en el pómulo y el brazo escayolado.

Me falta el aire.

Necesito salir de aquí, sacarla de dónde se haya metido, necesito llevármela conmigo, entender que ha ocurrido... Mantenerla a salvo, fuera de peligro.

—Catalina... Pero... ¿Qué te ha pasado?

16

DECISIONES, CONSECUENCIAS Y ENCUENTROS CASUALES

Catalina

No. Que alguien me despierte. Que alguien me diga que esto no está ocurriendo. No puede ser verdad... No puede ser que yo haya venido hasta este hospital para evitar encontrarme a alguien conocido y que justamente me encuentre con él.

¿Qué está haciendo Cristian aquí?

Mi cuerpo empieza a temblar al tenerle delante, mi respiración prácticamente desaparece y siento cómo mis pulsaciones se aceleran incontrolablemente, por fin vuelvo a tenerle cerca de mí. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez?

—¿Cristian? —Es lo único que logro decir.

—Madre mía... ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?

—Sí, estoy bien. No es nada, no te preocupes.

No quiero contarle la verdad, noto que quiere acercarse a mí, tocarme, comprobar que mis heridas no me causan más daño del que digo, pero algo le mantiene alejado, no quiere cruzar la línea y yo no quiero demostrarle que lo que más necesito en este momento es que lo haga, no es el momento de hablar de esto, hace unos minutos sólo quería marcharme a casa, huir del mundo, pero ahora... Lo único que realmente quiero es perderme de nuevo entre sus brazos.

—Ya... No es nada. —dice irónico— Mira, no me lo cuentes si no quieres, pero tampoco te molestes en mentirme porque no soy gilipollas, ¿sabes? Y realmente me importa una mierda lo que me vayas a decir. Sólo te digo una cosa: O te apartas de él o te aparto yo, tú decides.

Cristian se enfurece más y más a cada segundo que pasa.

—¡Vámonos de aquí! —Me agarra del brazo e intenta llevarme con él. Pero así no, a la fuerza no pienso marcharme con nadie nunca más.

—¡Suéltame!

—Cris, ¿nos va...—Carolina se calla de repente al verme— ¡Oh! Pero... Catalina... ¿Qué te ha pasado? —Si algo no se esperaba era encontrarme allí.

—Creo que quizá deberías preguntarle qué cojones le han hecho.

Cristian vuelve a agarrarme del brazo y tira de mí.

—Te he dicho que nos vamos. —lo dice bajito, mirándome muy serio— No hagas que monte un espectáculo aquí en medio.

Pero qué más da eso ahora si ya lo hemos montado, seguimos en mitad de un pasillo, justo delante de la puerta de la consulta y la gente que espera sentada en la sala no nos quita el ojo de encima.

—Catalina... —susurra Carol mucho más dulce— Creo que mi hermano tiene razón, deberías venirte con nosotros, vamos a tomarnos una tila, a que nos dé un poco el aire... Nos irá bien, estamos todos muy nerviosos.

—Pero es que... —No me deja terminar. Me corta enseguida dejándome claro que no quiere escucharme porque ella ya ha tomado una decisión por todos.

—Pero es que nada. Ahora mismo nada me sirve. ¿Sabes qué? Me acaban de decir que aquí dentro —Se señala la inmensa barriga que tiene— habitan dos niñas. ¡DOS! ¿Tú sabes lo que va a ser eso? Estoy al borde de un ataque de histeria, así que, si no quieres que me dé un infarto, deja de replicar, mueve el culo y vayamos a tomar esa maldita tila de una vez. Gracias.

Asiento con la cabeza, obediente, haría todo lo que ella necesitara y me olvido de mí un instante para lanzarme como una estúpida a darle un abrazo.

—¡Enhorabuena! No sabes cuánto me alegro de que todo esté bien y de la gran noticia que te acaban de dar.

Las dos miramos a Cristian, él sigue ofuscado, metido en su mundo, vete tú a saber qué narices está pasando por su cabeza, todavía está nervioso y no puede dejar de resoplar.

—¿Puedes calmarte? —dice Carol— Intentemos hablar con calma. Venga va, vámonos.

—Le voy a matar. Aunque sea lo último que haga. Ese hijo de puta no va a volver a ponerle una mano encima nunca más.

Nosotras nos miramos y yo... No puedo aguantar la mirada de Carolina. ¿Cómo he podido ser tan estúpida? Salimos y entramos en el bar que hay justo al lado del hospital, nosotras pedimos la tila que tanto necesitamos y Cristian pide una cerveza, parece que está más tranquilo, pero a mí no puede engañarme, sé que sigue pensando en ello.

Encontrarme con él justo ahora, en este momento... Es la última señal que necesito para saber cuál es mi sitio.

Siempre a su lado.

—Así que gemelas. ¿Se lo has contado ya a Javier? —Le pregunto a Carolina intentando desviar la atención que hay sobre mí.

—No. Todavía no. No sé ni como decírselo.

—Le vas a hacer tan feliz... Estoy segura.

—Catalina... —se hace el silencio en nuestra mesa hasta que Carolina vuelve a hablar— ¿Quieres que hablemos de ello? Sabes que puedes contarnos lo que sea, que estamos aquí para cualquier cosa.

Por primera vez los ojos de Cristian buscan los míos y puedo ver en su mirada que necesita saber todo lo que ha ocurrido. Y yo siento que se lo debo... Así que empiezo a hablar.



La noche anterior...

Llevaba varios días dándole vueltas a lo mismo, la situación volvía a sobrepasarme, llevábamos juntos unos dos meses y todo había vuelto a cambiar.

Todo lo que me dijo mientras estuve en Londres había sido una burda mentira para recuperarme.

Toni no sabía querer y lo peor de todo es que yo siempre fui consciente de ello, pero ni siquiera eso me servía para alejarme. Él siempre ha sido mi gran debilidad, algo mucho peor que una adicción.

Hasta ahora.

Las discusiones volvían a ser continuas, prácticamente diarias, cualquier estupidez nos servía para montar un cirio, cualquier cosa la llevábamos al extremo y ya habíamos empezado a tomar por costumbre que la situación se nos fuese de las manos y verlo como algo normal entre nosotros.

Error. Un gran error.

En esta vida siempre hay que buscar a alguien que te haga feliz, alguien que sea capaz de sacarte más sonrisas que lágrimas, alguien que te anteponga a él mismo si es necesario.

Y esa persona no es Toni.

—Hola pequeña. —Odiaba que me llamara así—Estoy reventado. He tenido un día de locos.

—Toni, quiero hablar contigo.

Su mirada me alertó, pero no fue suficiente para cambiar mi opinión.

—Tú dirás. —respondió muy serio.

—Estos dos meses me han servido para darme cuenta de que no quiero estar contigo, que ya no nos entendemos y que esta relación únicamente nos está haciendo daño.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿No ves que todo lo malo que nos pasa es por tu culpa? Últimamente no te esfuerzas absolutamente nada y no haces más que decir tonterías.

Eso sí que no. No pensaba pasar por alto que intentara anularme psicológicamente, ni hablar, me negaba a pasar un segundo más de mi vida con una persona así.

—El único que dice tonterías aquí eres tú y yo ya me he cansado de escucharlas. No quiero estar contigo y punto.

—Sí que quieres. Estamos hechos el uno para el otro.

—¿Lo ves? ¡Deliras! Quiero que recojas tus cosas y te vayas de mi casa.

—¿Puedes decirme que mierda pasa por tu estúpida cabeza? —Chilló.

—Haz el favor de bajar la voz y tranquilizarte, no quiero volver a vivir la misma situación del otro día.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no quería hacerte daño? Perdí el control.

—Lo sé. No te culpo, reconozco que fuimos los dos, pero ya no quiero más... Hasta aquí. Esto termina hoy.

No dijo nada, hinchó su nariz y empezó a mirar nervioso a ambos lados.

—Me voy a dar una vuelta. Recoge tus cosas, cuando vuelva no quiero que estés aquí.

No me dio tiempo ni a llegar a la puerta, me agarró del brazo y me empujó hacia a él.

—Tú no te vas a ninguna parte.

—Toni, me estás haciendo daño.

Estaba tan enfadado que no era capaz ni de escucharme, no entendía a razones.

Intenté zafarme de él, hice todo lo que pude, saqué toda la fuerza que fui capaz y le empujé con la mano que tenía libre, pero no conseguí escapar, él todavía me apretó con mucha más fuerza, sus ojos hervían en sangre y tiró de

mi provocando un crujido en mi muñeca. Grité de dolor y le supliqué que me soltara de una vez.

—Toni, por favor... Intenta razonar...

—Has vuelto con el niño ese, ¿no?

—¿Qué dices? —¿De qué niño estaba hablando?

—No te hagas la loca, todas las veces que has querido apartarme de tu vida lo has hecho para follarte al imbécil de Cristian.

—No vuelvas a nombrarlo.

—¿O qué? —rio, retándome con la mirada.

—Él no tiene nada que ver con esto. ¿No lo entiendes?

—Lo único que entiendo es que eres una puta que lo único que busca es calentar cada día una cama diferente. Lo único que mueve tu mundo es tener una polla nueva cada día dentro de ti. Eres una zorra. Que digo, eres la más puta de todas las zorras.

Soltó todo aquello con toda la repugnancia de la que fue capaz y consiguió que me sintiera sucia, aunque sus palabras no fueran ciertas.

La rabia que sentí en ese momento me recorrió entera y, cuando quise darme cuenta el asco que me provocó tenerlo tan cerca me hizo escupirle en la cara.

Él reaccionó rápido, tanto que no tuve tiempo de apartarme y fue entonces cuando sentí sus nudillos clavados en mi cara.

17

POR FIN

Cristian

Escuchar cómo relata la escena de la noche anterior tan fríamente me pone los pelos de punta. No puedo imaginarme que ella pase por algo así y lo acepte sin más. Me hierve la sangre cada vez que una de esas imágenes invade mi mente.

—¿Qué piensas hacer a partir de ahora? —pregunta Carolina.

—¿A qué te refieres? —responde ella.

—Pues que... ¿Cómo quieres que sea tu vida a partir de ahora? ¿Tienes pensado volver con él? ¿Vas a denunciarle? No sé... Es que estoy alucinando con todo esto, no comprendo como todavía a día de hoy eres capaz de “defenderle”.

—No le defiende, sólo cuento la verdad. Y no puedo contarte que yo soy una chica inocente que no rompe nunca un plato. No puedo contarte que él llegó borracho y decidió darme una paliza sin ton ni son porque no sería cierto. No puedo decirte que es un maltratador porque sinceramente no creo que lo sea...

—Catalina, tienes la muñeca rota, el labio partido, una brecha en la frente y un moratón en la cara. ¿De verdad crees que eso no es maltrato? —digo bastante enfadado.

Quiero controlar mis comentarios y actitudes, no quiero que ella sienta que no puede hablar de esto con nosotros, no quiero que se sienta atacada, pero es que no logro comprender como es capaz de tapar algo así, de aceptarlo, de colocarse esa maldita venda en los ojos que no le deja lograr ver más allá.

—Vamos a ver... Sé que no es lo normal pero tampoco me considero una mujer maltratada, ¿entiendes?

—¿Sabes por qué no? Porque le plantas cara, porque no te quedas quieta y te defiendes, porque tú te niegas a que tenga ningún poder sobre ti y no te asusta el conflicto, pero si en tu lugar estuviera otra persona, quizá ayer

podría haber ocurrido una desgracia. Abre los ojos de una vez. Ese tío es un maltratador.

—Cat... Yo no quiero meterme dónde no me llaman, ni presionarte, pero creo que Cris tiene razón... Creo que quizá deberíamos ir a comisaria.

—Carolina, no. No voy a denunciarle. ¿Estáis locos? He terminado con él, a partir de ahora cada uno hará su vida y esta vez sé que va a ocurrir así, hemos estirado demasiado la cuerda y ya no hay nada que podamos recuperar.

—Pero es que, aunque tú te apartes de su lado seguramente él encontrará a otra persona con la que compartir su vida, otra persona que quizá no tenga tu coraje, alguien a la que todas estas situaciones le queden grandes, quizá una chica más jovencita, una chica inocente que no sepa que tiene a su lado al mismísimo diablo y quizá un día, de repente, se enfaden por cualquier estupidez y la situación se le vuelva a ir de las manos. —Mi hermana intenta hacerle entrar en razón.

—Por favor... —resopla— Quiero marcharme a casa.

—No puedes irte sola, deja que Cristian te acompañe...

Ella me mira y no sé si lo hace esperando que yo me niegue o si lo único que busca es mi aprobación.

—Pero... ¿Tú ya vuelves a Elche?

—En principio me quedaba todo el día, pero podemos irnos ya. No me importa.

—No, no. Para nada. Quédate, yo puedo irme sola, no voy a perderme por el camino, además estoy segura de que nos veremos pronto, en cualquier parte. Hoy me ha quedado claro que tú y yo estamos destinados a encontrarnos todas y cada una de las veces que nos dejemos escapar.

Su mirada, su sonrisa y esa última frase... Consiguen remover todos esos sentimientos que había logrado domar estos últimos meses y sé que nuestra historia todavía no ha terminado del todo, que está dejando la puerta abierta a un posible futuro encuentro y justo en ese momento decido que yo no voy a dejar para mañana lo que pueda hacer hoy.

Por lo menos, no lo que tenga que ver con ella.

—Está muy bien que quieras dejarnos en manos del destino, una vez más, pero no voy a dejar que te vayas sola. Te guste o no, estés de acuerdo o no, vayas a hablarme o no me dirijas la palabra en todo el día... Voy a ir contigo, voy a llevarte a tu casa, y...

—Y nada. No termines la frase por si las moscas. —ríe Carol— Pero

¿podéis primero llevarme a la mía?



Catalina no tarda ni cinco minutos en dormirse cuando subimos al coche. Yo no quiero molestarla, seguramente necesita descansar, así que bajo la música y me encierro en mis pensamientos.

Quizá es mi sensación, pero quedan muchos hilos sueltos en toda esta historia, todavía tengo muchas preguntas por hacerle, preguntas de las cuales no tengo claro si quiero saber la respuesta, preguntas que probablemente ella no querrá contestarme.

—¿Estás bien? — Oigo su voz todavía adormilada.

—¿Yo? Sí, claro que sí. Esa pregunta debería hacértela yo a ti, ¿no crees?

—Bueno, es que llevo un rato mirándote y es como si no estuvieras aquí... Perdona por haberme quedado dormida, estoy agotada.

—Cat, ¿dónde has pasado la noche?

—En el coche. Todo ocurrió antes de cenar y, cuando conseguí largarme no tenía ni idea de a dónde ir, no quería preocupar a las chicas, pensé que el dolor pasaría... Pero ya ves, al final a las tres de la mañana o así decidí ir al hospital.

—A un hospital que está a dos horas de aquí.

—Sí. No quería encontrarme con nadie. Pero ya ves, el karma nunca está de mi parte.

—¿Cómo lograste conducir con el brazo así?

—No tengo ni idea... El dolor era tan fuerte que creo que incluso dejé de notarlo.

—¿Te has planteado que quizá siga en tu casa?

Su cara contesta por ella. No, no se le ha pasado por la cabeza un solo segundo.

—No voy a dejarte subir sola. Me da igual lo que me digas, me da igual como te pongas... No he venido hasta aquí para marcharme a mi casa como si todo esto no hubiese pasado.

—No tenía intención de pedirte que te fueras...

¿Ah no? ¿Qué está pasando aquí? Catalina, mi Catalina, ha vuelto, ha dejado atrás el témpano de hielo en el que se había convertido, quizá ha

dejado atrás todo aquello que la separaba de mí, quizá está dispuesta a intentarlo de nuevo.

—Entonces...

—Shhh... No digas nada. Mejor esta conversación la dejamos para otro momento, ¿vale?

Aparco el coche justo en este instante y puedo permitirme mirarle a la cara, frente a frente, nuestros ojos se encuentran, pero inmediatamente ambos viajan hasta los labios del otro, ella se muerde el labio inferior y se los humedece, no creo que lo haga aposta, pero ahora resultan mucho más apetecibles, la tensión sexual que se crea entre nosotros es más que evidente, me muero por besarla, siento la necesidad de que nuestras bocas se devoren como lo han hecho en miles de ocasiones antes, pero no, todavía no es el momento.

Ella traga saliva y hace un gran trabajo de autocontrol, la conozco lo suficiente y también conozco al dedillo todas y cada una de las reacciones de su cuerpo.

—¿Vamos?

—¿Quieres que suba?

—Sí. No sé qué me voy a encontrar una vez que abra esa puerta... Y te necesito a mi lado. Prometo no pedirte nada más.

Entramos y lo primero en lo que me fijo es que la casa está completamente destrozada.

—Pero... ¿qué ha pasado aquí? —pregunto.

—Échale imaginación.

Entramos intentando no pisar nada de todo lo que hay tirado por el suelo, miramos en cada esquina por si nos encontramos a Toni, creemos firmemente que la está esperando, así que ella se dirige a su habitación a paso lento pero decidida.

Podemos ver su silueta a través de las cortinas.

Se puede acceder a la terraza desde su habitación y desde el salón. Ella me mira y asiente.

—Voy a hablar con él.

Pero Toni se anticipa a los dos. Corre la cortina y lanza el botellín de cerveza contra mí. Todo el alcohol que ha ingerido le ha hecho perder la puntería, no consigue darme, pero yo no puedo reprimirme más y me lanzo hacia él.

Cuando quiero darme cuenta, cuando consigo escuchar los gritos de

Catalina, cuando ya me duele la mano, cuando ya he perdido la cuenta de todos los puñetazos que le he dado y su propia sangre mancha mi ropa.

Paro.

—Cristian... Pero ¿qué has hecho?

Todavía respiro agitado, todo lo contrario a él, que aún tendido en el suelo, me mira y sonrío, el hijo de puta aguanta mucho más que cualquier persona normal, otro estaría yaciendo inconsciente en el suelo.

—Tenía que hacerlo. Lo siento Catalina... Lo que te ha hecho no podía quedar así.

—¿Eres su salvador?

—Que yo sepa no necesita ser salvada, ¿o sí? Espero que esto te sirva para comprender que si vuelves a ponerle una mano encima... Acabará contigo. —respondo.

Catalina no dice nada, él intenta levantarse y ella le ayuda.

—Amor... Dile a este niño estúpido que deje de meterse en nuestros asuntos y que se vaya de nuestra casa.

Ella me mira y unos segundos después se dirige a él.

—Voy a llamar a un taxi para que te lleve a tu casa, creo que debes irte. No te preocupes por tus cosas, veo que siguen aquí, yo las recogeré y te las haré llegar. Sólo te voy a pedir una cosa, déjame en paz, desaparece de mi vida, olvídate de mí. Olvídate de Cristian. Si no lo haces, acudiré a la policía con los informes médicos y, créeme, no quiero hacerlo. Hemos terminado y, esta vez, es para siempre.

Contundente y decisiva.

Y yo, ahora, más enamorado de ella que nunca.

18

SIN MIEDO A NADA

Catalina

—¿Quieres que me quede?

La pregunta de Cristian me pilla por sorpresa, sabía que seguía aquí, pero desde que Toni se ha marchado no hemos abierto la boca. Me ha ayudado a recoger un poco el piso, a colocar algunas cosas y, aunque me muero de ganas por pasar más rato con él, por compartir algo de aquello que ya compartimos una vez, algo dentro de mí me pide a gritos que espere un poco, que todavía no es el momento, que antes de que eso ocurra debemos tener una conversación para aclarar la situación y tomar ciertas decisiones.

Así que soy razonable, hay veces que permito que la razón le gane al corazón.

—Te agradezco mucho todo lo que has hecho hasta ahora, pero necesito estar sola, necesito tranquilizarme, pasar algo de tiempo conmigo misma, pensar en todo lo que ha sucedido, asumirlo y continuar. No quiero que te molestes, pero...

—Pero quieres que me vaya.

—No es eso. No es que quiera que te vayas, es solo que necesito un poco de espacio Cris. Entiéndelo.

El asiente lentamente, me mira, se acerca a mí y deja un suave beso en mi mejilla. Su mano en mi cintura tarda un poco más en alejarse de mí, pero no me importa, pararía el tiempo para disfrutar unos minutos más de su contacto si eso fuese posible.

Cuando le veo salir tengo la sensación de que, si no reacciono rápido, puedo perderle. Y es que lo raro es que no le hubiera perdido todavía.

Doble vuelta a la llave. Él fuera y yo dentro. Decido encerrarme en mi misma. Lo necesito.



Me doy una ducha como puedo, esto de tener medio brazo escayolado por una muñeca rota es bastante incómodo, salgo y me tumbo en el sofá, no quiero pensar, sólo quiero relajarme y evadirme, pero no consigo encontrar ningún canal de televisión en el que den algo potable y cuando voy a escoger uno de los libros que tengo pendientes de leer, recibo un mensaje.

¿Será él? Por favor, que sea él...

*“Lisa: Hace unos días que no sé nada de ti, no respondes a mis mensajes y no pienso ni molestarte en llamarte porque supongo que demasiado bien te deben estar yendo las cosas para que no des señales de vida, estás desaparecida.
¿Te acuerdas de nosotros, aunque sea un poco?”*

¡Madre mía! ¡Lisa! Tiene toda la razón del mundo, últimamente no he respondido a sus mensajes, también hemos dejado de llamarnos, me alejé conscientemente porque necesitaba tomar la decisión de dejar a Toni yo sola, ella la hubiera apoyado clarísimamente, pero es que no quería que nada ni nadie me influenciara sobre ello, quería estar segura de lo que hacía, del porqué y de que realmente fuese lo que quería.

Contestar su mensaje es demasiado frío, quiero llamarla, pero... ¿Qué le cuento yo ahora? ¿Todo? ¿Sólo lo que me interesa?

Lo decidiré sobre la marcha.

—¡Vaya! ¡Si estás viva! —responde rápido y bastante mosqueada.

—¿Me odias?

—¡Claro que te odio! ¿Cómo no voy a odiarte? ¿Por qué narices no me has contestado estos días? ¿Qué narices está pasando por ahí? No me va nada bien tenerte tan lejos.

—Querrás decir qué no está pasando.

—Empieza a hablar. Supongo que tendrás un buen motivo.

—Pues sí... —decido contárselo todo. Lo que me llevó a tomar la decisión de romper con Toni, las discusiones, las peleas, mi visita al hospital y el encuentro con Cristian— Y ya ves, por todas estas cosas no he estado pendiente del móvil. Tampoco he querido llamarte antes para no preocuparte.

—Espera un segundo, porque yo todavía estoy asumiendo toda esta información. ¿Te ha pegado? ¿Cristian le ha pegado? Joder, tienes un hombre de los pies a la cabeza cerca de ti, dispuesto a todo por ti y locamente enamorado y estás cerrando los ojos. Despierta de una vez.

—Lo sé... Y la verdad es que le quiero tanto que me asusta que volvamos a darnos una oportunidad.

—Tú verás si quieres ser feliz o prefieres seguir viviendo con miedo... Pero cuando tomes una decisión, piensa si quieres pasarte el resto de tu vida pensando en lo que hubiera pasado si...

Hablamos hasta que mis ojos deciden que no aguantan ni un minuto más abiertos y que es el momento de dejar la conversación para otro momento, sigo agotada, los últimos acontecimientos me han dejado muy débil.

Creo que necesito dormir tres o cuatro días seguidos.

Entonces, tomaré una decisión.

Entonces, seré valiente y daré el paso final.



Cristian

—Una de cal y otra de arena... Sus ojos esconden la verdad y lo sé porque la conozco más de lo que ella piensa, pero sus palabras siguen diciéndome todo lo contrario, repitiéndome una y otra vez que corra en otra dirección porque ya no es nuestro momento.

—Cris... ¿Y si no la conoces tanto cómo crees? ¿Y si es verdad que vuestro momento ya pasó? No sé... Quizá deberías pasar página, dejar que ella rehaga su vida y hacer tú lo mismo.

—Julia, no me estoy equivocando.

No puedo evitar fijarme en que esta noche su sonrisa está ausente, Julia no brilla como suele hacer siempre, ahora que lo pienso jamás la he visto así, desde que nos conocemos su mirada nunca ha perdido ese toque especial que desprende magia y yo tan estúpido y egoísta no me he dado cuenta hasta ahora.

—Oye... Pero ¿qué te pasa? —Le acaricio la mejilla.

—Por favor, tráeme un whisky con hielo —le dice al camarero antes de responder a mi pregunta— Que todo es una puta mierda, que yo estaba muy bien sin pensar en tonterías de amor y todo eso, que yo era feliz antes de que él apareciera, ¿sabes?

—Dime que no estás así por la cita del otro día.

—¡Que va! No estoy así por la cita del otro día, si la cita fue genial, me

llevó a cenar a un tailandés que hay a primera línea de mar. Fue muy romántico y detallista conmigo, no dejamos de hablar en ningún momento, todo fluía, nos contamos mil cosas, nos dedicamos a conocernos mejor y es un hombre maravilloso.

—¿Entonces? ¿Qué hay de malo?

—Pedimos una botella de champagne y nos la llevamos a la playa, nos sentamos en la orilla del mar, no nos importó ponernos la ropa perdida porque el momento era especial, tanto que no necesitamos ni besarnos para parar el mundo.

—Julia. No consigo seguirte, se supone que es el gran hombre de tu vida, que habéis tenido una primera cita perfecta y hoy resulta que estás irreconocible y no precisamente para bien.

Se termina el whisky de un solo trago.

—Ha logrado engancharme en una semana. En una puta semana sé que soy capaz de hacer cualquier cosa por él. Una puta cita, unos cuantos mensajes estúpidos y alguna llamada nocturna es lo único que ha necesitado para tenerme justo dónde él quiere. —deja de hablar para pedir otro whisky, me sorprende, pero pido otro para mí— Pero resulta que el muy hijo de puta tiene novia.

—No me jodas.

—Sí, sí te jodo. Bueno, no, más me jode a mí, claro está.

—¿Cómo te has enterado? ¿Te lo ha dicho él?

—No, claro que no. —ríe con amargura— Me los he encontrado esta mañana en el super. Se me ha quedado tal cara de gilipollas estúpida que creo que hasta la chica se ha dado cuenta de que ocurría algo.

—Joder... ¿Quieres otro? —Señalo el vaso.

—Por favor. —Asiente.

Me levanto a por dos más, esta noche va a ser muy larga, demasiadas cosas de las que hablar, muchos problemas que poner sobre la mesa, opiniones que escuchar, decisiones que tomar... Y muchos litros de alcohol detrás de esa barra para que nosotros podamos beber hasta perder el conocimiento.

Y así lo hacemos, tres horas después volvemos a ser felices, la risa de Julia se oye en todo el local y yo ya no pienso en Catalina. O eso mismo intento hacernos creer.

Hemos hecho un pacto, se acabó sufrir así porque sí, si de verdad nos quieren, si de verdad están interesados en nosotros, si de verdad creen que lo

nuestro puede funcionar, que sean ellos los que nos busquen. Nosotros ya nos hemos cansado.

Jugamos al fútbolín, a cuál de los dos más malo, echamos una partida al billar y la noche se nos va de las manos.

—¿Sabes que tienes muy buen culo? —Me dice Julia mientras yo intento meter una de mis bolas en cualquier agujero, me va a costar, teniendo en cuenta que prácticamente veo doble.

—Perdona... Pero... ¿Me estás mirando el culo?

Ella asiente y se muerde el labio inferior.

—¿Te importaría dejar de hacer eso?

—¿Te pongo cachondo? —dice mientras se acerca a mí— No me gustaría que por mi culpa entraras en calor.

—Julia... Dime que no me estás tirando los trastos.

—No lo estoy haciendo. —Sí, sí lo está haciendo, pero lo peor de todo es que a mí me está encantando el juegucito.

—Si te acercas más... No respondo de mis actos.

Se acerca. Ambos nos cogemos con ganas, el alcohol nos ha anulado el poco sentido común que nos quedaba, pero es raro, nuestras bocas no logran ponerse de acuerdo, nuestras lenguas no quieren entrelazarse y los dos nos alejamos a la vez con el ceño fruncido y cara de angustia.

—Esto no ha pasado, ¿vale? —digo yo.

—¿Qué cojones estamos haciendo? ¡Si tú a mí no me gustas! —dice ella.

—Oye, tú a mí tampoco, pero soy un hombre y has empezado tú a calentarme. Además, ¿cómo que no te gusto?

—Por favor... Creo que voy a pedir un agua. Y no, no me gustas, no eres mi estilo, ya lo sabes, pero no entiendo por qué te ofendes, yo tampoco soy el tuyo.

—Pero porque tú eres rarita de cojones. ¿Pero yo? Joder, yo estoy bastante bien.

Su cara me sirve de respuesta. Nos miramos cinco segundos más intentando asumir toda esta loca situación y nos descojonamos. Nos entra un ataque de risa que nos hace llorar hasta la saciedad.

Correremos un tupido velo ante semejante estupidez cometida una noche de bajón en la que varios litros de alcohol recorren nuestra sangre.



—Buenos días princesa... —Carol abre los ojos y encuentra a Javier con una bandeja dónde le lleva el desayuno— ¿Me has echado de menos?

Ella no contesta, deja la bandeja en el suelo y lo abraza tan fuerte que lo tumba junto a ella en la cama.

—Tanto, que lo único que me apetece ahora mismo es desayunarte a ti.

—¿Ah sí? Qué buen apetito tienes de buena mañana. Me encantaría que me desayunaran, así que... Cuando quieras. —Le guiña un ojo y se quita la camiseta, corriendo a besarla desesperado.

—Espera, espera, amor. Antes creo que debo decirte algo.

Javier la mira y los ojos le brillan automáticamente.

—Por fin vas a decirme el sexo del bebé. Has sido muy injusta conmigo estos días, me has tenido en ascuas, pero sé que es porque quieres verme la cara cuando me digas que vamos a tener una mini yo correteando por casa.

—Más bien... Dos minis tú. —Carol se lleva la mano a la cabeza y niega lentamente.

—¿Dos? ¿Cómo que dos?

—Pues eso. Que vienen dos Javier, que yo me voy a volver loca, que no vamos a tener tiempo para nosotros, que esta casa se va a convertir en una locura, que ahora entiendo lo mal que lo pasé los primeros meses, joder, de toda la vida tres han sido multitud y esta vez no iba a ser menos, que yo no estoy preparada, que el cambio se multiplica, que no me veo duchando a dos bebés a la vez, intentando dormirlos a la vez, dándoles de comer... ¿Y cuándo se pongan malas? Madre mía, si es que...

—¿Carolina! —la hace callar— Mi amor... Cálmate. Acabas de darme la mejor noticia del mundo. No empieces a estresarte antes de tiempo, claro que va a ser algo más complicado, pero podremos con ello, juntos siempre podemos con todo. ¿Qué te hace pensar que con esto no?

La besa, logra calmar todos sus miedos e inseguridades, calma su angustia y aplaca sus dudas.

Sí. Javier tiene razón, no va a ser tan difícil, estas niñas llegan para hacerles la vida más divertida, más fácil e infinitamente más feliz.

19

PASOS DE CERO

Cristian

La resaca conseguirá hacer estallar mi cabeza de un momento a otro. Mi viernes libre tirado prácticamente a la basura. Mi día amanece casi a las dos del mediodía, abro los ojos e incluso la luz del sol me molesta, me resulta cegadora. Recuerdo la noche de ayer, madre mía, de locos, río por no llorar. ¿Julia y yo? ¿En qué narices estaríamos pensando?

Cojo mi móvil para mandarle el mensaje que le hará empezar el día con buen pie cuando me encuentro uno de ella que me deja sin palabras.

“Catalina: Hola... No sé si debería escribirte, si debería llamarte o simplemente debería esperar a encontrarme contigo de casualidad, pero quería agradecerte todo lo que has hecho por mí. Quizá... Podría invitarte a comer, si te apetece, claro.”

¿A comer? ¡Me cago en la puta! Me había escrito a las diez de la mañana y yo con mi sobada ni siquiera me había enterado de nada.

Me levanto de repente, pero me arrepiento inmediatamente al hacerlo. Mi cabeza se digna a recordarme que ayer me pasé un poquito y que ahora necesito una cantidad ingente de ibuprofenos.

“Cristian: Creo que voy algo tarde. Me hubiera gustado mucho comer contigo, pero me acabo de levantar... Ayer salí a tomar unas copas y todavía no soy persona. Pero por mí podemos cenar juntos esta noche. Lo dejo en tus manos.”

Sabía que todavía no era el momento de pasar página, sabía que mi vida estaba a su lado y sabía que tarde o temprano las aguas se calmarían y volverían a juntarnos.

“Catalina: Y yo pensando que te hacías el loco muy elegantemente con tal de no darme largas. Entonces, nos vemos esta noche, cena y copa. ¿Nos vemos a las nueve?”

“Cristian: Hecho. A menos cinco estoy en tu puerta.”

—¡Sí! ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma! —grito más de la cuenta, pero es que...
¡Joder! ¡Estoy feliz!

Antes de meterme en la ducha para intentar renacer le mando un mensaje a Julia.

“Cristian: Buenos días alcohólica. ¿A qué no sabes con quién cena este bonito trasero esta noche? Y sí, pienso recordarte lo de que tengo un buen culo hasta el día que me muera, jajaja. ¡Ah! No pienso salir más contigo a tomar un par de cañas. Eres el demonio personificado.”

No tarda ni un minuto en contestar.

“Julia: Vete a la mierda. Creo que debería haber dejado la cabeza en esa maldita mesa de billar. Qué asco me da todo hoy... Hasta tu asquerosa felicidad. Más tarde te llamo y me cuentas. Eso sí, si se te ocurre nombrar algo de lo que pasó anoche... Te corto los huevos.”

Río en voz alta y me meto en la ducha. Miro el reloj al salir y empiezo a contar las horas para volver a verla.



*“Diego: Tío, tengo que hablar contigo.
¿Podemos vernos?”*

No negaré que me sorprende encontrarme con este mensaje de Diego. La verdad es que hasta que no tenga que prepararme para la cena no tengo nada más que hacer, pero, aun así, me muestro receloso.

Nuestra relación últimamente está fría, más fría que nunca, creo que desde que empezó con Patricia le he visto unas cuatro veces, no sé si por su

culpa o por la mía, pero sé que con los demás se ha visto en más ocasiones, de todas formas, yo también empecé a pasar más tiempo con Julia, así que, nos distanciamos. Sin más.

“Cristian: Sí. Hoy tengo toda la tarde libre, si quieres vamos a tomar algo.”

“Diego: Acabo de salir de la oficina. Paso por ti en diez minutos.”

Qué rapidez. En diez minutos. Aquí está pasando algo y yo ya empiezo a tener la mosca detrás de la oreja.

En el coche hablamos como si nada, como si nos hubiéramos visto ayer, evitando tocar el tema de la gran brecha emocional que se había creado entre nosotros.

Nos sentamos en una terraza del centro y pedimos un par de cañas.

—Cristian, tío, antes de nada, quería pedirte perdón.

—¿Perdón? ¿Por qué?

—Por apartarte. Me cegué, he sido un gilipollas, ya lo sé.

—Así que no fue pura coincidencia, reconoces que me apartaste. Por ella, claro. Ella te lo pidió, ¿no?

—Bueno, más bien me absorbió para que me apartara. Y verás... Ahora quiero dejarla, no la quiero, no quiero estar con ella, pero el otro día cuando se lo dije me suplicó otra oportunidad y no supe decirle que no.

—No me jodas Diego, no es tan difícil, díselo claro.

—¿Qué cojones le digo? A mí me sabe fatal, además no tiene a nadie... Yo que sé.

—Diego, no quiero que pienses que lo único que quiero es meter el dedo en la llaga, tampoco quiero que creas que soy un oportunista por contarte esto justo en este momento, pero es que creo que Patricia sigue obsesionada conmigo. Las pocas veces que hemos coincidido... Me lo ha dejado claro.

Él suspira y se pasa las manos por la cara. Se queda en esa postura un par de minutos, en silencio, valorando cómo quizá lo que acabo de contarle puede ayudarle de una manera u otra, yo no sé qué decirle, pero por suerte Julia me llama en ese momento.

—Hola muñeca. Si pretendes seducirme... Lamento decirte que ya tengo plan para esta noche.

—¿Siempre has sido tan imbécil? No entiendo como no me he dado cuenta antes.

—Quizá se te ha pasado por estar demasiado pendiente de mi bonito culo. —Me carcajeo.

Diego me mira extrañado, normal, no es una conversación muy convencional, a quién voy a engañar, pero es que... Lo que ocurrió ayer por la noche todavía me hace reír, así que, va a traer cola.

—Cristian. No querrás que vaya hasta donde estés únicamente para patearte ese bonito culo, escupirte en la cara y pegarte una paliza, ¿verdad? Porque es lo que me está pareciendo.

—No te pongas así, ya sabes que te lo digo en broma. Tenía ganas de reírme un rato.

—Me duele todo... Tengo una resaca de mil demonios. ¿Tú no?

—Ahora estoy mejor, estoy en el centro tomando algo con un colega. Pásate por aquí y tomamos unas cañas.

—Mi cuerpo no podrá soportar más alcohol... Te lo digo en serio.

—¡No seas blanda! Te mando la ubicación ahora mismo y te vienes. Sin excusas. Te esperamos.

Y le cuelgo rápido para que no tenga tiempo para replicarme.

—¿Nueva ligue?

—¡Que va! Una buena amiga. Quizá, así de primeras, te resulte un poco extraña, es un poco tétrica a veces, pero es un cielo de niña, ya lo verás, te caerá bien.

—Yo he conocido a alguien.

Últimamente cada vez que Diego abre la boca es para decir algo que me pillra completamente por sorpresa. No esperaba que me dijera algo así, de hecho... Todavía sigue con Patricia y él no es de esos que suele hacer las cosas “mal”.

—¿Qué quieres decir? ¿Te has follado a alguna?

—No, no. Pero sí que he conocido a alguien especial. No sé... Llámame moñas si quieres, pero despierta en mí algo... diferente.

—¿Por eso te estás planteando dejar a Patricia?

—No. Me lo había planteado antes de conocerla, pero es que ahora, es como que no tengo otra opción, porque si dudo... quizá se me escape y lo último que quiero es dejarla marchar.

El encuentro, la charla, las confidencias y las cañas compartidas me ayudan a recuperar a mi amigo. Parece que hace siglos que no hacemos esto,

parece que nuestra amistad hubiera quedado aparcada para que precisamente la retomáramos en este momento.

Al levantar la mirada puedo ver a Julia caminar tranquila en nuestra dirección, estoy a punto de que vuelva a entrarme la risa, pero tengo que intentar aguantar, como mínimo... hasta las presentaciones.

—¡Hola! —Me saluda con un beso en la mejilla.

Va a saludar a Diego sin que a mí me dé tiempo a hablar, pero es que así es ella, lanzada y decidida, no le gustan las presentaciones formales, aunque esta... está siendo más rara de lo normal.

Julia y Diego se miran, ambos sorprendidos, ambos perdidos y desubicados ante la situación.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —Así empieza Julia, directa al grano.

Pero... ¿Es que estos dos se conocen? ¿De qué? ¡Oh! No... No... No... Que no sea lo que estoy pensando. Quizá esté atando mal los cabos sueltos, ¿no? Sí, deber ser eso, no puede ser otra cosa.



Catalina

Miro el reloj continuamente. Maldita sea, que lento pasa el tiempo hoy. Cuanta más necesidad tienes de que las agujas del reloj corran, menos lo hacen.

Estoy a un paso de retomar mi vida, la vida que me hace feliz, la vida que siempre quise y tanto me costó encontrar, la vida que dejé a un lado por culpa del maldito orgullo, de no querer escuchar, de las mentiras o de las verdades contadas a medias.

Ya ni siquiera sé a ciencia cierta el por qué. Pero creo que ya no busco saberlo, no quiero remover todo lo que pasó hace un tiempo atrás.

Quiero empezar de cero. Quiero tener una primera cita con alguien que me gusta muchísimo. Quiero conocer de nuevo a Cristian. No quiero saber nada de todo lo que ya hemos vivido, no quiero remover el pasado.

Todo aquello ha quedado atrás y si él quiere yo estoy dispuesta a escribir unas nuevas páginas junto a él, tantas, como él quiera, tantas... que no me importará llegar al final de su mano.

Mi móvil suena y corro a mirarlo por si es él.

Y sí. Lo es.

“Cristian: Llámame loco, pero tengo la sensación de que el tiempo hoy no pasa. Acabo de vivir una situación de película, luego te cuento. Por cierto... ¿Te apetece quedar antes? Así podríamos ir a tomar algo antes de cenar.”

Sí. Claro que me apetece. Y no. No estás loco... A mí me pasa lo mismo, hoy tengo una pelea constante con el tiempo y el reloj, ya ves tú, que estupidez.

*“Catalina: Pues... La verdad es que no me da la vida. Voy liadísima, pero intentaré terminar pronto. Te aviso cuando esté y vienes a casa, seguro que a Eevee le hará mucha ilusión verte otra vez. Qué narices te habrá pasado ahora...
Nos vemos esta noche.”*

¿Qué pasa? Tampoco voy a ponérselo todo en bandeja.

20

ILUSIÓN Y GANAS DE MÁS

Cristian

Le envió el mensaje a Catalina por dos motivos, uno porque es la pura verdad, me muero por verla, por estar con ella, por averiguar qué pasará a partir de ahora entre nosotros y el segundo... Porque no sé dónde meterme, cuando Diego ha respondido a la pregunta de Julia he podido comprobar que sí era lo que había pensado por un momento, que él era el amor de su vida, el chico con el que había tenido la cita, el mismo que se había encontrado en el super con su novia, he querido marcharme, pero Julia no me lo ha permitido.

—No. Tú no vas a ninguna parte. Te quedas aquí.

—Pero Julia, yo...

—Cristian. —me mira y sé que, aunque su mirada y sus facciones parecen más duras que de costumbre me está suplicando que me quede— Si tú te vas, yo me marchó contigo.

—Julia —irrumpe Diego— Puedo explicártelo.

—¿Ah sí? Tranquilo, no es necesario que me expliques nada. Sé muy bien lo que vi y lo peor de todo sé muy bien lo que viví contigo. Así que el problema lo tienes tú.

—Tienes razón. Lo tengo yo.

Julia tan digna, tan arrogante, se sorprende cuando Diego reconoce lo que ella está diciendo. Imagino que esperaba cualquier excusa estúpida de hombre infiel y eso... Todavía la descuadra más.

—¿Sabes por qué? —continúa él— Porque tengo una relación que no me despierta absolutamente nada, estoy con una persona a la que no quiero, pero a la que tampoco puedo dejar porque me siento la peor persona del mundo. Porque de repente te encuentro, porque tomamos un simple café y despiertas en mí mucho más que la persona con la que comparto el día a día, porque por un momento dejo de pensar en lo correcto, te invito a cenar y resulta que es una de las mejores noches que recuerdo, en la que ni siquiera te besé por hacer las cosas bien aunque me muriera de ganas y luego me ves con ella y

por no contarte la verdad me he arriesgado a que no quieras ni volver a verme.

¡Guau! No puedo ni cerrar la boca, yo estoy flipando por todo lo que acabo de escuchar, pero Julia... Julia ahora mismo está en una puta nube, no aparta su mirada de él, pero tampoco contesta.

—Pero no te preocupes, lo entiendo. Además, —esta vez me mira a mí— si alguien sobra en esta mesa, soy yo. Todavía tengo cosas que solucionar.

Diego deja un billete en la mesa y se levanta, recoge sus cosas y se larga caminando decidido.

—¿De verdad piensas dejar que se vaya?

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Joder Julia... ¿Tú has escuchado todo lo que ha dicho? Si de verdad crees que es el hombre de tu vida... Muévete antes de que se marche.

—¡Diego! —chilla inmediatamente en cuánto me callo, se gira gran parte de la gente que está en la calle, entre ellos, él— ¡Espera!

Él para en seco para poder mirarla más detenidamente y ella prácticamente corre hacia a él, se lanza a sus brazos y le besa.

Diego responde encantado, los dos sonríen al separarse, él le dice algo, ella asiente y vuelve hacia a mí mordiendo el labio y sonriendo tímida, no tengo ni idea de lo que se han dicho, pero lo intuyo sin que me hagan falta palabras.



Es una de las tardes más largas de mi vida, al menos, que yo recuerde. Paso un buen rato con Julia, pero no puedo evitar pensar en Catalina y en que quizá me avise para decirme que podemos vernos antes.

No lo hace. ¿A quién pretendo engañar? Sabía que no lo iba a hacer, pero vaya, deseaba equivocarme.

Cuando por fin me encuentro justo delante de su portal, me invaden los recuerdos, vuelven a mi mente todas aquellas veces que la recogí para salir a comer, para salir a cenar, el día que nos faltó poco para hacer el amor contra esta misma puerta que tanto tardó en abrirse aquella noche, las primeras veces que entré y las últimas que intenté hacerlo... Catalina en el suelo, las discusiones, las peleas... Stop.

Fuera de mi mente todos los recuerdos negativos.

Toco al timbre para pedirle que baje, hoy quiero que nos dejemos llevar, pero hasta cierto punto, no quiero forzar la situación ni hacerla sentir incómoda.

—¿Sí?

—Soy Cristian. ¿Bajas?

—Sube por favor. —Y abre.

Pensaba que ella evitaría este momento, que no querría tenerme en su casa, todos sabemos que es mucho más íntimo, más nuestro.

Llego al rellano y encuentro su puerta entreabierta, entro y un olor delicioso llega hasta mí, creo que podría morir de gusto.

—Mmmm ¡Qué bien huele! ¿Qué es? —pregunto mientras la saludo.

Sí. Me doy cuenta. Juro que no lo hago aposta. Mis manos se posan en su cintura, mi cuerpo prácticamente se apoya en su espalda justo en el momento en el que me acerco a dejar un beso en su mejilla desde atrás.

Noto como Catalina se tensa al instante.

—¿Te gusta el olor? Huele rico, ¿verdad? Llevo casi toda la tarde en la cocina...

—¿Por qué no me has pedido ayuda? Pensaba que íbamos a cenar fuera, por eso no he venido antes, pensaba que lo que tenías que hacer no tenía nada que ver con esto...

—Cristian... Todavía prefiero no salir a la calle, esperaré unos días a que se suavicen las marcas.

—¿Sabes algo de él?

—No. Nada. Aunque todavía es muy reciente... Me extraña que desaparezca como si nada.

—Bueno, cuéntame qué has preparado para nuestra primera cita.

—¿Una cita? ¿Quién te ha dicho que esto es una cita?

Podría hacerme el idiota, podría hacerme el avergonzado por haber metido la pata o podría envalentonarme y seguir por un camino que yo ya tengo más que claro que es el correcto.

—Los dos sabemos que esto es una cita. ¿Piensas hacerte la dura conmigo?

Ella intenta controlar la sonrisa que por poco se le escapa... Pero sólo lo intenta y mientras me la muestra, empieza a negar con la cabeza.

—Eres imposible, que lo sepas.

—Tú también. Todavía estoy esperando que me digas que es lo que vamos a cenar. Huele delicioso, espero que sepa igual y no me hayas puesto

veneno o algo.

—¡Imbécil! Pues mira, de entrantes tenemos: Cestitas de jamón crujiente rellenas de gulas y tartaletas de salmón y calabacín. De primero: Solomillo con ciruelas y de postre...

Por favor, que diga que el postre es ella. Por favor, por favor, por favor.

—Brownie.

Finjo desilusión y ella se echa a reír. Y ahora, al escuchar su risa, sé lo mucho que la he echado de menos, la gran falta que me hace y de cuánta vida me llena tenerla aquí de nuevo.



—Patricia...

—Dime cielo.

Vaya. Ahora le llama cielo... Sabe muy bien por dónde llevar a Diego para conseguir siempre lo que quiere, vuelve a hacerle dudar, pero Diego sabe realmente lo que quiere y lo que ha dicho hace unas horas antes.

—Lo nuestro tiene que terminar. No quiero seguir...

—¿Cómo que no quieres seguir? ¿Por qué? Si ahora estamos mejor que nunca...

—No. Te equivocas. Yo por lo menos no estoy mejor que nunca. Es más, creo que en todos estos meses tampoco te has planteado un solo momento si yo estaba bien a tu lado. Eres egoísta y fría. Únicamente has pensado en ti y en tus cosas.

—Eso no es cierto. Todo lo que he hecho ha sido pensando en qué era lo mejor para nosotros.

—Quizá sí... Pero no ha funcionado. Yo no quiero estar contigo y me niego a estirar más la cuerda.

—¿Hay alguien más?

—¿Cómo? —pregunta él asombrado.

—Pues que si estás con otra persona.

—No. No estoy con otra persona, pero sí que he conocido a alguien. Creo que eso ahora mismo no es de tu incumbencia y que precisamente saberlo... No te hará llevarlo mejor.

—Tanto culparme a mí de todo... Y ahora resulta que estás con otra. —
Ríe cruel.

—No estoy con nadie.

—Claro. Tu amiguito hizo exactamente lo mismo, se cruzó esa rubita en nuestro camino y ya no quiso saber nada de mí.

—¿Por qué sacas el tema de Cristian justo ahora? ¿Te das cuenta de que no lo tienes superado? ¡Sigues loca por él!

—¿Ahora te importa si sigo loca por él? Que contradictorio, ¿no?

—No. En realidad, no me importa absolutamente nada. Lo único que necesito es que recojas todas tus cosas y te marches de mi casa. Si necesitas ayuda, si necesitas cualquier cosa, te echaré una mano.

—¿Tú? ¡Já! Esto es el colmo... Me estás dejando y vas de mejor amigo.

—Patricia, yo...

—¡No! ¡Qué te jodan!

21

PRIMERA CITA

Cristian

—Me parece que voy a reventar. He comido como un animal... — suspiro— Estaba todo buenísimo.

—¿Sí? ¡Gracias! Has sido mi conejillo de indias, es la primera vez que lo hago.

—¿El qué? ¿Cocinar? —Me río.

—No, estas recetas, gilipollas.

—Demasiadas molestias para no ser una cita... Pero bueno, es muy halagador. —fanfarroneo— Pero dime una cosa: ¿cómo has podido hacer todo esto tú sola con la mano así?

¡Já! La he pillado, lo noto en su cara, quiere aguantar la risa... Pero no lo consigue.

—Vale. Confieso. He tenido que pedir ayuda. No iba a hacerlo, pero es que no podía ni abrir el pote de tomate, así que llamé a Nadia para que me echara una mano, pero le noté la voz un poco débil, me dijo que estaba algo cansada y que no se encontraba muy bien, entonces preferí no decirle nada y recurrí a Marta.

—¿Marta? ¿Qué es de su vida? ¿Cómo está?

—No te esfuerces. Te sigue odiando.

Marta es una de las amigas que Catalina tiene aquí. No es que la conozca mucho, hemos estado con ella unas cuantas veces cuando estuvimos juntos y jamás me pareció extremadamente simpática conmigo, sin embargo, Gema es mucho más agradable y habladora.

Aunque entiendo su postura, después de lo que pasó, después de lo que ocurrió con Claudia... Comprendo que como amigas de Catalina me odien a muerte y no quieran saber nada de mí. Imagino que ninguna de ellas intentó ponerse en mi situación y comprenderme, aunque fuese sólo un poco.

—Aunque ya casi no veo a las chicas —continuó— Me fui a Londres y perdí un poco el contacto con ellas, sentí como que necesitaba un *reset*, un

parón y volver a empezar de nuevo.

—No quería sacar el tema, pero hay mil cosas que se quedaron en el tintero entonces, y...

—No me gustaría remover todo aquello.

—Pero es que... ¿Qué es lo que quieres? No me malinterpretes, me refiero a nosotros. Hace una semana no estabas en mi vida, tú decidiste marcharte, no querías estar en ella, no querías saber nada de mí y ahora... Ahora nos encontramos otra vez y me da la sensación de que estás dispuesta a todo. Y me descoloca.

Suspira antes de hablar.

—Lo sé... Pero es que...

—Tenemos que hablarlo, si no lo hacemos esto no va a avanzar. No vamos a ser capaces de mirar hacia delante, de pensar en un mañana si el pasado nos pesa. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. —Susurra.

—¿Por qué te fuiste? ¿Por mí?

No contesta inmediatamente, es más, creo que tiene que pensar su respuesta. Creo que por primera vez en mucho tiempo se replantea esta pregunta para poder contestarla con sinceridad.

—No. Me fui por mí. No negaré que todo lo que ocurrió me ayudó a tomar la decisión y me empujó a hacerlo. Fue mi vía de escape. Sentí que había llegado a un punto sin retorno. Sentí que estaba destrozada y que ya nada de lo que tenía aquí me ayudaría a recomponerme. Eso... sólo podía hacerlo yo. Sola.

—Necesitabas volver a encontrarte. Eso es todo. Y seguramente muchas personas opinen que huiste, pero yo no lo creo... ¿Lo lograste?

—Sí. Me costó. Pero logré encontrarme. Entendí que mientras te tuviera lejos te echaría de menos y me cobijé en los brazos de la persona que siempre había “cuidado” de mí.

—Esa decisión... No fue muy sabia que digamos.

—Me pudo el orgullo. Quería llamarte y no lo hice. Quería volver a verte y no te busqué. Quería gritar a los cuatro vientos que ya te había perdonado, que si tú querías podíamos estar juntos... Pero fui una cobarde.

—¿A qué tenías miedo?

—A que después de todo fueses tú el que ya no quisiera saber nada de mí. Te había apartado de mi vida, me marché y desapareciste... No podía pedirte nada.

—¿Sabes porque yo jamás hubiera querido no saber más de ti? Porque mi error me hubiera hecho jugar con ventaja. Yo me marché por la misma razón. Yo también necesité reencontrarme conmigo mismo... Pero nunca me dejaste explicártelo.

Me mira a los ojos durante unos segundos hasta que decide alzar la vista al techo. Parece que ha llegado el momento, parece que esta vez... Sí me va a escuchar.

—Yo ya tenía claro lo que quería —sigo— Tú sabes mejor que nadie cómo empezó todo esto. En ningún momento te engañé, siempre supiste que Claudia estaba ahí y que mi corazón le pertenecía, jamás te oculté nuestra historia. Del mismo modo que yo sabía de la existencia de Toni. Fue algo que ambos aceptamos. Nos arriesgamos a que esos sentimientos, un día, fuesen más rebeldes que de costumbre. Y ocurrió. Te colaste en mi vida de una forma que no me lo esperé, no me asustaba pasar tiempo contigo porque veía imposible que surgiera ningún tipo de sentimiento entre nosotros y me dejé llevar, tanto, que me enamoré locamente de ti.

Creo que ninguno de los dos esperaba que esta noche la conversación se fuera por estos derroteros, pero también creo que es lo más conveniente y necesario.

—Y, si te enamoraste de mí ¿Por qué me engañaste?

—Joder... —resoplo y me tapo la cara con las manos—Lo hice fatal. Pero es que creí que no lo entenderías. Yo ya había tomado mi decisión. Tú y yo estábamos juntos y no necesitaba nada más. Claudia seguía en Los Ángeles, nosotros aquí y por primera vez todos esos kilómetros de distancia no me ahogaban, porque estabas tú para ayudarme a respirar. Pero empezó a escribirme. Mucho. Y tus palabras me volvieron loco.

—¿Mis palabras? ¿A qué te refieres?

—Te dije que lo tenía claro. Te dije que ya no sentía nada por ella. Y no lo creíste, me dijiste que no estaría seguro de eso hasta que la tuviera delante. Y lograste hacerme dudar. Pensé que quizá tenías razón... Entonces me enteré de que venía a pasar las Navidades con nosotros.

—Y lo que nunca, es más, a día de hoy no he logrado comprender, es porque te fuiste hasta allí, si sabías que ella iba a venir.

—¿De verdad? ¿De verdad crees que me iba a resultar cómodo y que iba a sentirme libre para entenderme si estabas en ese encuentro? ¿De verdad crees, que iba a arriesgarme a verla y a sentir algo más estando tú delante? ¿Sabiendo que podía hacerte daño?

—Eso es porque creías que yo iba a tener razón. Sabías que al verla... Tú corazón no lo iba a soportar.

—¿Podrías dejar de ser tan peliculera? —sonríe, menos mal. No quiero vivir ni un minuto más sin volver a verla sonreír— Pero sí, me hiciste dudar. Y creí que era lo mejor, creí que tenía que buscar ese momento, plantarme allí sin que nadie lo supiera, ni siquiera ella, sin presiones y limitarme a sentir.

—Ya que has decidido tocar este maldito tema... Cuéntamelo todo.

—Es que este maldito tema es el que nos ha traído hasta aquí. La cagué.

—Solo quiero saber una cosa.

—Dime.

—¿Pasó algo entre vosotros? Cuéntame la verdad, por favor...

—No. ¿Sabes por qué no? Porque cuando llegué allí, cuando la tuve delante, cuando me encontré con ella sentí lo mucho que la había echado de menos, pero nada más. Lo único que sentía constantemente era tu ausencia. Vuestra mirada... es... prácticamente igual, fuiste mi perdición y de repente... Mi salvación.

—Pero...

—Deja que termine. Ella estaba confundida, creyó que había ido hasta allí para buscarla, pero no, fui para encontrarme a mí, para volver a ser el Cristian que había sido siempre, para traerme de vuelta, lo he dicho siempre... Es cierto que estuvimos a punto de besarnos, estábamos muy cerca, tanto... que dudé. Hasta que abrió los ojos. Los abrió y te vi. Y supe que realmente lo único que quería era volver a casa para poder estar contigo. Sin más. Solos tú y yo.

—Y ahora no sé si morir de amor o darte un guantazo por haber estado a punto de besar a otra mientras estabas conmigo.

—Yo optaré siempre por la primera opción... ¿Mi opinión cuenta?

Se levanta y se sienta sobre mí. Hacía tiempo que no la sentía tan cerca, hacía tiempo que no estaba tan relajada conmigo, hacía tiempo que esto entre nosotros era lo normal.

—Sí. Claro que cuenta...

Se acerca a mí, nuestros labios casi se rozan y cuando llega el momento de que se toquen creo morir en ese mismo instante. Su calor, su contacto, por fin su boca está en el sitio que le corresponde, por fin parece que podemos volver a intentarlo de nuevo, por fin vuelvo a tenerla en mis brazos, por fin otra vez nosotros.

Me vengo un poco arriba. Llevo demasiado tiempo a pan y agua. Sí, aunque no os lo creáis, todos estos meses he sido un chico casto y puro, imaginaos hasta qué punto me destrozó perderla.

Nada ni nadie.

La abrazo con más fuerza, intento atraerla hacia a mí y la beso con muchas más ganas, la euforia se apodera del momento hasta que oigo su quejido.

—¡Ay! —Se lleva una mano al labio y cierra los ojos.

¡Ostia! Su herida...

—Perdón, perdón, perdón... No me acordaba y de la emoción...

—¡Qué idiota! No pasa nada.

—Catalina...

—¿Sí?

—Ahora me toca a mí... Todavía hay cosas que quiero que me aclares. Y no sabes lo que me jode romper este momento, por todo lo que podría ocurrir después y por todas las ganas que tengo acumuladas, pero... — recorro con la yema de mis dedos sus heridas, el golpe del pómulo, la herida del labio y la marca de la frente— Esto es mucho más importante.

Su cuerpo se tensa, su sonrisa desaparece, pero su mirada me indica que puedo preguntar. Que yo también merezco respuestas.

—¿Ha habido más? ¿Cuántas veces te ha hecho algo así?

22

VERDADES

Catalina

Ante esa pregunta... Recuerdo la primera vez que Toni me puso una mano encima. La primera vez que fui maltratada. La primera vez que me sentí pequeña y estúpida por no saber hacer las cosas bien, por no comportarme como él quería y esperaba. También fue la última. En el mismo momento que me quedé tendida en el suelo, comprendí que sería una estúpida si lo permitía una vez más. Comprendí que nadie tenía derecho a tratarme así y que jamás volvería a quedarme quieta, recibiendo golpe tras golpe sin tratar de evitarlo.

Pero comprenderlo, no me hizo enfrentarlo de la manera acertada... Ya sabes: Hay amores que matan.

Aquella noche me pidió que durmiéramos juntos, habíamos pasado prácticamente una semana enganchados, sin respirar aire propio y a mí me apetecía salir con las chicas.

No le gustó la idea, me suplicó unas mil veces que me quedara, no hacía más que repetirme que quería estar conmigo, que le apetecía que viéramos una película juntos, que necesitaba quedarse dormido en el sofá abrazado a mí, etc.

Le pedí que llamara a sus amigos y que hiciera otros planes. Le recordé que sólo era una noche, que necesitábamos despejarnos, pero nada, él seguía en sus trece, él seguía diciéndome que no quería estar con nadie más, que no quería estar con otra persona que no fuera yo.

Recuerdo perfectamente el tono en el que me dijo: ¿Es que no eres capaz de entenderlo? ¿No entiendes que cuando quieres a una persona lo único que quieres es pasar el máximo de tiempo con ella? ¿Por qué tú no?

Y me sentí mal. Los remordimientos se apoderaron de mí en ese momento y pensé que no me merecía a alguien como él. ¿Y si él tenía razón y yo no le quería lo suficiente? Pero claro que le quería, me dolía el alma solo de pensar que podía dejarme...

Le pedí permiso para salir un par de horas. Sí. Le pedí permiso. Como si fuera mi padre. Y llegamos a un acuerdo, él me dejaba salir con ellas si en dos horas estaba de nuevo en su casa para que durmiéramos juntos. Acepté. Pero... No lo cumplí.

Me lo estaba pasando genial. Entre baile y baile, entre copa y copa... Se me fue el santo al cielo. Me olvidé de todo lo que había hablado hacía unas horas y continué allí como si nada. Miré el reloj, pero no le di importancia, ¿por qué tenía que hacerlo? Yo no quería irme, yo quería quedarme allí, yo quería marcharme cuando ellas lo hicieran. Joder, que tenía veintidós años ya. No era una cría.

Llegué a las cinco de la mañana.

Fui tan inocente cómo idiota. En vez de marcharme a mi casa, me fui a la suya... Porque yo también quería dormir con él.

Cuando estaba llegando a su portal, miré para arriba y lo vi asomado al balcón, fumándose un cigarro, mirándome, muy serio, muy fijamente. Una sombra más que enfadada, pero fue un detalle que no pude ver hasta llegar arriba gracias al contraste de la luz que había encendida en el salón.

Sólo al entrar comprendí que algo no iba bien. Uno de los jarrones estaba completamente hecho añicos en el suelo junto al marco de fotos que le había regalado por nuestro aniversario.

—Llegas tarde.

—Lo sé. Perdona. Es que se nos ha pasado el tiempo volando, lo estábamos pasando genial.

—Hueles mucho a alcohol.

—Bueno, es que he tomado alguna copa. —Cada vez entendía menos y cada vez esta situación me asustaba más.

—Ya... Y supongo que lo ves normal, ¿no? —Tenía los brazos pegados al cuerpo, no gesticuló ni una sola vez, pero no se me escapó el momento en el que empezó a apretar sus manos hasta convertirlas en puños temblorosos.

—Toni, tranquilízate. Estoy aquí, es lo que querías.

Me dio una hostia con tal ímpetu que además de girarme la cara me hizo caer al suelo.

—¡No! ¡Esto no es lo que yo quería! —chilló— ¡Te he dicho bien claro lo que quería! ¡No quería que salieras! ¡Quería dormir contigo! ¿Por qué cojones tienes que hacer lo que te dé la gana? ¿Por qué te da igual lo que yo sienta? ¿Por qué me haces esto?

Le miré alucinada. Jamás hubiera esperado vivir algo así en mi vida,

pero... No supe que hacer.

—¿Ahora no dices nada?

Intenté levantarme del suelo sin saber si era muy buena idea, quería ponerme ante él, comprender por qué estaba haciéndome eso, entender qué narices estaba pasando por su mente.

—Es que...

Quise hablar y tampoco me lo permitió. Me agarró del pelo y tiró de él hasta que logró que mis pies volvieran a estar en contacto con el suelo. Me plantó delante de él y me hizo la peor pregunta que me habían hecho nunca.

—¿Tú eres de esas?

No le entendí. Os juro que no supe a qué se refería... No sé si fueron los nervios, el momento, la situación... Yo ya no lograba entender absolutamente nada.

—¡Vamos! ¡Contéstame! ¿Eres de esas que en vez de cuidar de su hombre sale por ahí a follarse a otro? ¿Eres de esas que no hace más que provocar hasta hacer que su hombre pierda los papeles? ¿Eres de esas a las que hay que pegarles una paliza diaria para conseguir que se comporten como es debido?

No podía creer todo lo que estaba escuchando... No podía ser verdad... Jamás había visto a Toni así, jamás hubiera pensado que él era capaz de todo esto y me rompí, tanto por dentro como por fuera. Una lágrima salió de mis ojos sin avisar y más que darle pena, consiguió enfurecerlo más.

—¿Ahora lloras? Un poco tarde para arrepentimientos, ¿no?

—Toni... Basta. Quiero marcharme a casa.

—¡Esta es tu casa! ¡Esta es tu puta casa! ¡Es aquí donde tienes que cumplir tu trabajo como mujer!

Volvió a engancharme del pelo y me bajó la cabeza hasta pegarla a su bragueta. Dios. Iba a vomitar. No podía soportarlo ni un minuto más...

Empecé a toser, me ahogaba, me faltaba el aire...

Me empujó, tirándome al suelo y se ensañó conmigo. Había perdido la cabeza, empezó a darme patadas como un loco, lloraba e incluso babeaba de la rabia, pensé que moriría cuando él hubiera terminado de emplear su castigo.

Pero no, únicamente consiguió dejarme el cuerpo totalmente amoratado y romperme dos costillas. Eso sí, si ese era el precio que tenía que pagar para estar con él... Me hubiera gustado morir en ese mismo instante.



—No puedes contarme esto y no dejarme ir a buscarlo. Lo único que quiero es que sienta lo mismo que tú sentiste ese día... Joder... Me siento tan impotente. —A Cristian le brillan los ojos.

Nunca le he contado a nadie con pelos y señales lo que pasó esa noche. Ni siquiera a Lisa, creo que ella hubiera venido hasta aquí y hubiera acabado con su vida.

Hay cosas que deben de quedar dentro de una misma, en casa. Hay cosas que crees que jamás contarás a nadie, no por vergüenza, si no por miedo a ser juzgada, porque yo no tuve la culpa de nada esa noche... Pero sí siento que la tuve después, cuando me quedé.

—A veces no merece la pena pagar con la misma moneda. Tarde o temprano la vida se lo devolverá.

—¿Por qué te quedaste a su lado? ¿Por qué no le dejaste entonces?

—Me recogió del suelo y me llevó a la cama. Encima me sentí protegida en sus brazos. Esa noche lloré lágrimas de sangre. Él las lloró conmigo. Yo estaba muy débil, tanto que se asustó. Me pidió perdón mil veces, me prometió que no volvería a ocurrir, se excusó de mil formas distintas... Perdió los papeles.

—¿No te llevó al hospital?

—Sí. Al día siguiente, cuando vio que continuaba igual, incluso peor. Estuve una semana ingresada. Le contó a todo el mundo que me había peleado en la discoteca esa noche y que volviendo a casa me caí por la escalera por culpa de la borrachera.

—Le dejaste mentir.

—Creí que era lo mejor. Ese día tomé una decisión.

—Seguiste con él.

—Sí. Pero le dije que no habría próxima vez, le aseguré que antes de que volviera a ponerme una mano encima ya le habría matado.

—Y no lo has hecho. Te ha puesto la mano encima más veces y has continuado aguantándolo.

—No es verdad. Nunca más ha vuelto a ocurrir nada parecido, no he vuelto a vivir esa maldita noche. Aprendimos a entendernos, aprendimos a llevarnos el uno al otro y aprendimos a asumir que si queríamos estar juntos quizá moriríamos matando.

—Catalina... A lo único que aprendiste fue a defenderte... Pero eso no significa que lo de aquella noche no volviera a ocurrir... Significa que ocurrió, pero que tú y tu valentía no permitisteis que se sobrepasaran ciertos límites, que luchaste y te defendiste. Pero estoy seguro de que jamás empezaste tú una discusión de esta magnitud.

—Cristian, por favor, no opines de algo que no conoces y que no has visto. No existen más ocasiones. Las demás veces han sido discusiones normales, discusiones como las que tienen todas las parejas, sólo que nosotros las llevamos un poco más al extremo y perdemos los papeles antes. Y no quiero hablar más del tema.

Me mira diferente. Siento toda la impotencia que siente él ahora mismo. Siento que daría cualquier cosa por haberme evitado cualquier tipo de dolor.

Coge mis manos y tira de mí hacia a él, me acaricia la cara, besa suavemente mis labios y me abraza.

Un abrazo que me recuerda cual es realmente mi hogar. Un abrazo que cura mis heridas. Un abrazo que logra borrar un mal recuerdo por cada segundo que pasa. Un abrazo dónde inevitablemente quiero quedarme a vivir.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche? —Me pregunta mirándome a los ojos.

—Esta noche y todas las que quieras de ahora en adelante.

23

INQUIETUD Y LIBERACIÓN

Cristian

Su respiración acompasa la mía, la oscuridad de la noche nos envuelve y la tranquilidad de unas calles dormidas se hace tangible. Tenerla de nuevo acostada a mi lado debería transmitirme la paz que me ha faltado todas estas noches sin ella, debería suplir todas esas noches de desvelo que he sufrido hasta ahora, pero no puedo dejar de pensar en lo que me ha contado. Sus palabras se repiten una y otra vez en mi cabeza. Me lo ha contado desgarrada, pero intentando no romperse y dejándome a mí roto en mil pedazos.

Ahora entiendo tantas cosas...

Ahora comprendo porque Catalina sentía una desconfianza constante hacia cualquier persona ajena a ella, siempre mostrándose distante y fría, alguien a quien no le interesaba el resto del mundo, una mujer que era capaz de regalarte una vida entera sólo con la mirada pero que sin embargo decidía no darte ni un solo minuto. Y todo, para ocultar lo que escondía detrás, lo que sólo ella sabía y lo que únicamente ella soportaba.

Y lo conseguí, ni yo mismo sospeché nada de todo lo que ocurría hasta aquella primera vez que los oí discutir y vi las leves marcas que dejó en su piel.

Él se encargó de eso. Él logró convertirla en una mujer de hierro a ojos de los demás. Él se encargó de enseñarle que no podía fiarse de nadie, ni siquiera de la persona que le abrazaba por las noches porque era capaz de partirla la cara si tenía un mal día o tenían diferentes opiniones y discutían. Él le pintó esa fachada de tipa dura que ella lucía orgullosa.

Y no puedo evitar reprocharme a mí mismo haberme comportado como lo hice. Haberle fallado. Haber provocado que ella volviera de nuevo a sus brazos.

Joder, yo podría haberlo evitado.

Las agujas del reloj corren a su antojo y yo no puedo parar de darle vueltas al asunto, he logrado que reconozca que una vez se sintió maltratada y humillada, pero si una cosa tengo clara es que todavía me queda algo muy

complicado por conseguir. Tengo que hacerle entender la situación, ella no ha sido maltratada sólo una vez, no puedo permitir que realmente crea que únicamente fue su víctima esa noche, porque no es real, ha sido su víctima todas y cada una de las veces que él le ha levantado la mano, le ha alzado la voz o ha intentado infravalorarla. No importa que, de cinco golpes, ella le devuelva uno, porque eso no es provocación, ni maltrato mutuo. Eso es defenderse.

Catalina se remueve y yo vuelvo a la realidad. Volvíamos a estar juntos... ¿Es real? Todo ha pasado tan rápido que dudo, bueno, tal vez no son dudas, pero se me hace extraña esta situación. Aunque si ella está dispuesta a intentarlo, no seré yo el que se eche atrás.

Su cabeza viene buscando mi pecho, su mano se coloca en mi abdomen y una de sus piernas se cruza por encima de las mías.

Me envuelve. Otra vez ella. Su aroma. Su cuerpo pegado al mío consigue relajarme e invitarme a descansar.



—¿Por qué no me lo contaste? —pregunta ella.

Diego ha salido de su casa en busca de Julia, sin importarle la reacción de Patricia, pensando que cuando él volviera, ella ya no estaría allí y que toda esa locura habría terminado.

—Supongo que no quería que salieras corriendo.

—No soy de esas. No soy de las que echa a correr cuando algo no le sale como espera, al contrario, soy de las que se queda y pelea hasta que lo consigue.

—¿Por qué yo?

—No lo sé. Dímelo tú. Las mejores cosas ocurren cuando menos lo esperamos. Podrías haber recogido mis llaves y largarte. Pero no lo hiciste.

—No. No lo hice. Te miré y supe que tenía que quedarme.

—Déjame decirte que tomaste la mejor decisión. Pero hubiera agradecido saber todos los detalles de tu vida, saber qué cartas me han tocado para poder jugar lo mejor posible.

—La he dejado.

—¿Cómo? —pregunta extrañada.

—Lo que oyes. He terminado con ella porque hacía semanas que me lo

planteaba, de hecho, nunca tendría que haber empezado con ella, pero me embaucó. Debería haber hecho caso a los chicos.

—¿A qué te refieres?

—Ninguno estaba de acuerdo con esta relación. Es una historia un poco larga de contar...

—Bueno, yo no tengo planes esta noche, así que tengo tiempo. Te escucho.

Diego habla y ella cada vez abre más la boca. Se lo cuenta todo. De principio a fin... Esa noche él es el centro de atención y después de alguna copa, horas y horas de charla, cada uno vuelve a su casa, con ganas de volver a verse.

Pero todavía tienen un problema con el que lidiar.



Oigo jaleo fuera de la habitación. El sol se cuele por cada rendija que encuentra, recordándome que probablemente ha llegado el momento de levantarse.

—¡Buenos días bello durmiente!

Catalina abre la puerta de la habitación y se apoya en ella. Me mira y sonrío negando con la cabeza.

—Jamás hubieras pensado que yo me levantaría antes que tú, ¿verdad?

—Verdad. ¿Qué está pasando aquí?

—Pues que son casi la una del mediodía... Y he pensado que deberías levantarte ya.

—¿La una? ¡Madre mía! Es que se duerme demasiado bien en esta cama. —Y le guiño un ojo.

No quiero contarle lo mucho que me ha costado conciliar el sueño. No quiero tener que explicarle todo lo que mi cabeza me dice a gritos. Miro mi móvil para comprobar que tiene razón, que no me está tomando el pelo y veo que tengo un mensaje de Julia.

“Julia: ¡Cabronazo! Resulta que llevas toda la vida delante del hombre de la mía... Y justo cuando nos conocemos os distanciáis por culpa del zorrón loco que os habéis tirados los dos. ¿Puedo flipar más? Cuántas cosas tenemos que hablar culo bonito. ¿Dónde coño estás? ¿Has pasado la noche

con ella? ¡Quiero que me lo cuentes todo! ¡Quiero saberlo ya! ¿Podemos comer juntos? Por favor, por favor, por favor.”

—Acabo de hacer una cafetera. Si quieres, mientras te vistes, te preparó un café.

—Sí, por favor... Uno doble si puede ser.

—Se me hace tan raro volver a verte aquí de nuevo... Pero me encanta.

No se acerca a mí, se queda apoyada en la puerta, de brazos cruzados, yo no pretendo apartar la mirada de ella hasta que llega Eevee y de un salto se planta justo a mi lado en la cama. Casi me da un infarto. Maldita gata... Pero claro, una vez que empieza a ronronear y a reclamar mi atención... No puedo hacer otra cosa que entregarme a ella y dejar a Catalina para otro momento.



Catalina

Algo me recorre entera cuando veo que mira su móvil y sonrío con ganas. Intento apartar los celos y las tonterías que rondan siempre mi cabeza.

Hemos logrado superar la peor etapa de nuestra relación. Si volvemos a estar aquí, juntos... Es por algo.

Sale de la habitación descalzo, con los vaqueros desabrochados y con una camiseta blanca que se pega a su cuerpo con ganas. Hasta la tela lo encuentra irresistible.

—Has dormido muchísimo. ¿Estabas cansado?

—Bueno, en realidad creo que no he dormido tanto, es que me costó mucho conciliar el sueño. Imagino que de la alegría y el subidón porque esto esté ocurriendo.

—Cris... Prométeme que esta vez vamos a hacerlo bien.

—Yo lo haré lo mejor que sepa. Y tú... Tú no vuelvas a acercarte a él. Nunca.

—Pero...

—Nada. Es la única condición que te pongo. No podré soportar verte cerca de él. No puedo ni imaginar que se le cruza el cable y vuelve a ponerte la mano encima. Sé que nos va a costar volver a estar en calma, sé que va a intentar recuperarte, sé que te llamará y una larga lista de etcéteras... Pero no

se lo permitas. Si lo sacas de tu vida para que entre yo, que sea porque es lo que realmente quieres y no te supone ningún esfuerzo.

—Está bien. Esta vez no puedo debatírtelo. ¿Quieres quedarte a comer?

—Me encantaría, pero no puedo. Julia me ha escrito esta mañana para que comamos juntos y se lo debo.

—¿Julia? —pongo cara de póker, porque... ¿Hola? ¿Quién narices es ahora esta tal Julia?— No te he oído hablar nunca de ella.

—La conocí poco después de que te marcharas a Londres. No te preocupes, nunca ha pasado nada entre nosotros, es una buena amiga, es más, cuando quieras... Te la presento.

—Un poco más adelante tal vez. ¿Nunca, nunca, nunca ha ocurrido nada?

—No. Bueno, sí. —Dudo.

—¿En qué quedamos?

—Una noche de borrachera, incluso puedo concretar algo más... Antes de ayer, cuando volvimos del hospital, te acompañé hasta aquí y no quisiste que me quedara... Salí con ella a tomar unas copas, yo estaba hecho un asco y ella también, bebimos más de la cuenta e intentamos algo que fue un fiasco. Un fracaso porque no nos atraemos absolutamente nada.

—Vale. Creo que tienes que presentármela en cuanto puedas. No sé si esto me gusta demasiado.



Cristian se marcha y yo no le cuento los mensajes que he estado recibiendo de Toni, pero es que... Hoy no es día para pensar en él.

Estoy empezando de nuevo y quiero hacerlo con la mayor de mis sonrisas.

Llamo a Lisa, me muero por hablar con ella y contarle todo lo que ha ocurrido últimamente, bueno, últimamente... No.

Sólo a lo que Cristian se refiere.

—¡Vaya! ¡Por fin! Ayer te llamé un par de veces y no me contestaste. — dice en tono algo repipi.

—Bueno... Es que tenía planes, no podía estar pendiente del móvil.

—Usted perdona doña agenda completa. Desde que has vuelto a España, no nos haces ni caso, tu sobrino postizo seguro que ya ni siquiera recuerda tu

VOZ.

—Deja de ser tan dramática y pregúntame qué estaba haciendo para no contestar tu llamada.

—Ui, ui, ui... Suelta por esa boquita.

—Estaba con... ¡Cristian! —oigo un grito al otro lado de la línea—
Vamos a intentarlo otra vez.

—¡Menos mal! Ya era hora de que abrierais los ojos y os dejarais de tanta tontería. ¡Cómo me alegro! ¿Tú estás bien, Cat?

—¿Yo? Sí. —ahora sí—Vuelvo a estar mejor que nunca.

24

ASUNTOS COMPLICADOS

Cristian

Hay cafés más necesarios que otros.

Existen esos que tomas como acompañante de una buena conversación, esos que te ayudan a organizar los mejores encuentros con personas increíbles, los que sirven de pretexto ante las ganas de volver a ver a una persona especial, los que tomas con urgencia, muy cargados, para que te despierten y estimulen... Después están aquellos que te ayudan a mantener la calma, despejan tu mente y aclaran tus ideas.

Y, justamente, este último era el que estaba tomando Diego de buena mañana.

Ayer por la noche cuando volvió a casa se encontró con algo que no le había permitido pegar ojo en toda la noche y le había causado un importante dolor de cabeza.

Entró en casa y respiró aliviado al encontrarla tranquila, oscura y sobre todo... Vacía.

Se dejó caer en el sofá y sonriendo por los pocos momentos vividos le mandó un mensaje a Julia.

“Diego: No sé qué narices me pasa, pero es que ya tengo ganas de volver a verte.”

No necesitó tomarse la infusión de todas las noches, se sentía en paz, al fin, después de tantas semanas con algo estancado que no le permitía avanzar ni deshacerse del nudo constante que se había instalado en la boca de su estómago.

No le dio tiempo a llegar a su habitación, cuando paró en seco delante de la puerta del baño al oír el chorro del agua caer.

Entró sin pensarlo dos veces y jamás hubiera imaginado algo así.

Allí estaba Patricia, sentada en un rincón del plato de ducha, totalmente

vestida, cabeza apoyada en las rodillas e inmóvil, aunque su cuerpo parecía sacudirse con leves temblores y escalofríos.

Diego se acercó a ella, pudo comprobar que el agua que caía estaba completamente helada y que su cuerpo estaba a una temperatura bastante más baja de lo normal. Se asustó.

—¡Patricia! ¡Patricia! ¿Puedes oírme? Patricia, por favor... Contéstame... ¿Qué has hecho?

Ella no respondió, logró devolverle la mirada, pero parecía algo desorientada.

Diego logró mantener la calma, reguló el agua gradualmente hasta que consiguió encontrar una temperatura templada, no podía poner directamente agua caliente y lo sabía, así que poco a poco y con paciencia intentó estabilizarla.

Colocó al mínimo el calefactor que tenía en el baño y no dejó de hablarle un solo momento, quería mantener su conciencia despierta, necesitaba que ella pusiera todo su empeño en ayudarlo y captar toda la posible atención que ella pudiera ofrecerle.

La dejó un momento bajo el agua a temperatura ambiente y se marchó a por algo de ropa. Al volver le quitó la que tenía puesta, completamente empapada y helada, dejó su cuerpo desnudo bajo el agua unos minutos más y comenzó a dar resultado, el color volvía a aparecer lentamente en sus mejillas. La sacó de la ducha, la envolvió en una toalla y mientras la secaba, frotó su cuerpo ayudando así a que su circulación sanguínea empezara a circular con normalidad.

Patricia continuaba sin estar completamente consciente, intentaba fijar su vista en él, pero no había manera.

—Patricia... Por Dios... ¿Por qué haces esto?

—Ne...Necesito descan...sar —balbuceó ella con la poca fuerza que le quedaba.

Y Diego por primera vez reparó en la caja que había encima del estante.

—¿Cuántas te has tomado?

—Sólo una.

La vistió como pudo, la cogió en brazos y la llevó a la habitación. La metió en la cama y la arropó, no mucho, pero sí lo suficiente para que su cuerpo siguiera entrando en calor. Patricia había tomado ansiolíticos, según ella sólo uno y por eso parecía que estaba medio drogada...

Una tontería que, si no llega a ser por Diego, hubiera acabado peor de lo

que ella esperaba.

Pero las sorpresas no terminaron ahí, al girarse tropezó con una caja que había en el suelo y entonces, más tranquilo, se dio cuenta de todo lo que había a su alrededor.



—Cristian.

Su llamada entra justo antes de que salga de casa de Catalina.

—¡Ei! Qué pasa tío. ¿Cómo vas?

—No muy bien. Necesito que vengas a casa. Es... Importante.

—¿Qué ha pasado? —Me alarmo.

Diego no es de esos que te llaman para una gilipollez e intentan hacerte creer lo contrario para que vayas lo más rápido posible. Si Diego llama y dice que es importante... Es que lo era.

Cuelgo y recojo todas mis cosas lo más rápido posible.

Mientras se lo cuento a Catalina, envío un mensaje a Julia para anular nuestra comida.

“Cristian: Julia, no voy a poder ir a comer, acaba de llamarme Diego y necesita que vaya a su casa, dice que es importante, no sé qué está pasando, te llamo cuando sepa algo y nos vemos más tarde.”



Entro en su casa y me asombro al verle tan preocupado, tiene mala cara y le noto bastante más tenso de lo normal.

—He venido lo más rápido posible.

Él asiente y me cuenta todo lo que ha ocurrido durante la noche. Yo niego con la cabeza porque no puede ser verdad. Patricia, tarde o temprano, nos iba a causar un gran problema a alguno de nosotros.

—Tienes que sacarla de tu casa. No te va a dejar vivir y tarde o temprano... Te joderá la vida.

—Hay algo más.

Él se pasa las manos por la cara y yo espero que continúe hablando

porque no imagino que más puede haber después de todo lo ocurrido.

Me entrega una caja que abro al momento.

Mis ojos se abren todo lo posible. Si esperaba cualquier cosa... Os aseguro que no era esta.

Fotos mías. Fotos mías y de Catalina. Fotos de Catalina. Fotos de Catalina con Toni. Fotos, fotos y más fotos. Yo con Julia comiendo, tomando unas copas, paseando. Yo con los chicos. Yo con mi hermana o con mis padres.

Todas muestran momentos y situaciones vividas estos últimos meses.

Frases extrañas anotadas detrás de cada imagen, mi nombre garabateado en todas y cada una de ellas, en muchas la cara de Catalina está rallada y un escalofrío me recorre entero.

Justo debajo hay un dibujo. Somos Patricia y yo. Juraría que es un retrato de una de las fotos que nos hicimos en Ibiza. Nos rodean dos palabras: Eres mío, eres mío, eres mío, eres mío.

—Buenos días...

Oímos su voz y ambos la miramos, sin sobresaltarnos, todavía intentando digerir todo lo que tenemos delante e intentando no complicar más la situación. Yo aparto la caja y me levanto. Ella se auto abraza y se acerca a nosotros.

—Yo... Lo siento. Lo siento mucho...

Nosotros nos miramos y ella empieza a llorar. Desconsolada.

25

PROBLEMAS, SOLUCIONES Y COMPRENSIÓN

Dos meses después...

Cristian

Fueron semanas agrídulces. Semanas complicadas en las que todos tuvimos que enfrentarnos a algo que no entraba en nuestros planes, pero que si no lo hacíamos unidos y como una familia no lograríamos superar.

El día que Diego me llamó marcó un antes y un después en mi modo de ver la vida.

Conseguimos convencer a Patricia para ir al médico dónde le hicieron un control rutinario y comprobaron que todos los baremos estaban correctos, Diego había actuado perfectamente y la había recuperado antes de que el disgusto hubiera sido mucho peor.

La doctora nos echó de la consulta, nos pidió un poco de intimidad para estar con ella, quería hablar a solas y nosotros no pudimos hacer otra cosa que obedecer.

A día de hoy todavía no somos concedores de lo que ocurrió en aquella habitación, pero podemos imaginarlo, más tarde nos hizo entrar y nos comunicó que por lo que había podido hablar con la paciente había determinado que lo mejor sería programar una cita con el psiquiatra para que la valorara él, dado que a ella había ciertos comportamientos y conocimientos que se le escapaban de las manos.

Patricia parecía más tranquila y dispuesta a todo. Había momentos en los que nos mostraba a una persona completamente distinta e incluso nos dijo que ella también quería entender qué le pasaba. Nosotros no la dejamos sola en ningún momento, la acompañamos a la visita y estuvimos a su lado después.

El doctor no tardó en diagnosticarle esquizofrenia.

Concertaron bastantes visitas, hablaron durante horas y cuando tuvo

clara la medicación y el proceso a seguir, nos informó del diagnóstico.

Fue fácil comprenderlo todo cuando el doctor habló con nosotros. Nos explicó que la esquizofrenia era un trastorno mental que dificultaba al afectado diferenciar lo que era real de lo que no, pensar con claridad, tener respuestas emocionales normales y actuar de manera normal en situaciones sociales.

Nos informó de que muchas personas que intentan suicidarse lo único que están tratando es alejarse de una situación que les parece imposible manejar y lo llevan a cabo de una forma en la que el rescate sea totalmente posible, mostrando así, que lo único que necesitan es atención. Una llamada de auxilio en toda regla y que lo último que tienen que hacer los familiares o seres queridos es sentirse frustrados o enfadados.

Pero no pude evitarlo cuando dijo que Patricia se había sentido muy agobiada y había sufrido un gran trauma emocional y que incluso había optado por consumir ciertas sustancias intentando así aliviar el dolor. El doctor nos contó que por lo que había hablado con ella había llegado a la conclusión de que un sentimiento de rechazo y pérdida la devoraba desde el interior.

Recordé todas las veces que la había apartado de mí de malas maneras, pensando que estaba completamente obsesionada conmigo y que lo único que quería era salirse con la suya, por las buenas o las malas, recordé muchas palabras de las que le dije, lo mal que la traté en muchas ocasiones y como todos nos apartamos de su lado cuando comenzó su relación con Diego.

Y si quizá Diego no hubiera notado comportamientos extraños y hubieran continuado juntos... Jamás hubiera salido a la luz que lo que pasaba realmente era que su cabeza le jugaba malas pasadas.

Catalina comprendió la situación, entendió que pasáramos más tiempo con ella y que entre todos intentáramos que su recuperación fuese lo más llevadera posible, pero se mantuvo al margen. Nos hizo ver que seguramente su presencia en según qué momentos podría ponerla más nerviosa y que incluso podría llegar a tomarla como una amenaza.

Así que nosotros estábamos teniendo una relación mucho más oxigenada que la primera vez. Nos veíamos menos, pero cuando estábamos juntos, todo lo demás desaparecía, no había dudas, no había nada entre nosotros que nos mantuviera alejados como había ocurrido anteriormente.

Nadia se pasó día tras día con ella, pidiéndole perdón mil veces en silencio por no haberse dado cuenta antes de la situación, se sentía tan

culpable que no quería separarse de Patricia ni un solo segundo. Se olvidó de ella y de su embarazo, pero ahora que todo ya estaba mucho más tranquilo a ella le entraban los nervios porque ya se había colocado en la cuenta atrás, le quedaban días para salir de cuentas y no sabía dónde meterse, le asustaba el momento del parto, imagino que eso es algo que les debe pasar a todas las mamás primerizas y que es lo más normal del mundo.

No debe ser muy agradable que tu cuerpo se abra de tal forma que por ahí... Quepa la cabeza de un bebé.



Catalina

Los cambios fueron abismales. Aluciné cuando me contaron todo lo que estaba pasando con Patricia, pero lo entendí, esa chica tenía un problema y por fin lo habían detectado, todo lo que hicieran por ayudarla lo veía estupendo, pero claro, creí que era mucho más conveniente que no contaran conmigo.

Bastante tenía yo con lo mío...

Cristian y yo estábamos mejor que nunca, él pasaba más tiempo con los chicos, los últimos acontecimientos los habían unido mucho más de lo que ya estaban, pero eso no nos había impedido que nosotros tuviéramos la relación que tanto ansiábamos.

Mi móvil no dejaba de vibrar. Estaba harta. Sólo quería estrellarlo contra el suelo, hacerlo desaparecer o cambiarme el número... Pero si no quería contar la verdad, no podía hacerlo, al menos... Todavía no.

“Toni: ¿Qué tal te has despertado hoy? ¿Estás preparada para que volvamos a vernos? Yo me muero por volver a tocarte, eres mía Catalina, sólo mía, disfruta con él porque pronto estarás en mis brazos de nuevo. Por las buenas...

*O por las malas. No nos hagas esto mi amor.
Lo último que quiero es enfadarme.”*

Era peor que una tortura. No había dejado de escribirme. Recibía amenazas continuas, me decía que me seguía y que en cualquier momento iba

a lograr atraparme, llegué a creerle, incluso empecé a sentir miedo. Ya no me apetecía salir a la calle, prefería no hacerlo sola y si lo hacía siempre intentaba ir a sitios dónde hubiera mucha gente.

Por supuesto no lo había hablado con nadie. Borraba todos los mensajes que me mandaba. No quería que Cristian se enterara de esto, sólo nos traería problemas y él se metería en un lío.

Y un día, sin más, volvió a llamar.

Hacía mucho tiempo que no lo hacía. Era la primera llamada en estos meses. Cuando vi su nombre parpadeando en mi pantalla... Dudé. No sabía cuál era la mejor decisión. Un manojo de nervios se instaló dentro de mí... Y una bocanada de valentía me invadió antes de que descolgara el teléfono.

No pensaba mostrarle los sentimientos que estaba despertando en mí.

—¿Qué quieres? —respondí tajante.

—Verte. Llevamos mucho tiempo sin vernos y sé que me necesitas tanto o más que yo a ti.

—Toni, ya basta. ¿Hasta cuándo va a durar esto? Yo ya no quiero estar contigo, estoy con otra persona, por favor, deja de mandarme mensajes, deja de agobiarme.

—Tú no sabes ni lo que quieres, pequeña.

—Tengo claro lo que no quiero y eres tú. Ya me he cansado de vivir sometida, ya no quiero estar con una persona que a la mínima de cambio monta un espectáculo y con el que discuto cada dos por tres. Y tampoco quiero estar con alguien que me amenaza por mensajes... Así que si ese es tu método para que volvamos a estar juntos... No va a funcionar.

—Yo no te he amenazado jamás.

—¡Toni! ¡Por Dios! Abre los malditos ojos. Olvídate de mí, sal por ahí, conoce a alguien y enamórate.

—Sólo dices tonterías Cat.

—Quizá sí... Pero es lo que pienso. Por favor, déjame en paz de una vez.

Colgué. No quería seguir hablando con él, me negaba a perder más tiempo, sabía perfectamente que no le haría cambiar de idea, así que no me quedaba otra que afrontar lo que estuviera por venir.

Y aquí estoy, deseando tener en mi mano el control del tiempo, justamente hoy haría pasar las horas para que llegara la noche, he quedado con Cris para cenar, tengo tantas ganas de volver a verle... Él siempre ha tenido el don de hacerme sentir que, entre sus brazos, jamás me ocurrirá nada malo.

Oigo la melodía de mi móvil y resoplo pensando que quizá sea Toni una vez más. Pero no, esta vez es Lisa.

—¡Pelirroja! ¿Qué tal está la futura novia más guapa de todo el planeta?

—Pues... ¿De los nervios? ¿Sirve?

—¡Sirve! Raro sería que no lo estuvieses... Madre mía, faltan menos de dos semanas.

—¡No me lo recuerdes que me da un telele! —grita— Cat, dime que vienes ya, por favor.

—Lisa, no puedo ir todavía, Manuela no me da tantos días libres... Este año la he estado mareando muchísimo, pero la próxima semana estaré allí. No te preocupes, ya lo tenemos todo organizado, va a ser un día maravilloso, ya lo verás. Saldrá bien.

—¿Sigues con Cristian?

Río, todos los días me pregunta lo mismo, últimamente ya no le hago ni caso, pero claro, una novia, días previos antes de la boda... Es lo peor que puedas imaginar, así que... decido que no es momento de ignorarla.

—Sí. Tranquila. Sigo con Cristian. Sigue viniendo a tu boda. Y, Cody, ¿cómo está?

—¿Él? No deja de meterse conmigo, dice que no entiende porque estoy tan nerviosa, que haga el favor de relajarme que no tiene pensado dejarme tirada en el altar. Y claro, si me ha hecho ese comentario es que se lo ha planteado en algún momento, y yo lo mato, te juro por lo que más quiero que como ese día aparezca dos minutos más tarde de lo que le toca... LO MATO.

—Claro... Lleva toda la vida enamorado de ti. Esperando este momento. Seguramente se le pare el reloj y no se presente —digo irónica— deja de decir tonterías, anda.

Hay personas que nacen predestinadas a estar juntas. Ellos son una de esas parejas. Toda una vida juntos, momentos buenos, otros no tanto, la vida les ha vuelto locos, intentó separarlos, puso en sus caminos a otras personas, pero... El destino terminó saliéndose con la suya una vez más.

Algo así... Como nosotros, con la pequeña diferencia que nosotros... Nos encontramos más tarde.

26

SÓLO CONTIGO

Catalina

Entre una cosa y otra se me ha pasado toda la tarde y no he preparado nada para cenar.

Cristian toca el timbre y en cuánto abro la puerta y veo lo irresistible que está... Enseguida sé cuál va a ser mi cena.

Le agarro de la camiseta, lo atraigo hacia a mí y cierro la puerta. Me lanzo a sus brazos, rodeo su cintura con mis piernas y le beso como si el mundo fuese a terminar en cinco minutos y no pudiera volver a hacerlo nunca más.

—Vaya... Qué intensa estás hoy.

—¿Tú sabes lo mucho que me cuesta no tenerte para mí las veinticuatro horas del día?

Sonríe con su boca pegada a la mía, coloca sus manos en mi culo y se sienta en el sofá, dejándome a mí sentada encima suyo a horcajadas, una postura que me deja vía libre, una postura que sólo me provoca ganas de moverme encima de él mientras reparto besos húmedos por su cuello.

Me giro un segundo para poner música en mi móvil y hacer el encuentro mucho más pausado y sensual de lo que pretendía en primer momento.

Ya tengo mi propia lista de reproducción preparada, solo tengo que darle al play para que empiece a sonar "*I Put a Spell On You*" de Annie Lenox.

Muevo mis caderas suavemente, haciéndolas chocar con las suyas, nuestras miradas se retan, nuestras bocas se entreabren y sus manos han empezado a recorrer cada centímetro de mi espalda.

Mi piel se eriza ante su lento contacto, la música inunda el salón y su respiración acelerada es exclusivamente para mí.

No tarda en agarrar el borde de mi camiseta y deslizarla hacia arriba, despacio, sin apartar los ojos de los míos, le ayudo a deshacerse de ella, mientras tanto, su lengua empieza a pasearse por el contorno de mi sujetador, sus dedos hábiles se escurren para poder desabrocharlo y despojarme de él, lo

consigue y devora con ganas mis pezones, lame despacio, sopla en cada pausa, me mira y vuelve a recorrerlos con su lengua.

Y yo... Creo que voy a morir de placer.

Su lengua sube con calma hasta mi boca, se pasea por mis labios y volvemos a perdernos entre besos y caricias.

Se levanta conmigo encima y me lleva a la habitación. Sin mediar palabra. Ahora mismo... Ambos hablamos el mismo idioma.

Me tumba en la cama, boca arriba, él coloca cada una de sus rodillas al lado de mis caderas y se quita la camiseta.

—Voy a utilizarla para atarte las manos.

¿Va a atarme? Mmmm... Tentador. Únicamente asiento, estoy dispuesta a todo lo que quiera hacerme.

Me hace estirar los brazos hacia arriba, cruza mis muñecas y las envuelve con su camiseta, haciendo un nudo antes de tirar de mis pantalones para dejarme en ropa interior.

He elegido las braguitas más bonitas que tengo, mientras soñaba despierta que ocurriera algo como esto esta misma noche: encaje y transparencia. Cóctel letal.

—Sé lo que estás pensando... Son preciosas, pero... Me molestan.

Tira de ellas, prácticamente me las arranca y las hace volar hacia atrás.

Un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Siento que estoy preparada para él. Siento mi humedad y la necesidad de que me haga suya de una maldita vez.

Se agacha para besarme. Sus manos van en busca de las mías mientras nuestras lenguas bailan al ritmo de la música.

Gimo sin que prácticamente me toque, él sonrío y empieza con su tortura.

Reparte besos por cada rincón de mi piel, recorriendo todas y cada una de las partes de mi cuerpo, su lengua deambulando por el lóbulo de mi oreja, sus labios saboreando mi cuello, mis hombros, mi clavícula... Otra vez su lengua jugando con mis pezones y sus dientes recordándome que también están aquí para terminar de ponerme cardíaca.

Me acelera el pulso. Quiero más. Quiero a Cristian dentro. Y lo quiero ya.

—Cris...

—No. Todavía no.

Continúa bajando, repartiendo besos por el camino, parándose en mi

ombbligo y sonriendo con malicia al ver que no aguanto más.

Mete uno de sus dedos dentro de mí y con otro roza mi clítoris mientras sigue torturándome dulcemente.

Me hace el amor con sus dedos y cuando creo que ya nada puede superarlo, noto la humedad de su boca entrelazándose con el calor que siento entre mis piernas, me lame, me besa y no cesa su intrusión, el placer se multiplica, me recorre lentamente, con cuidado y delicadeza, mi respiración se acelera de tal forma que para en seco.

—Mi amor... Todavía no.

Pero es que yo ya no puedo más. Le miro mientras se quita los pantalones, los calzoncillos y me muestra lo mucho que está disfrutando él también, está duro y preparado para el siguiente paso, pero prefiere retrasarlo un poco más, vuelve a meter su cabeza entre mis piernas y se toca mientras su lengua se entretiene conmigo.

Verle así me hace perder la razón y no puedo controlarme ni un minuto más. Estallo. Exploto. Grito mucho más de lo que creo. Es uno de los mejores orgasmos que he tenido en mucho tiempo, mi cuerpo convulsiona, le agarro del pelo y me pego mucho más a su boca, intento relajarme cuando creo que estoy recuperada, pero todavía quedan restos del temblor que ha sido capaz de causarme.

—No cantes victoria, esto no ha terminado todavía.

Acerca su polla hasta mi entrada y de una sola embestida entra en mí partiéndome en mil pedazos y haciéndome sentir que, si puedo elegir, quiero morir aquí, en sus manos mientras hace que me retuerza de placer.

Devora mi boca y acelera el ritmo.

Entra y sale de mí con facilidad, a su antojo, ahora mismo... Estoy a su merced. No tarda en contraerse, en gruñir... Es su manera de avisarme de que está a punto terminar y yo vuelvo a dejarme llevar. Los dos lo hacemos, nos buscamos con la mirada y sentimos como otra vez alcanzamos el clímax, juntos, siento su calor en mi interior y como poco a poco se desliza por mis piernas.

Se deja caer encima de mí, suspira en mi cuello y deja un último beso antes de echarse a un lado en la cama.

—Dios... Ha sido espectacular.

—Creo que te he demostrado lo difíciles que se me hacen a mí las horas sin ti. Si por mi fuera me pasaría así, disfrutándote y saboreándote cada minuto del día.

Me muerdo el labio porque es el mejor plan de vida que me han planteado nunca.

—Si quieres... Puedo dejar que te quedas a vivir en mi cama.
Sonreímos y no dudo en fundir de nuevo mi boca con la suya.

27

JOEL

Cristian

Debo reconocer que volver a tenerla en mis brazos me sigue resultando increíble, pero hasta hoy no habíamos conseguido entendernos cómo acostumbráramos a hacerlo.

Siempre habíamos sido más de sentir, deleitarnos, llevarnos al límite... Y desde que habíamos retomado nuestra relación, el sexo era bueno, pero... diferente.

Hoy, por fin, he sentido aquello que se nos quedó atrás, hemos logrado traerlo de vuelta, hemos conseguido volver a ser nosotros. Cristian y Catalina, libres y nuestros.

—He agotado toda mi energía. Creo que deberíamos cenar.

—Yo no puedo con mi vida... Necesito dormir, hoy has acabado conmigo. —responde.

Ninguno de los dos se empeña en levantarse, ambos queremos continuar entre las sábanas, disfrutando de las sensaciones que nos hemos regalado hace unos minutos.

Catalina se acurruca en mi pecho y yo reparto inconscientemente caricias por su pelo.

—¿Cristian?

—Dime preciosa.

—Gracias. Hacía meses que no lograba sentirme en paz...

—Gracias a ti. Por perdonarme, por confiar en que un nosotros es posible, por aparecer y salvarnos mutuamente. Te quiero pequeña.

En su mirada puedo ver su respuesta y justo en ese momento me siento el hombre más afortunado del mundo. Pero como no, mi móvil suena, rompiendo el momento que hemos conseguido crear.

—Que oportuno...

—Responde, anda. No vaya a ser importante.

—Es el imbécil de Rubén —digo mirando la pantalla— Yo creo que

tiene un puto don para tocarme los cojones.

Ella ríe y yo descuelgo el teléfono.

—Está claro que no puedes vivir sin mí... ¡Hostia! ¡No jodas! ...Pues que sepas que tu hijo es igual de inoportuno que tú —ríe— ¡Vamos para allá!

—¿Qué pasa? No me digas que Nadia está de parto.

—Lo está. Lleva todo el día con contracciones, han ido esta tarde de urgencias, pero los han mandado a casa porque no estaba dilatada y, ahora ya ves, dice que llegan por los pelos. Vete vistiendo mientras aviso a los demás.

“Cristian: Siento joderos la fiesta, pero Rubén me acaba de llamar y resulta que nuestro sobrino está a punto de nacer. Catalina y yo nos vamos para el hospital. Os veo allí.”

Somos los primeros en llegar, la sala de espera está vacía y no tenemos ni idea de lo que está ocurriendo detrás de la puerta que nos separa de ellos.

—Cristian, relájate... Esto puede tardar horas.

—¿Horas?

—Sí, pueden ser dos horas como seis. Eso no está en sus manos. ¿Quieres que me acerque al bar a por algo de cenar?

—Creo que se me ha cerrado el estómago.

—Y yo creo que el día que sea tu hermana la que esté ahí dentro trayendo a tus sobrinas al mundo no sobrevivirás para contarlo. No te pongas tan nervioso, va a ir todo bien, ya lo verás.

—A Nadia a la mínima de cambio siempre se le ha complicado el embarazo... Me da miedo que eso ocurra.

—No ocurrirá. Ya lo verás. Ella es muy fuerte y Rubén está ahí.

Su mano coge la mía y me transmite toda la templanza que me falta. Con ella al lado siempre logro manejar las situaciones que en un primer momento se me escapan de las manos, ella me facilita la vida, transforma las dificultades en insignificancias.

—Voy a comprar cualquier cosa, piensa que hemos gastado muchísima energía... Hay que reponerla. Si no... No aguantarás hasta el momento de las presentaciones y el pequeño se va a quedar con ganas de conocerte.

Me convence al momento, asiento levemente y me siento para verla marchar pasillo abajo en dirección a la cafetería.

No han pasado ni dos minutos cuando escucho unos pasos acercándose a mí.

—¿Se sabe algo ya? —La voz de Julia me despeja.

—Todavía nada.

—Los padres de Rubén se han quedado en la cafetería con Catalina, han dicho que no tardarán en venir. —Me informa Diego mientras nos saludamos.

—Yo estoy de los nervios tío... Me mata el no saber.

—Estas cosas funcionan así. Lo único que podemos hacer es sentarnos y esperar.

Los minutos corren y continuamos como al principio, con más compañía, al poco rato de que llegaran Diego y Julia, llegó Eric, solo, Gabriela había vuelto a México, tenía cosas que arreglar y no podía permitirse el lujo de pasar más tiempo aquí sin su hijo. Más tarde llegan los padres de Rubén junto a Catalina, ella trae en la mano un café con leche y un bocadillo de lomo para mí.

—Gracias cielo.

—Te sentará bien, ya lo verás.

Ella también se sienta y al rato, cuando el silencio inunda la sala unos pasos nos alertan, todos levantamos la cabeza al mismo tiempo, pero nos llevamos un chasco al ver a entrar a una pareja de mediana edad a la que no hemos visto nunca.

Saludan y se quedan de pie en una esquina, con cara de circunstancia.

—Están tardando demasiado... Desde que Rubén nos ha vuelto a llamar ya han pasado unas cuantas horas.

Vaya, deben ser los padres de Nadia.

Estoy a punto de hablar para preguntarles, porque si lo son, merecen saber quiénes somos todos nosotros, pero los padres de Rubén se me adelantan y al confirmar la información se presentan, nos presentan a los demás y entre ellos empiezan una conversación que no tengo muy claro si realmente es para tranquilizarse mutuamente o para ponerse bastante más nerviosos.

El tiempo pasa lento, el cansancio hace mella en nosotros y el sueño es el claro vencedor de la batalla.

Pero entonces, sí, se oyen unos pasos y la puerta se abre.

Es Rubén, con bata y gorrito de quirófano incluidos en su indumentaria, sonriendo, feliz.

—Familia, ha ido todo muy bien. Nadia está perfecta y Joel es todo un grandullón.

Se le escapa una lágrima de felicidad al terminar de hablar y todos

corremos a abrazarle. Y aunque hubiera mil maneras más de concluir la noche... Ninguna me parecería mejor.

Catalina

Nadie sabe lo mucho que necesito subirme a este avión y desaparecer unos días.

Las llamadas y mensajes de Toni cada vez son más frecuentes, he intentado pararle los pies en tantas ocasiones que ya empiezo a dudar si podré lograrlo algún día, es más, incluso me ha parecido verle alguna vez apoyado en el edificio de enfrente, pero justo cuando me paro para comprobarlo, no hay nadie. Quizá me estoy volviendo loca o me esté volviendo loca, ya ni lo sé.

No he hablado con nadie de esto, si algo me ha terminado enseñando la vida es que cada uno tiene que ser capaz de solventar sus problemas y ser lo suficiente valiente para enfrentarte a ellos.

Si Cristian llega a enterarse se agravará la situación y yo tengo la esperanza de que el tiempo calme este asunto y aparte a Toni de mi vida para siempre. Y mejor no hablemos de Lisa, ella ahora mismo lo último que necesita es saber lo que está ocurriendo, se encuentra en una vorágine de nervios y caos con todos los preparativos de la boda, concentrada en la organización y con el típico miedo absurdo que tienen todas las novias por si algo no sale bien.

—¡Catalina! ¿En qué mundo estás?

Me sobresalto al escuchar la voz de Cristian tan cerca de mí, me habla al oído prácticamente en susurros, pero no lo esperaba.

—Pues ni lo sé. —ríó—Estaba haciendo un repaso mental a todas las tareas que tengo pendientes. —Miento.

—Ponte el cinturón que ya han avisado del despegue.

Hago lo que me dice, le sonrío, le beso levemente en los labios y me permito volver a vagar por mi mente de nuevo, no me gusta ocultarle las cosas y más sabiendo todo el recorrido de nuestra historia, pero no tengo otra opción.

Y, ahora sí, repaso de verdad todos esos puntos de la lista que me ha pasado Lisa y ciertamente, antes de ponerme a ello, ya empiezo a colapsarme.



Aterrizamos sin ningún contratiempo, un vuelo rápido y cómodo.

Nosotros salimos tranquilos de la terminal cuando escucho el grito de mi niño. ¡Qué grande está! Sólo hace unos meses que no le veo y me da la sensación que ha crecido muchísimo, corro a cogerle en brazos y a comérmelo a besos.

—¡Cody! ¿Qué estás haciendo aquí? Os dije que no os preocuparais que cogeríamos un taxi.

—Ya, ya. Pero ya sabes que cuando dices estupideces no solemos hacerte mucho caso. —Me guiña el ojo mientras saluda a Cristian.

—¿Qué tal, tío? ¿Cómo vas?

—Yo bien, de momento estoy tranquilo, al menos mucho más tranquilo que Lisa.

Ambos rompen a reír en carcajadas y aunque yo también quiero hacerlo, aunque fuese sólo un poco, siento que tengo que ponerme en el lugar de mi amiga, entenderla y dar la cara por ella ante estos dos canallas.

—Oye, si no queréis que os patee el culo, dejad el cachondeo a un lado y llevadme de una vez con mi pelirroja.

—Sí, sí, disfruta ahora de tus ganas... —Maldito Cody, al final, tengo que reírme yo también.

Llegamos a casa de la abuela de Lisa, aquí se celebrará una parte de la ceremonia y solo entrar la vemos con los chicos que se encargan de la decoración, terminando de planificar dónde quiere cada adorno y cómo tiene que verse el resultado final.

—¡Estás aquí! Que larga se me ha hecho la espera. ¡Menos mal! Hola mi amorcito —besa al pequeño y se gira de nuevo— ¡Chicos! Ella es Catalina, mi dama de honor principal, así que, a partir de ahora, cualquier duda que tengáis, habladlo con ella, por favor, la dejo al mando.

—¿Ya me dejas al mando? Pero...

—Pero nada. Cat, te necesito.

Sonrío con cariño y le doy uno de nuestros abrazos, uno de esos que nos ayudan a mantener la calma y logran hacernos volver a estar en paz.

—Sabes que cuando yo me pongo a organizar y a mandar, no falla nada de nada. Puedes estar tranquila, tonta. Pero antes, déjame ir a deshacer la maleta. Por cierto ¿tienes ya mi vestido?

—Sí. Fue a recogerlo Daniela la semana pasada, pero, antes de nada, pruébatelo por si hubiera que hacer algún retoque más.

Nos giramos, dispuestas a marcharnos a casa y nos damos cuenta de que estamos solas, los chicos ya no están por ninguna parte y al salir los vemos en una de las terrazas de al lado tomándose unas cervezas.

—Vaya, qué bien viven algunos. —digo yo.

—No te creas, yo también le estoy informando de algunas cosas en las que también necesito ayuda. Él es mi “damo de honor”.

Reímos los cuatro por la ocurrencia tan estúpida que ha tenido Cody y me siento tan feliz de que, por fin, mis dos grandes amigos de la infancia se hayan dado cuenta de que no hay vida si no están uno al lado del otro y de que hayan elegido pasar por el altar... Que me emociono solo con pensarlo. Sus vidas siempre han estado unidas, entrelazadas, tenían una venda en los ojos que no les permitía darse cuenta, pero ahora... Ahora ya nada va a impedir que este gran amor, sea oficial.



Cristian

Estos días para mí están siendo unas increíbles vacaciones, durante el día no paso casi nada de tiempo con Catalina, ella está volcada cien por cien en la ceremonia y no tiene tiempo ni para respirar, la verdad es que ninguna de las dos lo tiene, a nosotros nos da la sensación de que van a contrarreloj, cuando en realidad sabemos que ya está todo hecho, organizado, reservado y preparado.

—¿Te apetece otra caña? —Me pregunta Cody

—Yo creo que deberíamos bajar un poco el ritmo e ir a recoger nuestros trajes. Al final voy a tener que volver a Valencia antes de tiempo si no quiero necesitar un hígado nuevo después de este viaje. Tú también estás de los nervios, ¿verdad?

—¿Tanto se me nota?

—Bueno, lo disimulas bastante bien. Pero soy un hombre, de estas cosas

nos damos cuenta, soy más observador de lo que crees.

—Vas a pensar que soy un moñas, pero es que Lisa es la mujer de mi vida, lo ha sido siempre Cristian, éramos dos niños y ahora... Va a ser mi mujer. No te imaginas la cantidad de veces que he soñado con este momento y ahora, me da pánico que cualquier estupidez no salga bien y ella decida volver a alejarse.

—¿De verdad crees que ella se alejaría? Yo creo que ella siente exactamente lo mismo que tú y ahora vuestras vidas las une un precioso bebé, así que no pienses en nada que sea negativo.

Pero entiendo sus miedos, porque yo los he sentido mil veces, no de la misma forma, pero no me importa reconocer que en muchas ocasiones me he sentido perdido en la vida, mis dos grandes amores, sus idas y venidas, perderlas, recuperarlas... Lograron volverme loco.

A veinticuatro horas del gran día, nos quedan algunas cosillas por hacer, sobre todo, calmarnos y dedicarnos a disfrutarlo.

29

LA BODA

Cristian

No es mi boda, pero la siento como si lo fuera.

Nunca he pasado tanto tiempo con Lisa y Catalina juntas y en realidad debo reconocer que son uña y carne, tanto, que las dos locas quieren pasar la noche anterior de la ceremonia juntas, las dos mantienen en secreto su vestido, las dos parecen las novias.

No duermo con Catalina esta noche y después de una semana haciéndolo todos los días, me siento hasta raro, la cama me queda grande si ella ya no está dentro.

Cody y yo afianzamos más nuestra relación, siempre hemos tenido buen rollo, pero ahora, lo añado sin duda a uno más de mis amigos.

Nervios a flor de piel, locura allá donde mire y descontrol absoluto en el reportaje de fotos del novio. Me encuentro en una casa llena de gente, gente que no he visto en la vida y descubro que Cody tiene dos hermanas gemelas, muy guapas, por cierto, que sus padres están divorciados y cada uno se presenta con su nueva pareja, incluso el fotógrafo se queda algo descolocado ante esta sesión y yo río por lo bajo mientras espero que las agujas del reloj indiquen que ya es la hora de irnos.

Quiero verla, quiero estar con ella, nada me apetece más que Catalina en este momento.



Está preciosa. Es preciosa. A mis ojos la mujer más bonita del lugar. Viene corriendo hasta mí y se lanza a mis brazos.

—¿Me has echado de menos?

—No te imaginas cuánto... Estás... Radiante.

—Muchas gracias, tú no te quedas atrás. Con este traje estás hecho todo un Gentleman.

Vuelve al lugar que le corresponde, faltan minutos para que se produzca la entrada de la novia, los nervios se palpan en el ambiente, las últimas comprobaciones, la gente murmurando espera ansiosa, Cody en el altar sin poder ocultar que le está matando la espera, las damas de honor están estupendas y entonces suena la música.

Todos los invitados nos giramos para verla entrar.

Ahí está ella. Para mí eclipsando a todas las demás. Abriendo camino con Javi de la mano, va vestido como un hombrecito y llevando los anillos. Catalina es su guía y su sonrisa el factor clave para que todo luzca mucho más bonito de lo que ya lo hace.

Entonces reparo en Lisa. Parece una autentica princesa, de esas que sólo existen en los cuentos, su pelo rojo destaca el blanco de su vestido, entra lentamente, emocionada, con los ojos brillantes, sin apartar la vista de Cody y sin soltar el brazo de su padre.

Es espectacular la reacción de los novios al encontrarse, se toman de las manos y ambos dejan correr una lagrima que se secan uno al otro.

Los abuelos cogen al niño y da comienzo la ceremonia.

Dejo de escuchar, imaginando cómo sería si algún día fuese yo el que estuviera ahí arriba. Pensando en qué sentiría al ver entrar a Catalina vestida de blanco dispuesta a todo conmigo y, entonces un carraspeo me hace levantar la mirada y la veo en el atril, colocándose el micro y sonrío.

Es el momento del discurso que estuvo tanto tiempo pensando y que luego solo necesitó cinco minutos para redactar.

Es lo que ocurre cuando escribes con el corazón.

“Creo que merecéis saber que estoy muy nerviosa y emocionada. Tengo un nudo en la garganta que no sé si me va a permitir decir todo lo que quiero sin hacer temblar mi voz una sola vez, pero como siempre... Con mirarla, encuentro la calma.

Y si hoy estoy aquí arriba, hablando ante todos vosotros es porque ella me eligió, ella quiso regalarme algo que para mí significa mucho, me ofreció ser su dama de honor principal, algo que yo acepté encantada porque era otro reto que lograría junto a ella y al lado de las otras damas que son increíblemente estupendas.

¿Sabéis? Creo que ni siquiera necesito tener este papel delante para que hablen los sentimientos.

Si tuviera que hablar de Lisa, podría explicar tantas cosas que no nos

iríamos de aquí en dos semanas, anécdotas que ambas retenemos en nuestra memoria y que, aunque hayamos contado tantísimas veces siguen siendo solo nuestras y siguen haciéndonos reír cada vez que las recordamos. Llevamos tantos años juntas que yo ya no concibo mi vida sin ella, que, aunque haya distancia de por medio, prácticamente ni la notamos porque nos une todo lo demás.

La que está ahí en todos y cada uno de los momentos, mi amiga, mi hermana, aunque no compartamos sangre, mi otra mitad, ella es parte de mí y nada me hace más feliz que ser testigo de cómo enlaza su vida a la de este maravilloso hombre.

Cody, por fin. ¿Recordáis todas las veces que hablamos de esto? Ya es real, está ocurriendo chicos. Y vosotros empeñados en que no, en que, aunque os quisierais a morir no podíais estar juntos, que inocentes.

Hay amores que por más trabas que encuentren en el camino... Siempre, siempre, siempre descubren la forma de estar juntos.

Si para ella sólo tengo palabras bonitas, para él... Exactamente lo mismo.

El hombre que siempre luchó por verla feliz, el hombre que la lleva queriendo más años de los que soy incapaz de recordar, el hombre que daría su vida por verla sonreír todos los días, el hombre que la merece.

Amiga, te llevas el cielo. Cuidale. Sólo vosotros sabéis cuánto os ha costado llegar hasta aquí, así que luchad juntos, enfrentad todo lo que venga a partir de hoy más unidos que nunca.

Habrá días difíciles, pero no dejéis que os venzan jamás.

Si hay algo que me hace sentir increíblemente bien, es tener razón, y yo llevo media vida diciendo que vosotros dos estáis hechos el uno para el otro. —todos reímos y los novios se besan— Os deseo toda la felicidad del mundo, deseo que siempre forméis parte de mi vida, que sigamos siendo una familia y que este día... Se convierta en uno de los recuerdos más maravillosos que tengáis hasta ahora.

¡Viva los novios!”

Aguenta como una campeona, no llora, ha sabido controlarse hasta volver junto a las otras damas de honor, pero no se me escapa el momento en que todas se limpian alguna lagrimilla.

Entonces llegan las palabras clave, el intercambio de alianzas y el

esperado beso de los novios.



El lugar que han escogido es increíble, situado en la montaña y con vistas al mar. Han organizado un gran banquete, se nota que a nuestros amigos la vida les va muy bien, comemos, bebemos, reímos y bailamos sin parar.

Ya he perdido la cuenta de las horas que llevamos de fiesta, Catalina va y viene, se marcha con las chicas, vuelve conmigo, habla con los camareros, me trae otra copa, se la ve feliz y con eso... yo tengo suficiente.

—Cielo, tengo que ir al baño, creo que voy a dejar de beber o al final me subiré al escenario y haré un striptease delante de todo el mundo.

Yo río, le quito el bolsito que lleva en la mano, lo dejo encima de la mesa y la acerco hacia a mí. La beso sin filtro, sin importarme que estamos rodeados de gente, gente ajena y gente conocida, sin pensar en nada más que tener mi lengua en contacto con la suya y en las ganas que tengo de llegar a casa para ser yo el que le quite ese bendito vestido.

—Si seguir bebiendo te va a hacer quitarte la ropa... Siempre que sea en nuestra habitación, tienes mi bendición pequeña, lo sabes.

—Mmmm... No me digas eso, porque me olvido de ir al baño, me tomo otra copa y nos vamos de aquí ya mismo.

—Tranquila, puedo esperar. Eso sí... Quizá las ganas vayan en aumento.

—Eso es bueno, muy, muy bueno. —Se muerde el labio y yo noto como me endurezco.

Maldita Diosa, mi erección inesperada me obliga a sentarme y fingir que me apetece un rato de calma, nada más lejos de la realidad, lo último que quiero es estar calmado.

Me parece escuchar la melodía de un móvil, pero entre la música y el jaleo que me rodea lo dejo estar, pero no, ahí está, sonando otra vez. Es el móvil de Catalina.

Cometo el error, o no, de abrir su bolso y encontrarme de frente con algo que no esperaba.

Toni.

Toni la está llamando. No respondo y cuando cuelga puedo ver que tiene siete llamadas perdidas. Todas de él.

Un nuevo mensaje entra justo cuando tengo el aparato en mis manos.

No puedo controlarlo, no puedo hacer como si nada... Perdóname Catalina, siento invadir tu intimidad, pero creo... Que me corresponde hacerlo.

“Toni: ¿Sigues con lo mismo? ¿Vas a seguir mucho tiempo más sin responder a mis llamadas? Hace unos días que no te veo... Me tienes preocupado cariño. Quería informarte de que ya se me ha agotado la paciencia, que, si no vuelves tú a mi lado por voluntad propia, yo haré que lo hagas y quizá no te gusten mis métodos, pero ya ves, me he portado demasiado bien hasta ahora y tengo la polla tan dura que si no la meto en tu boca en breve voy a explotar. Voy a buscarte y pienso follarte hasta que me supliques llorando que pare.”

Miro sus otros mensajes. No hay ninguno más. ¿Qué está pasando aquí? El calentón se me quita de un plumazo, me invaden la rabia y las ganas de matarle.

Mientras estemos aquí y no le quite la vista de encima, Catalina no correrá peligro, ahora, tengo que disimular, no quiero tratar este tema ahora mismo, no quiero fastidiarle la noche ni a ella ni a los novios. Ninguno se lo merece.

Pero... Este tema se va a solucionar por las buenas, o por las malas. Yo, estoy dispuesto a todo.

—¡Amor! Ya estoy aquí... ¿Bailamos? —Lame mi oreja y yo ya no estoy en el mismo punto que antes.

—Sí, claro. Bailemos.

Mi cabeza está en otra parte, la miro, sonrío, pero... No logro ocultar lo que de verdad ocurre.

—¿Qué te pasa?

—Nada, estoy algo cansado.

—Si quieres, nos vamos ya... Yo no creo que nadie de toda esta gente se dé cuenta.

—Tranquila amor. Podemos quedarnos hasta el final, es la boda de Lisa y Cody, hoy no vale ser un blando, ¿no?

Ella sonrío y me besa con ganas. El abrazo viene justo después.

—¿Sabes? Por eso te quiero. Porque lo haces fácil. Porque eres capaz de todo por verme a mí feliz. Porque me lo demuestras... Y porque desde que

nos perdimos, sé que no quiero volver a sentir ese vacío en mi interior.

Suena una música distinta y Lisa grita a los cuatro vientos que ha cambiado de idea y que ahora quiere tirar el ramo.

Todas corren hasta allí. Todas quieren cogerlo. Y yo ya no sé si de verdad todas quieren casarse o es que hay demasiado alcohol recorriendo sus cuerpos. Creo que en el caso de Catalina es más bien la segunda opción.

Al menos, eso espero. Aunque sus gritos me hacen dudar cuando veo que es ella la que ahora lo tiene en sus manos.

Pero esto no es todo. Cody y Lisa suben al escenario, entre risas y carantoñas dicen unas palabras para todos nosotros.

“Queremos agradecerlos a todos el estar aquí, haber querido compartir con nosotros este día tan especial, haber querido formar parte de lo que esto significa, no es una boda de revista, de esas que tienen casi mil invitados y sólo se come caviar y champagne, pero es la que nosotros queríamos, rodeados de toda aquella gente que nos hace la vida más fácil, estáis todos los que tenéis que estar, ni uno más, ni uno menos, todos indispensables.

Disfrutad de la noche y de todo lo que esté por venir.

La felicidad a vuestro lado es mucho mejor, y ahora... Además de otro brindis, nos queda algo por hacer para que esta noche sea completamente perfecta.”

Empieza a sonar “Pasos de cero” de Pablo Alborán, Catalina y yo nos miramos, es nuestra canción, la hemos escuchado tantas veces al retomar nuestra relación que ya forma parte de nosotros. Sus ojos brillan y yo la abrazo por detrás, todas las miradas se dirigen a nosotros, siguiendo el camino de Lisa y Cody que vienen a hacernos entrega de los novios de la tarta.

—Como bien has dicho antes: Hay amores que por más trabas que encuentren en el camino siempre descubren la forma de estar juntos. Y vosotros lo sabéis bien, así que nadie más que vosotros merecen más estos muñequitos tan especiales. Quién sabe, quizá... Os ayude a tomar alguna decisión.

Las palabras de Lisa son aplaudidas por el resto de los asistentes, mientras tanto, Catalina y yo nos fundimos en un beso de puro amor.

30

IRA Y TEMPLANZA

Cristian

Si lo pienso una vez más, seré capaz de comprar el primer billete de avión para poder volver a casa hoy mismo y patearle la cabeza.

Llegamos a casa todos juntos, traspasamos la fiesta al salón, el bebé se ha quedado a dormir con una de sus abuelas así que disponemos de todo el tiempo del mundo para alargar la boda hasta que queramos.

Max, uno de los mejores amigos de los novios, es el primero en abandonar el barco.

—Lo siento, pero yo... No puedo seguir vuestro ritmo. La compañía es muy grata, pero no aguanto ni un minuto más despierto. Nos vemos mañana chicos, pasadlo bien.

Creo que únicamente pasan unos diez minutos cuando las chicas deciden tomar la misma decisión, Daniela y Sarah son las siguientes, Lisa y Catalina hacen el esfuerzo, pero se les ve a leguas que están muertas.

—Marchaos a dormir, nosotros subimos en un rato. —dice Cody.

—¿No os importa? Mira que si mañana nos despertamos y no estáis aquí... A mí me da algo, yo me niego a tener un divorcio tan temprano.

—No tendrás tanta suerte pelirroja. Yo soy tu castigo eterno. —La besa con ganas, muchas ganas.

Catalina carraspea.

—Veréis no es que me importe que os queráis tanto, pero me incomoda un poco que le metas la lengua hasta la tráquea a mi amiga, además, he bebido muchísimo, tanto que, si se me revuelven un poco más las tripas, podría vomitar.

—Cristian, tu novia está celosa. ¿Puedes calmarla un poco?

Sonríó sin ganas, me acerco a ella y le doy un suave beso, nada que ver como el que acabamos de presenciar.

—Sube a descansar amor.

Las observamos subir las escaleras, borrachas y divertidas, Lisa se

tropieza y le cuesta un mundo mantener el equilibrio, a nosotros nos arranca una carcajada, pero creo que ellas lo pasan verdaderamente mal entre escalón y escalón.

—¿Quieres otro? —Cody señala mi vaso vacío.

—Sí, por favor. Doble, a poder ser.

—Cristian, ¿qué está pasando?

—¿Qué?

—Hemos pasado mucho tiempo juntos estos últimos días y no soy imbécil. Algo no va bien. Hace unas horas que tu actitud es distinta.

—No es nada, todo está bien, no te preocupes.

—Como quieras, pero si te apetece que lo hablemos, no hace falta que te diga que puedes contar conmigo.

—Cody, ¿conociste a Toni?

—Vaya, tu problema tiene nombre y apellidos.

—¿Le conoces?

—No mucho. Cuando ellos estaban juntos, Lisa estaba con otro hombre, alguna vez coincidí con él, creo que fueron a ver a Lisa alguna vez a Londres, pero normalmente... Ella siempre viajaba sola. Pero no me gusta un pelo ese tío, Lisa me ha contado muchas cosas de él, ella lo pasó muy mal cuando Cat volvió a Valencia para retomar su relación.

—Por eso me llamó...

—Sí. Estaba preocupada. Juraría que ese cabrón cruzó la línea alguna vez... Y Lisa pensó que tú podías evitarlo.

—Se equivocaba. No pude.

—Lo intentaste al menos. Catalina es una mujer de pies a cabeza, es mayorcita, no podemos obligarla a nada, ella decide lo que quiere.

—No. Ese cabrón...

—Ese cabrón, ¿qué?

—¿Sabes porque nosotros nos reconciamos? ¿Sabes dónde nos encontramos otra vez?

Él niega con la cabeza y yo se lo cuento todo. El encuentro en el hospital, sus lesiones, lo que ocurrió más tarde en su casa, las llamadas y las amenazas.

—Se niega a denunciar y yo me estoy volviendo loco. Al final voy a perder los papeles Cody, me conozco, si hoy no llego a estar aquí, si hoy no llega a separarme de él un mar... Te juro por lo que más quiero que le hubiera buscado debajo de las piedras.

—Estoy flipando. Lisa no...

—No. Lisa hay muchas cosas que no sabe, Catalina quiere evitarle ciertas situaciones, ella cree que son discusiones normales. ¡Joder! ¡Que le rompió la muñeca! Yo creí que se había terminado esta pesadilla, pero... No. Creo que la sigue llamando y ella encima me lo oculta.

—¿Qué te hace pensar que él sigue con toda esta mierda? Tal vez se ha apartado para siempre. Ella no nos lo cuenta para no hacernos sufrir, entiéndela...

—Me hace pensar que hoy en la fiesta ha sonado su móvil unas cuantas veces y cuando me ha dado por mirarlo he visto que tenía un montón de llamadas perdidas de él. Y después...

Le recito el mensaje de memoria, se ha quedado grabado a fuego en mi mente, palabras que ella hubiera tenido que leer si no llego a archivarlo.

Noto cómo Cody se controla, su respiración se acelera y da un puñetazo al sofá.

—Que desgraciado... Como se le vuelva a ocurrir ponerle una mano encima... Tenemos que terminar con esto Cristian.

—¿Cómo? ¡Joder! No sé cómo narices enfrentar esta situación si ella no está dispuesta a dar un paso más.

—Habla con ella. Acabará accediendo, ya lo verás. Vamos a intentar pensar en otra cosa, bebámonos otra copa, tranquilicémonos y vayámonos a dormir. Mañana será otro día, pero por favor Cristian, protégeela como si se tratara de tu propia vida.

—Tenlo por seguro.

Unos minutos después cada uno tira para un lado del pasillo cuando recuerdo pedirle un último favor.

—Cody, no le cuentes nada de esto a nadie, ni siquiera a Lisa.



Duermo a trompicones. Catalina duerme plácidamente en mis brazos y eso me ayuda a mantener la calma, no dejo de darle vueltas a lo mismo y después de ver que los rayos de sol ya están dispuestos a comenzar un nuevo día, decido bajar a desayunar e intentar despejarme.

Me estoy preparando un café cuando escuchó su voz.

—Buenos días... Me ha parecido raro girarme y no encontrarte en la cama.

—Y ¿has bajado a por mí? Vaya... Que placer.

—La verdad es que quería hablar contigo. Ayer te noté un poco extraño y no quiero que te sientas incómodo por nada, si quieres que pasemos el día juntos, que demos un paseo, que te enseñe Mallorca, que sepas que podemos hacerlo. Comprendo que he pasado demasiado tiempo con todo lo que conllevaba la boda y quizá no te he prestado la atención suficiente.

—Catalina, ¿qué tonterías dices? Estoy a gusto con ellos, es más, me gusta estar con ellos, no te preocupes por eso, boba.

La atraigo hacia mí, la abrazo y la beso en la frente.

—Siéntate, tenemos que hablar. ¿Te apetece un café?

—No. Todavía no. ¿Qué pasa, Cristian?

—No puedo callarlo ni un minuto más. Sé que Toni sigue llamándote. Sé que te amenaza. El problema es que no sé bien de lo que hablo porque no me lo cuentas... No podemos seguir así, no podemos permitirle que te moleste más, no podemos arriesgarnos a que vuelva a hacerte daño.

—Pero...

—No te enfades conmigo, pero vi tu móvil. Ayer, cuando fuiste al baño, no dejaba de sonar y al final lo miré, era él, no lo cogí, pero inmediatamente recibí un mensaje.

Se lo leo, palabra a palabra.

—Oh... Dios mío. —Se lleva las manos a la cara y comienza a llorar.

—No tengas miedo porque no pienso dejarte sola ni un segundo. Pero sólo tú puedes frenarlo. Tienes que denunciarle ya.

—Es que...

—Catalina. Basta. No hay más opciones. Cuando volvamos a casa, iremos a la policía. No le quiero cerca de ti.

—Está bien. No grites. No quiero que Lisa se entere, por favor.

—¿Enterarme de qué?

Nos giramos para encontrarnos con Lisa, de brazos cruzados, apoyada en el marco de la puerta de la cocina.



Catalina

He intentado por todos los medios evitar esta situación, evitar que todos

ellos se enteren de la verdad, no quiero preocuparles, no quiero que sientan lo mismo que siento yo cada vez que suena el maldito móvil.

—Otra vez estamos igual, que digo, estamos peor. Cat, ¿por qué no me lo has dicho? ¿Por qué tienes que pasar por esto sola? —dice Lisa negando una y otra vez con la cabeza.

—Sólo son llamadas. No le he visto más...

—Nadie mejor que tú sabe de lo que es capaz Toni, mucho está aguantando. Estoy harta de que siempre haga contigo lo que quiere, estoy harta de que encima de que te hace daño tú siempre le cubras. Pienso subirme a ese avión con vosotros mañana y plantarme en su casa.

—No. Eso es algo que me corresponde a mí Lisa. Entiéndelo. — responde Cristian.

—¿Cómo? ¡Basta ya! Esto es algo que únicamente me incumbe a mí. ¿Os estáis oyendo? Dejad de decir estupideces, por favor. —digo enfurecida.

—No voy a consentir que vuelva a estar cerca de ti. Por las buenas o por las malas pienso apartarlo de tu vida, lo siento. —Cristian habla muy serio y sé que no habrá nada que pueda discutirle en este momento.

31

LAS CARTAS SOBRE LA MESA

Cristian

No volvemos a tratar el tema durante todo el día. Cody no traiciona mi confianza y se hace el loco cuando nos escucha hablar sobre ello, Lisa finalmente accede a morderse la lengua una vez más y a mantenerse al margen del asunto pese a sus ganas de no faltar al encuentro con Toni y poder decirle cuatro cosas y, entre todos, creo que logramos convencer a Catalina de que solo ella puede pararle los pies.

Nuestro vuelo sale esa misma noche, así que aprovechamos el día para pasarlo tirados en la playa, intentando lidiar con nuestra resaca, tomando el sol, jugando con Javi en la arena y bañándonos cada cinco minutos.

Y cuando llega la hora, es Lisa quien nos acompaña al aeropuerto.

—Avisadme de cualquier novedad.

Se dirige a mí porque sabe que yo sí que lo haré. Estoy dispuesto a terminar con esto de una vez.

—¿Todavía seguís con los mismo? —Resopla Catalina

—Cat... Por favor, abre los ojos. ¡Ese tío es un cabrón!

—Lisa. Basta. No es tan fácil, necesito tiempo.

—¿No te das cuenta de que precisamente eso es lo que no podemos perder? ¡Está loco! Va a ir a por todas.

—Me estás agobiando. No quiero hablar más del tema.

Yo no quiero entrometerme en esta conversación porque tengo muy claro cuál es el siguiente paso y ahora me parece que ella está intentando recular, pero lo haré de todas formas, aunque tenga que hacerlo solo.

Continúo mirando mi móvil, leyendo todos los mensajes que tengo.

En el grupo hay unas cuantas fotos de Joel vestido con el pijama que le regalamos del Real Madrid, va a ser todo un galáctico, como sus titos. También responden a las fotos que les habíamos enviado Catalina y yo la noche anterior del bodorrio y se habla sobre una fiesta de cumpleaños, la de Patricia.

También tengo un mensaje de Julia.

“Julia: ¡Por fin volvéis! Joder, no sabes lo mucho que te he echado de menos, no he querido molestar mucho esta semana, pero mañana comemos juntos, no es una pregunta, tenemos cosas que hablar y tengo unas ganas infinitas de verte. Por cierto, parecéis dos modelos en las fotos que habéis enviado ;)”

—Amor, vamos, se nos va a hacer tarde.

Asiento mientras guardo el teléfono y me dirijo a Lisa.

—Ten cuidado. —Me susurra en cuanto nos abrazamos.

—Tranquila. Nos vemos pronto pelirroja. Disfruta de tu luna de miel.

Ellas se abrazan con fuerza, son capaces de discutir, provocar un terremoto para reconciliarse y encontrar la calma justo dos minutos después.



El taxi nos deja en mi casa, meto nuestras maletas en el garaje, le paso un casco a Catalina y arranco la moto.

—Pero... ¿Qué significa esto? ¿Dónde vamos?

—Llévame a su casa. —contesto muy serio.

—¿A casa de quién?

—Lo sabes muy bien, pero si lo prefieres, te lo aclaro: Llévame a casa de Toni.

—No. No es buena idea, Cristian, por favor, no es el momento. No quiero que te metas en problemas.

—Catalina, yo voy a ir. Si no me acompañas, buscaré la forma de encontrarle.

Ella suspira, rindiéndose.

—Está bien. Iré contigo. Pero esperemos a mañana.

—Sólo quiero hablar con él y no voy a esperar ni un minuto más para hacerlo, lo siento.

Comprende que no va a convencerme, así que se resigna, se pone el casco muy seria y asiente con la cabeza, aceptando acompañarme dónde sea necesario.

Llegamos a la puerta principal de su edificio y para mi desgracia, puedo

comprobar que vive demasiado cerca de Catalina, a penas a unas tres manzanas y, enfurezco al momento.

—Todavía tengo las llaves...

¿Cómo? ¿A cuento de qué? Sin duda, esto empeora por momentos.

—Genial. Entonces, abre la puerta.

Entramos en el ascensor, ella visiblemente nerviosa y yo con una aparente frialdad que es preocupante.

—Cris... Me has dicho que sólo querías hablar. Por favor, no entres en su juego.

Asiento lentamente, la atraigo hacía a mí, la beso e intento calmarla. Dos minutos después, estamos golpeando la puerta.

—Vaya, vaya. Que grata sorpresa, la pareja del siglo viniendo a visitarme. ¿A qué debo el honor?

Oír su voz, tenerle en frente, recordar el último mensaje que le ha enviado a Catalina, imaginar que vuelve a tocarla y a hacerle daño, me supera.

Cuando quiero darme cuenta, mi cuerpo ya ha reaccionado, noto cómo su mandíbula cruje en el mismo momento que mi puño toca su cara. Es un puñetazo limpio y certero, tan rápido que ni siquiera lo ha visto venir y le hace caer al suelo.

Se levanta riéndose cínicamente, escupe la sangre que tiene en la boca e intenta provocarme.

—Veo que vienes con ganas de fiesta.

—Cristian, por favor, vámonos. —Escucho la voz de Catalina demasiado lejana.

—¡No! No pienso irme de aquí —le respondo sin apartar los ojos del miserable que tengo justo delante—Y tú, aquí la tienes, tócala, haz todo lo que decías que le ibas a hacer, ponle una mano encima delante de mí si tienes cojones.

El ríe con ganas mientras yo cada vez siento más asco.

—¿Vas a pegarme otra vez?

—No me pongas a prueba. Deja de ser tan cobarde y cumple lo que dices. ¡Vamos! Intenta acercarte a ella.

—Cris, amor, vámonos de aquí. —Vuelve a pedirme Catalina.

Poco a poco pierdo más los papeles, me encuentro en un punto incapaz de razonar, en el que no me importa traspasar ciertos límites.

—¿Por qué no le dices la verdad? —se dirige a ella por primera vez—

Dile que nadie te hace disfrutar como yo y que siempre vas a ser mía.

—Toni. ¡Basta! No quiero saber nada más de ti, quiero que salgas de mi vida, si alguna vez te he importado o me quieres una cuarta parte de lo que crees, evítanos todo esto.

—Eres una perra... Te vas a arrepentir.

—¿La estás amenazando? —pregunto lleno de rabia.

—Sólo digo que es imposible que esté pegada a ti las veinticuatro horas del día. Lo único que necesito es un descuido... y... ¡zas! Volverá a ser mía.

No quiero continuar escuchando, quiero hacerle callar, apartarle de nuestra vida para siempre.

Le empujo con fuerza, le tiro al suelo y me ensaño con él, pierdo la cuenta de todos los golpes que le doy. Catalina intenta pararme... Pero cuando lo consigue, tal vez, es demasiado tarde.

JAQUE MATE

Cristian

Por suerte o por desgracia, cuando le oigo reír mientras vuelve a dirigir su mirada hacia a mí, veo que no es demasiado tarde, mala hierba nunca muere.

Algo en mi interior se calma y oigo a Catalina suspirar de alivio, por un momento ambos hemos pensado lo peor.

—¿Ya te has cansado? —dice en tono jocoso.

—La verdad es que no, pero lo último que quiero es convertirme en alguien como tú.

—Deja que entre a recoger mis cosas, creo que todavía me queda algo aquí. —añade Catalina.

—Aquí ya no hay nada tuyo. —dice mirándola con odio mientras se levanta y se acerca a ella más de la cuenta.

—Ni se te ocurra dar un paso más. —Le paro colocando mi mano en su pecho.

—Quítame las manos de encima o esta noche correrá mucha más sangre por aquí.

Justo cuando termina de decir esas palabras me empuja con rabia, alejándome de ellos y permitiéndole la entrada a Catalina, entonces me mira, sonrío y de un solo golpe cierra la puerta ante mí.

¡Mierda!

Golpeo la puerta como un loco, pensar que Catalina está ahí dentro, sola, con él, me desespera, necesito entrar para sacarla de ahí. No puedo soportar la idea de que vuelva a hacerle daño.

—¡Catalina! ¡Cabrón! ¡Abre la puta puerta!

Me sorprende que ningún vecino salga para averiguar qué ocurre o a ofrecermé su ayuda, me estoy dejando la garganta en cada grito y mis nudillos se resienten con cada golpe.

Intento tirar la puerta abajo, no logro escuchar nada y el no saber qué

ocurre me mata.

—¡Catalina! ¡Dime algo!

Nada. Silencio. Me desespero con cada minuto que pasa, pero de repente escucho un grito ahogado. Es Toni el que chilla. Oigo cómo la insulta y un fuerte golpe me estremece.

Intento de nuevo tirar la puerta abajo, otra vez sin éxito, todo esto no estaría pasando si yo no la hubiera traído hasta aquí.

El desquicio consigue que pierda los papeles, un sudor frío se apodera de mí e incluso dejo de sentir el dolor que me provoca cada golpe.

La escucho chillar y negarse a algo.

¿Qué cojones le está haciendo?

Me siento impotente, no consigo pensar con claridad, lo único que se me ocurre es llamar a la policía, aunque no tengo claro que consigan llegar a tiempo, pero no me queda otra.

No llamo a emergencias porque el maldito 112 está cargado de protocolos estúpidos. Llamo directamente a la comisaría de la Policía Nacional de Valencia.

—Policía Nacional. ¿En qué puedo ayudarle?

—Por favor, les necesito. Mi chica está en peligro.

No sé cómo consigo encontrar las palabras adecuadas para contarle lo que está ocurriendo, pero lo hago, mis nervios se palpan a través de la línea e intento terminar lo antes posible.

—Señor, mantenga la calma. Hay una patrulla por la zona, en diez minutos estarán allí.

Cuelga y yo continúo chillando como un loco y golpeando la puerta sin parar.

—Buenas noches. ¿Qué está ocurriendo aquí?

Me giro y me encuentro a dos hombres vestidos de uniforme. Reconozco que no esperaba que llegaran tan rápido. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Agentes. Por favor, sáquenla de ahí. Ese tío está loco.

—Tranquílcese y explíquenos lo sucedido.

—¡No puedo tranquilizarme! ¡Está en peligro! ¿No lo entienden?

Vuelvo a gritar su nombre. La angustia me desgarrar.

—¡Catalina! ¡Responde! Di algo, por favor.

—¡Cristian! ¡Ayúdame! ¡Noooo! —Su voz se oye débil y lejana a través de la maldita madera que nos separa, él la hace callar y de nuevo vuelve a escucharse un golpe.

Los agentes se miran entre sí, abren los ojos como platos y me obligan a apartarme.

En cuestión de segundos consiguen tirar la puerta abajo, me levanto rápido del escalón en el que me había sentado, ellos intentan detenerme cuando ven que voy a seguir sus pasos, pero niego con la cabeza.

—Yo también voy a entrar.

No me lo impiden. Los únicos ruidos que se escuchan en el piso provienen de la habitación del fondo. No dudamos, nos dirigimos hasta allí y abrimos la puerta.

La furia me invade en el momento que mi mirada se encuentra con la de Catalina. No puede más. Sus ojos me suplican que la saque de aquí.

Está sangrando. No sé si es el labio o la nariz, pero un hilo de sangre recorre su cara.

Ella sigue vestida, pero tiene la camiseta completamente desgarrada, clara evidencia del forcejeo.

Están tirados en la cama, él encima de ella, sujetando sus manos para mantenerla inmóvil y con los pantalones desabrochados.

—¡Suéltala!

Me lanzo hacia a él y lo aparto de Catalina. De repente todo ocurre muy deprisa, uno de los agentes viene hacia a mí para sujetarme mientras el otro hace lo mismo con Toni y entonces ella, agotada y presa del pánico, rompe a llorar.



Catalina

Lo sabía. Sabía que lograría entrar a tiempo.

Ver a Cristian cruzar esa maldita puerta lo es todo para mí.

Toni me ha tirado del pelo hasta hacerme llegar a la cama, me ha golpeado cuando me he negado a besarle, se ha puesto encima de mí, bloqueando mis movimientos para que no pueda escapar, ha empezado a rozarse, a besarme el cuello, a tocarme... Ha intentado quitarme la ropa.

Siento asco e impotencia. Me siento sucia.

Jamás pensé que sería capaz de hacerme algo así.

He logrado impedirlo.

No sé cuánto rato más hubiera sido capaz de resistirme, las fuerzas han estado a punto de abandonarme y sé que he estado a punto de rendirme y permitirle que hiciera conmigo lo que quisiera.

Pero ya está. Se acabó. La pesadilla ha terminado. Por fin.

Apoyar mi cabeza en su pecho, sentir su calor y sus brazos envolviéndome ha sido lo único que me ha ayudado a aguantar.

—Shhhh... Tranquila mi amor. Estoy aquí. —susurra en mi oído.

Me relajo. Consigo hacerlo pese a todo el alboroto que hay a mi alrededor.

—Ustedes también deberían acompañarnos a comisaría.

Asentimos y observamos cómo le colocan las esposas a Toni y le obligan a salir de su propia casa.

Nosotros vamos detrás y quizá por primera vez, esta desgracia, sea mi solución y lo aparte de mí para siempre.

CONFLICTOS INTERNOS

Catalina

Nunca hubiera imaginado encontrarme en esta situación.

Estoy dispuesta a hacerlo. Esta vez sí. Mi mente no encuentra ninguna razón para excusar a Toni de lo que ha intentado hacerme. Cristian tenía razón, siempre la ha tenido, pero yo estaba demasiado ocupada fingiendo que no había nada extraño ni dañino en su comportamiento. Qué estúpida.

La sala en la que nos encontramos está iluminada por una luz blanca que incluso me daña los ojos, es fría, muy fría, pero la mano de Cristian, posada encima de la mía me recuerda que no estoy sola en esto, transmitiéndome el calor y el apoyo que necesito.

Mientras esperamos que un agente venga a tomarnos declaración para poner la denuncia por agresión y malos tratos, la voz de Cristian llega hasta a mí, culpable y rota.

—Lo siento. Lo siento tanto...

—Amor, pero... ¿qué dices?

—Podría haberte evitado todo esto.

—No. No digas tonterías. Los dos sabemos que tarde o temprano esta historia hubiera acabado así.

—¡Estaba delante! ¡Joder! ¡¿Cómo he podido ser tan imbécil?!

Me duele el alma al escuchar sus palabras, no sé qué hacer o decir para quitarle ese terrible pensamiento, yo sé que no se podía evitar y que si alguien tiene la culpa de esto soy yo.

—Buenas noches chicos.

Escuchamos una voz ronca que nos pone algo más nerviosos.

—Buenas noches. —respondemos.

—Soy Leonardo —nos tiende la mano a modo de presentación— mis compañeros me han contado lo sucedido. ¿Pueden ustedes contarme la historia completa?

Se sienta y nos mira fijamente, yo empiezo a hablar, a contarle mi

versión, mi punto de vista, las diferentes situaciones en las que me he llegado a encontrar por los celos de Toni y la tortura de estos últimos meses.

—Eres muy valiente. No todas las chicas son capaces de denunciar a su agresor.

Pongo la denuncia y el mismo agente me informa que Toni pasará la noche en el calabozo, pero que no saben cuánto tiempo podrán tenerlo detenido. Me advierte de la nueva situación y me pide que tome precauciones, que me aleje de las zonas donde pueda encontrarme con él y que sea paciente porque la justicia de este país estos temas se lo toman con calma.

Salimos de comisaría, yo solo quiero marcharme a casa y por primera vez la brisa nocturna de una noche de principios de agosto me resulta tan fría como si fuese una cualquiera del mes de diciembre.



Me despierto gracias al olor a café que invade la habitación. No sé qué hora es y la verdad es que tampoco me preocupa mucho.

Me siento extraña, culpable, algo dentro de mí se siente responsable por todo lo ocurrido, no puedo evitar sentirme mal por Toni y por cómo ha terminado nuestra relación.

No quiero salir de la cama, no quiero encontrarme con Cristian, no quiero enfrentar la realidad, por lo menos, todavía no.

Rompo a llorar y me permito vagar por cada recuerdo, por todas esas veces en las que Toni hizo que mi risa sonara tan fuerte como ahora suena mi llanto, por todas las ocasiones en las que me creí feliz a su lado, nos veo discutiendo aquella primera vez y como las siguientes peleas incrementaron su magnitud, vuelve a hacerse tangible cada mal momento que me ha hecho vivir o que nos hemos hecho vivir y me doy cuenta de que me siento un poco más fuerte.

Cojo mi móvil y escribo a la persona que más necesito en este momento.

*“Catalina: Ya está. Lo he hecho. Me siento como un trapo sucio. He denunciado a Toni y ahora...
Creo que ya no sé ni quién soy.”*

La respuesta llega en menos de un minuto.

“Lisa: ¿Yaaa? Madre mía... Justo ahora no puedo hablar, pero te llamo en un rato.”

“Catalina: No te preocupes. Por suerte o por desgracia ya ha pasado. Cuando hablemos te cuento como ha ocurrido todo, todavía me cuesta asimilarlo.”

Y no sé cómo lo hace, pero encuentra un hueco para poder descolgar el teléfono y hacer sonar el mío.

Escucharla me tranquiliza y en este mismo instante comprendo que si tengo que llegar hasta el fondo de esta situación, tengo a la mejor abogada de Reino Unido de mi parte.

Venceremos.



Cristian

Sé que a ella le va a costar asumir la nueva situación, igual que sé el cariño y el aprecio que le tiene al cabrón que es capaz de hacerle tanto daño por interés propio y no puedo evitar sentir rabia e incluso una pizca de celos.

Entre tanto alboroto ya ni siquiera recuerdo si contesté el mensaje de Julia.

Con una inmensa taza de café en la mano y aprovechando que Catalina todavía duerme, la llamo para hablar con ella.

—¡Ei! ¡Buenos días! Qué placer volver a oír tu voz. —responde Julia muy alegre.

—Sí... Aunque no lo creas, me apetecía mucho oírte.

—Oye, ¿qué pasa? Y no me digas que nada porque te conozco.

—¿Podemos quedar para comer? Así te pongo al día.

—¡Claro! Pero... ¿te importa si viene Diego?

—Vaya... Estáis en ese momento máximo de amor, ¿no? —río— No, no me importa—. Veo a Catalina salir de la habitación, me mira, se despereza y me sonrío débilmente— De hecho, mejor, así puedo convencer a Catalina

para que también venga. Nos vemos a las dos en el centro y decidimos dónde comer.

Nos despedimos y colgamos. El interrogatorio no tarda en llegar.

—¿Con quién hablabas? —pregunta extraña mientras se acerca a mí para darme un beso.

—Con Julia. Me mandó un mensaje ayer y he decidido llamarla.

—¿Hemos quedado con ella para comer? —asiento— No me apetece mucho Cristian.

—Cielo... Te irá bien. Necesitas que te dé un poco el aire y olvidar todo lo que ha pasado. Además, ella irá con Diego, no quiero ir solo...

Duda, pero sé que va a aceptar. Me hago el loco, pero no se me escapa el detalle de sus ojos rojos e hinchados. Ha estado llorando y a mí... Saberlo me parte el alma.

—Por favooooor. —suplico arrodillándome ante ella.

—Está bien. Iré. Pero levanta de ahí, idiota.

El sonido de su risa inevitablemente me llena de vida y si yo soy el que le da los motivos para sacarla a relucir... Todavía más.



Los vemos a lo lejos y cuando estamos a punto de llegar donde se encuentran, Catalina me obliga a parar.

—Cris, no quiero hablar del tema, por favor.

Asiento, y aunque yo necesito desahogarme y hablar de ello con Julia, entiendo que no es el mejor momento para hacerlo.

Julia nos ve y prácticamente me tira al suelo por la impulsividad de su abrazo, salta y se agarra a mí como un koala. Yo río divertido mientras intento mantener el equilibrio, pero Catalina y Diego se muestran algo más serios en su saludo.

—¡Cuánto te he echado de menos cara de culo! No vuelvas a dejarme sola ante el peligro.

—¿Qué peligro? —respondo.

—Patricia. Fiesta. Cumpleaños. Organizar. ¿Lo pillas?

Lo pilló. Diego levanta las manos a modo de excusa y Catalina mira hacia otro lado tratando de esquivar el tema.

Julia se acerca a ella y cuando la tiene cerca, su cara cambia de

expresión, imagino que a ella no se le pasa por alto el cambio de Catalina y la leve marca que luce en el labio.

—Oye... A ti ¿qué te pasa?

Ella traga saliva, Diego me mira confundido y Julia la abraza tan fuerte que Catalina es incapaz de contener las lágrimas.

Jamás me hubiera imaginado que llegarían a ser tan grandes amigas.

CONVERSACIONES INEVITABLES

Catalina

En el momento que noto una lágrima descender por mi mejilla entiendo que no estoy capacitada para fingir ni un segundo más, que necesito el calor de mis amigos, de la gente que me quiere, su apoyo y sus palabras diciéndome que todo va a salir bien.

Tengo la sensación de haber cambiado. Yo ya estaba hecha a estas situaciones, no me provocaban ningún dolor emocional, únicamente físico, no derramaba ni una lágrima por nuestras peleas, pero ahora... Todo es distinto. Cristian me ha cambiado.

—¿Puedo darte mi opinión? —pregunta Julia tocándome la mano. Y antes que me dé tiempo a decirle que sí, continúa hablando— Te admiro. Por lo fuerte y valiente que eres. Has hecho lo correcto. Toni... Se merece todo lo que le pase a partir de ahora. Tú no estás sola, nos tienes a todos nosotros, ya lo sabes, no vamos a permitir que vuelva a ocurrir nada de esto ni una sola vez más, pero tú también tienes que poner de tu parte y aunque intente acercarse a ti otra vez... No consentirlo.

—Está en el calabozo por mi culpa. Lo último que intentará es que arreglemos las cosas. Seguramente, ahora mismo, me odia.

—Cuando deberías ser tú la que le odiara... —dice Cristian molesto— Cada vez que recuerdo lo que ocurrió ayer, que te veo ahí y ese cabrón intentando... —resopla— intentando...

—Se acabó. —le interrumpe Julia— No hablemos más del tema. Ese hijo de puta de momento está en el lugar que le corresponde.

—Yo todavía estoy alucinando y lo único que se me ocurre es marcharme con Cristian a buscarlo y hacerle desaparecer. —añade Diego.

No digo nada más, sólo quiero que todo esto termine, que pase el tiempo y que nada de esto vuelva a ocurrir.

—¡Chicos! La comida nos ha sabido un poco amarga, lo sé —comenta Julia guiñándome el ojo— pero todavía tenemos que organizar una fiesta.

—¿Qué tenéis pensado? —pregunta Cris.

—De momento nada. Diego se desentiende del tema, Rubén y Nadia están desquiciados, Joel está con cólicos y el pobrecito se pasa el día llorando y quejándose, están desesperados, no sabría decirte quién lo pasa peor, si él bebé o los papás, así que no les he pedido ayuda. Eric continúa con todo el jaleo de papeles para conseguir que Gabriela y el niño puedan venirse aquí de una vez por todas, así que, supongo que os estaba esperando a vosotros.

—¿A mí? —digo sorprendida— No, no. Yo me desentiendo igual que Diego.

—Pero... —Intenta convencerme Julia.

—No. Me parece increíble todo lo que estáis haciendo por ella, sobre todo tú, a mí en tu lugar me costaría un mundo. Joder, es la ex de tu novio.

—¿Por qué? En realidad, sería ella quien debería odiarme a mí. Diego la dejó para estar conmigo. —Hace el gesto de victoria con los dedos y nos arranca a los tres una carcajada.

—Sí, eso es cierto. Pero en nuestro caso... Os recuerdo que es todo lo contrario. Ella se cegó con Cristian, se pasó meses intentando romper nuestra relación, me odia y soy su gran enemiga por excelencia.

—Amor —se dirige Cristian a mí— eso es pasado, ella está mejor, mucho más recuperada. Podrías al menos venir a la fiesta e intentar tener un acercamiento.

—No creo que sea buena idea, quizá yo soy la última persona que ella espera ver en su cumpleaños y tome mi presencia como una provocación. No sé, no me parece lo mejor para su completa recuperación. Podría alterarla demasiado.

Todos asienten, dándome la razón. Menos mal, si hay algo que me apetece menos que una celebración, es una celebración en honor a Patricia.

Salvada por el sentido común.



Cristian

Terminamos de comer y Catalina me pide que la lleve a casa. Julia quiere que vayamos a su piso para organizar la fiesta de Patricia y aunque no me apetezca dejarla sola, entiendo que es lo que debo hacer.

—Si no os importa, yo tampoco iré. Prefiero pasar por casa de Eric. —añade Diego.

—Vaya... No hay manera. Está bien. No vengáis. No pasa nada. Podremos hacerlo solos. —responde Julia haciéndose la indignada y yo me río.

Nos despedimos para volver a vernos en un rato.

Mientras tanto, a punto de llegar a casa de Catalina, abordo el tema de la forma más delicada posible.

—¿Quieres que me quede contigo?

—No. O sea, claro que me gustaría que te quedaras, pero no quiero que nuestras vidas cambien por lo que ha ocurrido. Ve a casa de Julia, organizad la maldita fiesta de una vez y vuelve sano y salvo.

Asiento lentamente con la mirada apagada, no puedo evitar preocuparme.

—Cris... Yo estaré bien. Cerraré la puerta con llave. Puedes ir tranquilo. Mientras te espero me daré un baño y leeré un libro, también necesito algo de tiempo para mí.

Se acerca a mi boca y me besa con calma. La abrazo con fuerza y me aferro a ella, negándome a soltarla.

—Nos vemos en un par de horas. Te quiero.

—Y yo a ti.



—¿Cómo ese mierda ha sido capaz de hacerle algo así? No lo entiendo, te juro que no lo entiendo. No he querido poner el grito en el cielo antes porque ella es lo último que necesita, pero es que no puedo ni imaginarme por los momentos que ha debido pasar. —dice Julia en cuanto volvemos a hablar del tema.

—Y yo fui incapaz de impedirlo.

—Cristian, ¿crees que eres Superman? No flipes, siempre has hecho todo lo que has podido, no es tu culpa, no te martirices más. Lo único que tenemos que hacer es ir con mil ojos y mantenerlo alejado de ella.

—Tú también crees que en dos días estará merodeando cerca de Catalina, ¿verdad?

—Lamentablemente... Creo que sí. Estos procesos son muy lentos, no habéis presentado informes médicos ni tiene denuncias anteriores. Por

desgracia, el sistema jugará en vuestra contra.

—No sé cómo impedir que vuelva a acercarse a ella.

Julia me abraza y me repite mil veces que no se va a volver a repetir y aunque me cueste, decido creerla, porque si no lo hago me va a costar un mundo seguir mirando hacia delante.

No tenemos ni puñetera idea de qué podemos organizarle a Patricia. La situación y el giro de los acontecimientos nos han hecho pasar mucho más tiempo con ella del que pensábamos que pasaríamos jamás.

Ha vuelto a Valladolid. En cuanto sus padres se enteraron de su enfermedad se la llevaron de vuelta a casa, jamás le han cortado las alas y vieron en nosotros un salvavidas al que agarrarse. Nos han dado las gracias más de mil veces y Patricia ha intentado de mil formas posibles enmendar sus errores.

Es consciente de todo el daño que ha hecho. Sabe hasta qué punto su obsesión por mí la llevó a destrozar su vida e incluso intentar hacerlo con la mía, los primeros días de tratamiento y las primeras sesiones con el psiquiatra para ella fueron una tortura, su cabeza no lograba comprender lo que estaba ocurriendo, lo vivió como una pesadilla, como un castigo.

Pero ahora, vuelve a ser la chica encantadora que me mostró en algunas ocasiones.

Optamos por una fiesta temática. Alquilamos un local, compramos online decoración de los años cincuenta, un disfraz para cada uno de nosotros, contratamos el catering y la barra libre. Ella no puede beber... Pero eso no significa que los demás no debamos hacerlo.

Cuando lo tenemos todo decidido, creamos el grupo de WhatsApp dónde añadimos a los invitados y les informamos de que en dos semanas celebramos una gran fiesta de cumpleaños.

35

ENCUENTROS INESPERADOS Y CHARLAS PENDIENTES

Catalina

Estos días han sido muy complicados. Me he dado cuenta de que pase lo que pase, la vida no se para. La vida no espera por nadie y yo no podía quedarme encerrada en casa viéndola pasar.

Le pedí a Cristian que volviéramos a la normalidad. Era complicado, lo sé, de hecho, todavía lo es. Después de quince días de esa fatídica noche continúo sobresaltándome con cualquier ruido, sigo mirando a mi alrededor veinte veces para asegurarme de que nadie me persigue y la inseguridad me inunda todas y cada una de las veces que salgo a la calle.

Pero aun así, siento una pena mucho más grande que todo lo demás. Nada de lo ocurrido me impide pensar en todo lo bueno que Toni ha hecho por mí durante todos estos años, sigo creyendo que me quiere, tal vez a su manera, tal vez perderme le volvió loco, no lo sé, intento comprenderlo, buscar algún motivo coherente para poder excusarle de lo que hizo... Eso sí, siempre en silencio.

Son unos sentimientos tan contradictorios que, si no los freno de una vez, conseguirán volverme loca.

Me ha tocado ser valiente una vez más. He ido a trabajar todos los días, he permanecido en la tienda todas las horas, con Manuela y sin ella, si hubiera querido... Hubiera podido encontrarme.

Cristian accedió a regañadientes a retomar su vida, él trabajaba de Sol a Sol en el taller y no le parecía buen momento para dejarme sola.

Y aquí estamos, sin sabernos manejar muy bien por estas aguas de inquietud y tranquilidad. Un sábado cualquiera, tirados en el sofá, comiendo palomitas mientras vemos una de esas películas absurdas que a ninguno de los dos nos interesa lo suficiente.

—¿Puedo quedarme aquí contigo? Si te llaman no digas dónde estoy. —
Me suplica.

—Nada me gustaría más, pero tienes que acudir a la mejor fiesta del siglo. —Río con ganas, intentado picarle.

—¿Insinúas que hemos organizado una fiesta de mierda? —pregunta levantando las cejas.

—No, no. Jamás se me ocurriría insinuar nada parecido.

—Cat... Vamos, no seas así, acompáñame. Ven conmigo esta noche.

Ya me parecía extraño que no me lo pidiera una vez más. Lo había intentado mil veces y mi respuesta había sido exactamente la misma todas y cada una de ellas.

—¿Qué te hace pensar que he cambiado de opinión?

—No lo sé... Supongo que tenía que intentarlo. No tengo ningunas ganas de ir.

—Lo pasarás bien, ya lo verás.

—Lo sé, pero lo pasaría mejor si estuvieras ahí. Además, ya sabes que...

—Cris. Deja de preocuparte, por favor. Estoy y estaré bien. Puedes irte tranquilo, no podemos estar completamente pegados por miedo a lo que pueda ocurrir. Anda, ve a disfrazarte de una vez o llegarás tarde.

Me besa y en cuánto lo hace lo único que quiero es que no deje de hacerlo, que no se separe de mí, meterlo en mi cama y encerrarlo en mi habitación hasta que perdamos el conocimiento, pero debo ser buena, así que acaricio su mejilla y vuelvo al sofá con Eevee mientras él se prepara.

Media hora después aparece ante mí el mismísimo Kenickie de "Grease", debo reconocer que está extremadamente sexy, Cristian ha escogido disfrazarse de uno de los chicos de la pandilla de Danny Zuko y lo ha clavado. Aparece con unos vaqueros con el dobladillo hacia arriba, una camiseta azul grisáceo, la cazadora negra, unas botas negras que dejan ver unos calcetines blancos horribles, unas gafas de sol de aviador, un colgante muy parecido al que lleva su personaje en la película, el cigarro detrás de la oreja e incluso se ha hecho un tupé que termina en su frente con un gran tirabuzón.

—¡Uau! ¡Estás impresionante!

—¿Te gusto, nena?

—Ya te digo... Y mira que Kenickie nunca me cayó demasiado bien, siempre he sido más de Danny.

—Lo imaginaba. El gran Danny Zuko, el terror de las nenas, pero es que...

—Patricia va de Sandy, ¿no?

—Efectivamente.

Ambos reímos y confirmamos que Kenickie es la mejor opción. Nos hacemos un par de fotos y ahora, debo reconocer que me encantaría ir con él a esa dichosa fiesta, aunque tuviera que disfrazarme de Betty Rizzo.

—Pásalo bien cielo. Felicítala de mi parte.

Me mira extraño, ni siquiera yo misma sé porque le he pedido que la felicite, supongo que tarde o temprano tendrán que empezar a calmarse las aguas entre nosotras y parece ser que mi interior está dispuesto a que sea más pronto de lo que ninguno esperaba.



Cristian

No soy de los primeros en llegar a la fiesta, más bien de los últimos. Reconozco que lo hemos preparado todo al dedillo, la decoración y el ambiente es espectacular, realmente parece que una vez que cruzas la puerta te adentras de lleno en los años cincuenta.

La música no podría ser más acertada. Suena Elvis Presley, Little Richard, Gene Vincent, Ray Charles, la banda sonora de Grease, entre otras, hemos dedicado mucho tiempo a recopilar buenas canciones y ha dado resultado.

La gente bebe y baila con una sonrisa en la boca, están disfrutando y ese era exclusivamente nuestro objetivo.

Entre tanta gente que ni conozco intento buscar a alguno de mis amigos, principalmente a Julia, quiero regodearme con ella tomando una birra por lo bien que lo hemos hecho.

Pero una mano me impide avanzar, alguien me agarra del brazo y cuando me giro me encuentro a Patricia. No sé cómo narices lo ha hecho, pero es clavada a Sandy en “You’re The One that I Want”.

—¡Patricia! ¡Estás increíble! —digo alucinado.

En el mismo momento que oigo lo que acabo de decir me arrepiento por si eso le da pie a pensar algo que no es, a malinterpretar mis palabras, yo que sé, todo este tiempo he ido con pies de plomo y no quiero cagarla ahora.

—Muchas gracias —sonríe— Tú también estás espectacular. Aunque debo reconocer que tenía la mínima esperanza de que aparecieras disfrazado

de Danny.

—Patricia...

—No, no. Tranquilo. Es un comentario absurdo, por favor, no te pongas a la defensiva. ¿Te apetece que tomemos una copa?

Me lo planteo. No sé cuánto me juego acercándome tanto a ella, el tomar una copa los dos solos puede ser de nuevo el pistoletazo de salida para recular y volver al pasado. Mientras yo deambulo como un idiota por todas las razones que me da mi mente, tanto para irme con ella como para alejarme, veo que Patricia sonrío mirando hacia otro lado.

—Cristian, ¿estoy bien? —Se retoca el pelo y se ajusta la ropa.

—Sí, estás perfecta.

—¿Has visto cómo me mira ese chico?

Me giro para poder ver lo que me dice y compruebo que uno de los camareros del catering la mira embelesado, pero cuando se da cuenta de que le miro se pone tan nervioso que se le caen las copas que lleva en la mano, todo por intentar disimular. No puedo evitar que me entre la risa.

—¡No te rías! Por Dios... Es guapísimo.

—¿Por qué no vas a hablar con él?

Duda un momento, no le quita la vista de encima y aunque creo que es lo que más le apetece me responde algo totalmente distinto a lo que esperaba.

—Puedo hacerlo más tarde. La verdad, es que me gustaría hablar contigo. Creo que hasta que no te diga todo lo que llevo dentro no podré pasar página. ¿Me acompañas, por favor?

Ella estira su mano, yo frunzo el ceño sin entender nada, pero acepto.

—Sí, claro que sí. Vamos.



Catalina

¿Dónde quedó eso de salir los sábados?

Hace un rato que Cristian se ha marchado a la fiesta de Patricia y yo me alegro de haberme quedado en casa, no tengo ganas de nada, sólo de pasarme las horas pegada al sofá y al mando de la televisión.

Cuando decidido prepararme unas palomitas saladas y unas tostadas con Nutella para que mi noche sea más que perfecta, suena mi teléfono.

Es Marta.

—¡Hola! ¡Cuánto tiempo! —digo sorprendida por su llamada.

—La verdad es que sí, pero es que si no te llamo yo... No hay manera de verte.

Tiene toda la razón. Yo para estas cosas soy mucho más despegada, y reconozco que siempre es ella la que tira de nuestra amistad.

—Acepto mi culpa. Perdóname, prometo llamarte más a menudo.

—Con que prometas llamarme, bastará. —Ambas reímos— Vamos a ir a tomar unas cañas al centro. ¿Te apuntas?

—Vaya... Sinceramente no me apetece mucho salir de casa.

—Cat, ¿puedes separarte de tu novio unas horas? Hace mucho que no salimos juntas.

—Pero si Cristian no está.

—¿Entonces? Vamos, va. Nos vemos en Coold Beer, nosotros ya vamos para allá, ven cuando termines.

—Está bien. Nos vemos ahora.

Acepto porque tienen razón, porque no tengo necesidad de estar encerrada en casa, esté Cristian o no, porque quiero pasar tiempo con mis amigas de siempre y retomar la relación que nos unió en su momento.

Me visto en un momento y me hago una coleta alta. No quiero arreglarme demasiado, mucho menos para ir a Coold Beer, hace siglos que no piso ese antro, pero reconozco que siempre me ha gustado pasar alguna noche que otra allí.

Salgo de casa con un destino fijo, no quiero pensar en nada, no quiero torturarme a mí misma, no quiero ponérmelo más difícil, sé que ha llegado el momento de afrontar las situaciones con normalidad así que intento estar tranquila, no girarme para controlar quien camina por detrás de mí, no buscarle por las esquinas y lo logro.

Mantengo mi mente alejada de la realidad. Me centro en recordar buenos momentos, conversaciones con Cristian, ratos que pasamos juntos, la boda de Lisa, mi infancia, mis padres, mis hermanos...

Mierda.

Sólo necesito alzar la vista para comprobar que mis peores pesadillas se han hecho realidad.

Es él.

Es Toni.

Está saliendo de ese maldito bar y va a verme si no reacciono rápido.

El miedo me paraliza. Tengo que salir de aquí. Tengo que marcharme. No puede verme. No quiero que se acerque a mí. ¿Cómo lo hago? Tengo que pasar justo por delante de dónde se encuentra, eso o cruzar la carretera como una suicida.

Siempre puedo volver por dónde he venido. Volver a casa. ¿De verdad voy a pasarme el resto de mi vida huyendo de él?

Sus ojos se encuentran con los míos en el instante más largo que he vivido en toda mi vida.

No. Catalina, reacciona. Muévete.

Veo como la ira le invade. Me mira con odio. Respira acelerado y grita mi nombre.

—¡Catalina!

Escuchar su voz es lo que me recuerda que tengo que marcharme. Veo su intención de venir a por mí, pero echo a correr mientras escucho como me llama desesperado.

—¡Catalina! ¡Ven aquí! ¡Catalina!

Me ahogo. Me cuesta respirar. Los nervios me colapsan y no sé dónde ir. No puedo marcharme a casa, no quiero estar sola si consigo alcanzarme. Necesito aire. Pero el miedo es mucho más poderoso, tanto que me da la energía que necesito para continuar.

Cristian.

La respuesta siempre es Cristian.



Cristian

—Verás... Llevo mucho tiempo planteándome como sería esta conversación. Tengo que decirte tantas cosas que ni siquiera sé por dónde empezar.

—Patricia, no...

—Déjame hablar Cristian, por favor. Te lo debo todo. Me gustaría compensarte por todo lo que has hecho por mí. Soy consciente de todo el daño que te he hecho a ti, a Catalina, a Diego... Incluso a Nadia, siendo una de mis mejores amigas, por no hablar de mi ex prometido, le jodí la vida de un día para otro porque me cegué contigo. Quiero pedirte perdón por cada

comentario dañino, por cada mentira contada al mundo sobre ti, por intentar romper tu relación con Catalina, por haber intentado que ella me creyera a mí y te dejara, por acercarme a Diego únicamente para tenerte más cerca, para poder compartir más momentos contigo... ¡Oh Dios! Me estoy escuchando y sueño realmente patética.

—Patricia, no eres patética. Finalmente se ha sabido toda la verdad, no tienes que pedirme perdón por nada, porque ya te he perdonado, yo y todos los que estamos aquí.

—Pero Catalina me odia y aun así has decidido no dejarme sola en ningún momento en todo este proceso.

—Eso es lo que hacen los amigos, ¿no? —Le sonrío.

—Sí. Por eso también quiero darte las gracias. Por no dejarte cegar por la ira por todo lo malo que hice, por ser buena persona, por comprender que necesitaba ayuda y tenderme tu mano para sacarme de ahí. Yo misma me estaba haciendo tanto daño que hubiera sido incapaz de verlo. Gracias por no darme de lado, gracias por haber olvidado todo, gracias por seguir aquí, gracias por formar parte de mi vida cuando ni siquiera sé si me lo merezco, gracias...

—No me las des más. Todo eso es agua pasada y ha terminado. Ahora todos somos uno, todos luchamos por la gente que nos importa. Tú tienes que seguir con el tratamiento y sobre todo cuidarte mucho para no desestabilizarte.

—Lo sé. ¿Me das un abrazo?

—Claro que sí. Ven aquí.

Nos abrazamos y una lágrima cae en mi hombro.

—Patricia... Es tu cumpleaños, no se vale llorar.

—¿Crees que ella también será capaz de perdonarme algún día?

Y de repente, la siento, la siento aquí, no respondo a la pregunta que me hace Patricia porque su presencia me alerta. Veo a Catalina entrar por la puerta y cerrarla rápido, se apoya en ella e intenta recuperar la respiración.

—¡Catalina!

¿Qué está pasando aquí? Corro hacia a ella porque no hay nada más importante, por lo menos, no en mi mundo.

TU REFUGIO

Cristian

Actúo sin pensar, no puedo perder ni un minuto más y dejo a Patricia con la palabra en la boca. Verla entrar así pone en alerta todos mis sentidos, haciendo disparar mis alarmas.

Se recompone antes de que me dé tiempo a llegar, levanta la mirada, se siente perdida y desubicada, me busca con desespero, pero es incapaz de verme. Las situaciones límite normalmente son nuestras mayores enemigas.

—Cat, ¿estás bien? —pregunta Julia antes de que lo haga yo.

Hemos llegado a su lado a la vez, los dos la hemos visto entrar y creo que no me equivoco al pensar que ambos hemos pensado en lo peor.

—Amor, ¿qué ha pasado?

Agarro su cara entre mis manos, la obligo a mirarme, nuestros ojos se encuentran y parece que consigo que logre encontrar algo de calma.

—Shhh... Tranquila. Cielo, estoy aquí. ¿Qué ha pasado?

—Le he visto —responde con respiración agitada todavía—creo que me ha seguido hasta aquí.

—¡Maldita sea! —digo en un susurro enfadado.

Miro a Julia y sin hablar le suplico que se quede con ella, que no la deje sola, que la tranquilice todo lo que pueda y que no salgan absolutamente para nada.

Ella asiente y antes de salir puedo ver como se lleva a Catalina a la planta de arriba del local dónde se encuentran los reservados.

Salgo como un loco. Sé que debo mantenerme alejado de él, no meterme en problemas, evitar cualquier encuentro, pero no, esta vez no puedo pasarlo por alto.

Miro a cada lado, la calle está abarrotada de gente, pero eso no me impide buscarlo en cada esquina, en cada portal, en cada persona con la que me cruzo, en cualquier parte, creo que hasta miro debajo de las piedras, pero nada, ni rastro de él. Corro sin rumbo, sin destino, sin punto fijo, la rabia

hierva dentro de mí, no me deja pensar con claridad, lo único que quiero es encontrarme de frente con ese cabrón y quitarlo del medio, hacerle desaparecer de mi vida y sobre todo de la suya.

La imagen de Catalina invade mi mente una vez más, consigue devolverme la cordura, hacerme frenar y recordarme qué es lo verdaderamente importante.

Ella.

Estoy a punto de entrar de nuevo en la fiesta cuando veo que Rubén, Diego y Eric salen con ímpetu del local.

—¡Estás aquí! ¿Le has encontrado? —dice Rubén alterado.

—¿Por qué no nos has avisado? —interviene Diego.

Yo todavía estoy tan bloqueado que soy incapaz de responder a ninguna de sus preguntas.

—Volvamos dentro. Cristian, relájate, le encontraremos, pero ahora, ahí dentro hay alguien que te necesita. —comenta Eric intentando calmarme.

Asiento lentamente, serio, tal vez demasiado, pero es que inevitablemente no puedo dejar de pensar en lo que pasará después.



No sé ni cuánto rato he estado fuera, tal vez sólo han sido unos minutos.

Al entrar encuentro a Catalina sentada en el mismo sillón de antes con Julia y Nadia, parece que está más relajada.

En cuanto me ve se levanta y viene corriendo hacia a mí. No dice nada, sólo me abraza fuerte. Y justo en ese momento tengo la sensación de que el tiempo se para. Nos necesitamos, sin más.

—No deberías haber ido tras él... —dice preocupada.

—Siento haberte dejado sola, siento haberme ido así, pero no podía quedarme aquí sin intentar atraparle.

—Pero...

—No. No estaba. No le he visto. He sido incapaz de encontrarle.

—Quizá deberíamos llamar a la policía otra vez, todo lo que le podamos contar servirá para cuando tomen medidas. —La voz de Nadia me obliga a mirar a nuestro alrededor y ahí están todos ellos, arropándonos una vez más.

—Sí. Nadia tiene razón. Creo que deberíais marcharos a casa y mañana volver a comisaría.

—No, no. No hace falta que vengas a casa. Yo ya no tengo ganas de ir a ninguna parte, pero tú quédate. No te preocupes, pediré un taxi. Estaré bien.

Oír a Catalina decirme eso me sienta rematadamente mal. ¿En serio cree que voy a dejarla sola? Lo único que quiero es marcharme de aquí, llevármela a casa y quitarme este estúpido disfraz.

—Ni loco. Yo me voy contigo.



Catalina

Todavía siento leves temblores en mi cuerpo. No puedo evitarlo. A día de hoy aun me cuesta creer lo que siento al ver a Toni. Miedo. Ya no sé hasta donde es capaz de llegar por salirse con la suya, por tenerme, sea de la forma que sea.

Sentir los brazos de Cristian envolviéndome me recuerda que no estoy sola. Que tengo con quien librar esta batalla. Sus brazos me refugian. Sin lugar a dudas, él es mi mayor escondite.

Entramos en casa y Eevee viene como una loca en nuestra busca. No es una reacción normal en ella. Es adorable pero más bien independiente.

Cristian y yo prácticamente no cruzamos palabra, cada uno sumido en sus pensamientos.

Eevee maúlla sin parar. No se aleja de Cristian. Me mira. No cesa en su llanto. Es entonces cuando mirando a mi alrededor veo que hay una nota en la mesa de centro.

Me acerco a ella y la leo.

“¿Por qué huyes de mí? ¿Cuándo te vas a dar cuenta de que no tienes escapatoria? Eres sólo mía. ¿No entiendes que estoy enamorado de ti? Tarde o temprano vas a volver conmigo, contra antes lo asumas, mejor. Quiero decirte que me voy, me marcho un tiempo, dónde nadie pueda encontrarme, pero créeme, volveré a por ti.”

Ahogo un grito justo en el momento que termino de leer.

—Ha estado aquí.

—¿Cómo dices? —Cristian no entiende a qué me refiero y los nervios

responden por mí.

—¿Qué ha estado aquí! —grito.

Le enseño la nota, los temblores de mis manos delatan mi angustia. ¿Cómo puede ser? ¿Cómo ha entrado? No entiendo nada.

Yo me quedo paralizada en el salón. Me dejo caer en el sofá e intento anular mi mente. De repente no siento nada. No pienso en nada.

Puedo ver como Cristian recorre el piso de arriba a abajo, mira en todas las habitaciones, debajo de la cama, en los armarios, en la terraza, detrás de las puertas.

—¿Tiene llaves? —pregunta.

—No. ¿Cómo va a tener llaves? Cambié la cerradura...

—Esto es demasiado. Tenemos que llamar a la policía. YA.



Cristian

Catalina no ha vuelto a pronunciar palabra. Eevee y ella están en el sofá, envueltas en una manta en pleno mes de agosto. La observo desde la cocina, ¿cómo hemos podido llegar a este punto?

Escuchar el timbre me provoca un gran alivio. Supongo que continuar con el papel de hombre duro al que no le preocupa nada no va conmigo, prefiero compartir esa responsabilidad.

Abro la puerta y me encuentro directamente con el inspector Leonardo.

—Buenas noches, chico.

—Buenas noches inspector —respondo recibéndolo con un apretón de manos.

Mira a Catalina y no pregunta nada más, se dirige hacia ella y se sienta a su lado en el sofá.

—Catalina, ¿verdad?

Al menos ha conseguido que reaccione. Catalina le mira y asiente levemente.

—Cálmese.

Esta palabra provoca justamente el efecto contrario. En cuanto la dice, Catalina rompe a llorar de nuevo, niega con la cabeza una y otra vez, se tapa la cara con sus manos, escondiéndose de nosotros.

—Muchacho, prepara una tila. Quizá dos. A ti también te sentará bien tomarte una. —Me ordena.

No rechisto, me limito a hacer lo que dice, aunque justo en este momento me muera por abrazarla. Vuelvo con las dos tazas y veo que Catalina le está mostrando la nota.

Nos hace muchas más preguntas que la primera vez que nos vimos. No me equivoco al pensar que esta noche él también está viendo el peligro de frente. Toca temas que me gustaría no volver a escuchar. Pide detalles. Necesita que seamos concretos. Nos hace preguntas sobre la personalidad de Toni que yo no sé contestar, no entiendo hasta donde quiere llegar con todo esto.

—Chicos, sinceramente, voy a hacer todo lo que esté en mi mano por parar esto, de todas formas, no voy a poder hacerlo ya. Opino que este sitio ya no es seguro. No tengo ni idea de cómo ha conseguido entrar. La puerta no tiene ni un rasguño, la cerradura no está forzada, por lo que me decís tampoco había ventanas abiertas... La nota... Tengo que quedármela. Hay algo que se me escapa. Parece una despedida y una advertencia al mismo tiempo.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer a partir de ahora? —pregunto todavía sin entender nada.

—Intentad hacer vida normal. Si él quiere, aparecerá tarde o temprano, intentaremos encontrarle antes de que lo haga. Buscad un buen abogado, debo deciros que él lo tiene.

—¿Toni tiene un abogado? —Catalina parece extrañada.

—Sí. Gracias a él salió antes de lo previsto del calabozo. Ahora debo marcharme. Cualquier novedad, llamadme a mí directamente.

Nos entrega su tarjeta, se despide de nosotros y se marcha.

No. En absoluto me siento mejor.

Doble vuelta de llave a la cerradura. Compruebo que todas las ventanas están cerradas por completo y con mayor sensación de protección me siento junto a ella en el sofá, la atraigo hacia a mí, Catalina apoya su cabeza en mi hombro, coloca sus piernas encima de las mías y me abraza.

—Tranquila mi amor, todo esto acabará pronto.

Decido terminar con el silencio que nos envuelve poniendo música. En este momento no hay canción más perfecta y necesaria que esta.

“Tu refugio” – Pablo Alborán

“No hay nada mejor que desearte, eres como el Sol caliente, yo soy Marte, nunca es suficiente, nunca sé corresponderte, pero no hay nada más bello que intentarlo mil veces. Soy desordenado cuando quiero, no recogeré los besos que dejé anoche en tu cuello, somos un desastre, pero es cierto, nos queremos, si pasas por mi lado aún se congela el tiempo.”

Tal vez no seamos la mejor relación, tampoco la más maravillosa ni la más ideal. No vivimos en un cuento romántico, la vida golpea fuerte en innumerables ocasiones, pero nos queremos, y ante eso... Nada gana.

“Quién me iba a decir a mí que todo esto existiría. Déjame ser tu refugio, déjame que yo te ayudo, aguántémonos la vida, te recuerdo si lo olvidas, que hemos crecido peleando y sin quererlo nos gustamos, cuántas cosas han cambiado y ya no hay miedo de decir te amo. Te amo.”

No importa cuántas veces escuche esta canción, al oír este verso siempre se me pone la piel de gallina. Nuestra historia resumida en un pequeño puñado de frases.

Si a mí me hubieran dicho aquella mañana que desperté en su casa con una resaca de escándalo que se iba a convertir en la mujer de mi vida no lo hubiera creído nunca. Si alguien me hubiera contado que nuestra relación sería tan complicada, tan distinta a las demás, tampoco me lo hubiera tomado en serio. Jamás creí que llegaría a vivir la pesadilla que estamos viviendo. Jamás creí que sería el refugio de alguien. Y aquí estoy, siendo el suyo, susurrándole al oído que estoy dispuesto a todo por ella, a cualquier cosa, que me permita ayudarla, que nos aguantemos la vida mutuamente porque ya no somos nada uno sin el otro. Nos costó aceptar que nos gustábamos y que quizá debíamos intentarlo y ya veis como ha cambiado todo desde aquellos primeros meses. La de vueltas que da la vida.

“Dejas que me enfade como un niño, sabes que no voy a irme, sólo soy feliz contigo, tú tienes lo tuyo, sé que escondes tus manías, me gusta cuando bailas, sin saber que alguien te mira. Pones cinco veces las alarmas y vuelves a dormirte, no te importa si te llaman. Dejas el café a medias y siempre lo termino y cuando dejas un recado yo siempre me olvido.”

Y no importa que tengamos mil riñas porque mi lugar está a su lado, no me importan sus manías porque seguramente compensen las mías.

“Quién te iba a decir a ti que todo esto ocurriría. Déjame ser tu refugio, déjame que yo te ayudo, aguántémonos la vida, te recuerdo si lo olvidas, que hemos crecido peleando y sin quererlo nos gustamos, cuántas cosas han cambiado y ya no hay miedo de decir te amo. Te amo.”

—Te amo princesa.

Lo susurro cerca de su oído para que pueda escucharlo y retenerlo en algún rincón de su mente. Sus miedos se han desvanecido y se ha quedado completamente dormida.

37

NI UNA MÁS

Catalina

El dolor de espalda me obliga a abrir los ojos, me desperezo oyendo crujir todos y cada uno de mis huesos.

¿Cuándo me he quedado dormida? Veo a Cristian acurrucado en la esquina del sofá, sus manos colocadas encima de mis piernas y la cabeza totalmente caída hacia atrás, no quiero ni imaginarme el dolor de cuello que tendrá cuando despierte.

Me aparto de su lado con cuidado, coloco un cojín en el reposabrazos e inclino su cuerpo con la mayor delicadeza que soy capaz.

Miro el reloj. Son las tres de la mañana. La voz de Pablo Alborán todavía suena de fondo y aunque me encantaría perderme en su música una vez más, necesito tomar el aire.

Salgo a la terraza, la brisa nocturna choca contra mi piel sin pensarlo, mi mirada se pierde en las luces que inundan mi ciudad, en las calles solitarias, en el silencio que reina allá donde mire. Esta noche no se oye absolutamente nada, nadie pasea tranquilamente, no se oyen voces ni risas adolescentes, los rótulos de las tiendas están completamente apagados, como si el mundo supiera que hoy todo cambia, como si hubiera decidido parar durante unas horas para dejarme sola afrontando mis miedos, mis pensamientos y mi valor.

La única voz que escucho es la mía y no deja de repetir lo mismo una y otra vez.

“Siempre has sido la persona más feliz del mundo. Una mujer fuerte, una mujer valiente, una mujer dispuesta a todo, una mujer luchadora, una mujer coraje. No puedes permitir que alguien con tanta maldad te marchite o intente anularte. Ve a por todas, todo está de tu parte. Cuídate, protégete y acaba con todo esto. Lucha hasta el final Catalina.”

Es lo que voy a hacer. Luchar hasta el final.

No importa todo lo bueno que me haya aportado Toni estos años. No importa si alguna vez estuve enamorada de él o de quien yo creí que era. No importa cada bonito recuerdo. No importa el cariño que le he tenido todo este tiempo. Ya no importa absolutamente nada porque todo se ha esfumado. Ya nada de eso existe. Sólo es pasado.

Recuerdo como si fuera ayer cuando Cristian llegó a mi vida. Me aportó una luz que hacía tiempo que no veía. Yo era incapaz de comprender el porqué. No entendía que le hacía tan especial y ahora lo sé. Poco a poco había aceptado sin saberlo vivir en una oscuridad que no merecía, acepté una relación que me ahogaba, creí que vivir en una jaula era lo normal, pero no, estaba equivocada, aunque sus barrotes reluzcan como el oro o contengan purpurina, no dejan de encerrarte. Y Cristian me regaló lo contrario, una relación libre, una relación sana, una relación sin miedos, sin condiciones... Y entonces me volví loca de amor. Un amor de los de verdad, con sus idas y venidas, con baches, con malas rachas, pero real y perfecto en sus imperfecciones.

—Amor.

Me sobresalto sin poder evitarlo. Me pilla desprevenida y me asusta, pero mi cerebro rápidamente detecta que es la voz de Cristian y me inunda la calma.

—Tranquila, soy yo...

—Pensaba que estabas dormido. —respondo en tono dulce.

—Lo estaba. Hasta que me he dado cuenta de que ya no te tenía a mi lado.

Puedo ver en sus ojos que la misma ansiedad que he sentido yo estos días, él también la siente. Por eso he decidido que se acabó. Que no quiero volver a salir a la calle asustada, que no quiero vivir con miedo, no soporto que la gente que me quiere sienta que puede ocurrirme algo en cualquier momento y se cuelgue a las espaldas una misión que no les corresponde a ellos, por ejemplo, protegerme.

—Lo siento Cris... No sé en qué momento de mi vida decidí ponerme una venda en los ojos y llevar esta situación hasta el final. Todo esto es culpa mía y...

—No. —me corta— Nada de esto es culpa tuya y lo peor que puedes hacer es ser tu gran enemiga.

—Se acabó. He tomado una decisión. —frunce el ceño sin entender a qué me refiero— Voy a hacerlo. Voy a llegar hasta el final. Voy a ir a por

todas. Mañana llamaré a Lisa, necesito un buen abogado y ella es la mejor.

Mientras hablo veo como a Cristian le brillan los ojos y asiente con la cabeza sin parar. Coge mis manos y tira de mí hacia él para poder abrazarme.

—Estamos juntos en esto. No lo olvides.

Y su beso borra de un plumazo cualquier temor a lo desconocido. Creo que ha sido la palabra mágica.

Juntos.



He sentido su aliento en mi nuca durante toda la noche. Sus brazos han rodeado mi cintura sin darme tregua. Su cuerpo ha estado completamente pegado al mío y ahora que no está me siento incompleta. Como si le necesitara cerca de mí para que todo saliera mejor.

Salgo de la habitación y le encuentro en la cocina preparando el desayuno.

—Buenos días. —Sonrío y me acerco a besarle.

Me siento distinta. Hacía días que incluso me pesaba sonreír, y ahora, ya ves, es como si de repente me hubiera desecho de una mochila llena de piedras que llevaba cargando a mis espaldas más tiempo del que ni siquiera he sido consciente, algo tan sencillo como dejar caer la venda que cubría mis ojos ha sido muy liberador.

—Cat, tengo que ir a casa de mis padres a recoger un par de cosas. ¿Por qué no te vistes y me acompañas?

—¿Te importa si me quedo?

Sé que duda. No quiere decírmelo, no quiere recordarme que no se queda tranquilo dejándome sola en este piso... Pero es que no podemos pasar pegados las veinticuatro horas del día, porque esa solución, sería el principio del fin.

—Cris ¿cuántas veces tengo que decirte que estaré bien?

—No es tan sencillo, es muy fácil decirlo, pero ambos sabemos que la realidad es muy distinta. Él... Puede aprovechar cualquier mínimo instante para volver a aparecer.

—Hagamos una cosa. Prometo no salir de casa hasta que vuelvas si con eso te quedas más tranquilo.

—No, en realidad no me quedo nada tranquilo. Ayer entró aquí y todavía

no sabemos cómo.

Me acerco a él, rodeo su cuello con mis brazos y sin apartar mis ojos de los suyos me abro en canal.

—No voy a consentir que vuelva a ocurrir nada más. No creo que vuelva a aparecer. Por lo menos, en unos días. No es tan estúpido. Sabe que justamente eso es lo que esperamos, sabe que la policía está involucrada en el asunto. Además, no tengo miedo, ya no.

Suspira antes de hablar.

—Está bien. No tardaré en volver. Por favor, no hagas ninguna tontería. No salgas, no abras la puerta...

Desayunamos sin hablar del tema, nuestras risas invaden el que ha sido mi hogar estos últimos años, la música que hemos puesto de fondo se apodera de la magia del momento, Eevee no deja a Cristian en un solo momento, lo adora, cada vez más y el nombre de Toni no vuelve a ser pronunciado ni una sola vez.

—Voy a llamar a Lisa, creo que debo dar el paso cuánto antes. —digo mientras él termina de vestirse.

—¿Quieres que me quede contigo hasta que hables con ella? —pregunta.

—No. Necesito hacerlo sola. Quizá te parezca una tontería, pero para mí es un paso importante, jamás creí tener que darlo y ahora... Debo lidiar con esta situación delicada yo sola.

Asiente lentamente y se acerca a dejar un beso cálido en mis labios antes de marcharse.

—Te quiero. Mucho.

—Y yo a ti.

Despedirme de Cristian me provoca un gran vacío. Creo que he hecho el mejor papel de mi vida. Es cierto que no tengo miedo, pero de todas formas estoy asustada, ya ni siquiera sé dónde estoy a salvo, por eso mismo quiero terminar con todo esto de una vez.

Me siento en el sofá con mi móvil en la mano, pero antes de llamar a Lisa, antes de dar el paso definitivo, antes de ir a por todas... Me recuerdo a mí misma todos y cada uno de los motivos por lo que lo hago.

A día de hoy ni siquiera tengo claro si soy una víctima más, pero lo que sí tengo claro es que aún existen hombres que siguen siendo machistas y dominantes, que todavía quedan necios que piensan que las mujeres no tenemos derechos, hombre infectados y mujeres afectadas.

Es mucho más hombre el que llora, que el que maltrata.

Jamás debí permitir que me levantara la mano aquella primera vez. Jamás debí perdonarle e incluso comprender que lo hiciera. Jamás debí creer que su comportamiento era normal.

Yo y solamente yo puedo poner fin a semejante barbaridad.

¿Cuánto tiempo más se supone que debía aguantar?

Precisamente se trata de todo lo contrario. Ese es el primer punto en el que me equivoqué. Nunca hay que aguantar, nunca debí permitir que sus palabras me hicieran daño, jamás debí dejarle creer que él podía tomar el control de mi propia vida.

No voy a esperar ni un minuto más. Ahí fuera hay un monstruo disfrazado de hombre paseando tranquilamente por la calle como si fuera alguien normal. Mi mente ha despertado, confío en mí misma, no pienso vivir ni un minuto más en silencio.

Gritaré todo lo que haga falta. Sé que no estoy sola, sé que puedo con esto y con mucho más, sé que ha llegado el momento.

Todo lo vivido, lo bueno y lo malo me han convertido en quién soy y ahora más que nunca debo plantarme, firme ante cualquiera, con la cabeza alta y la mirada fija para dejar claro que hasta aquí, que ya no habrá más.

Basta ya. Acabemos con esto de una vez. Ni una más.

Ni una mujer más en manos de un maltratador. Ni una mujer más anulada a su antojo. Ni una mujer más llorando y pidiendo ayuda en silencio por miedo a ser juzgada. Ni una mujer más con marcas en la piel, huesos rotos o cicatrices a causa de una paliza.

Toni no ha logrado retenerme a su lado como él hubiera querido, pero no por eso debo mirar hacia otro lado, tal vez enamore a otra chica que no corra la misma suerte.

Descuelgo el teléfono y aunque sé que Lisa me lo va a poner tremendamente fácil, soy consciente que esta es una de las llamadas más difíciles de mi vida.

—¡Cat! ¿Cómo estás? —responde enérgica y tal vez algo asustada. Nunca nos llamamos a primera hora de la mañana.

—Pues verás, creo que bien.

Y después de esa frase que oculta todo lo que conlleva le cuento todo lo ocurrido durante la noche anterior.

—¿Cómo cojones ha entrado en tu casa?

—No lo sé. Le he dado mil vueltas, pero no tengo ni idea.

—Por favor, dime que jamás le diste una llave.

—¡Claro que no! ¿Te crees que soy imbécil? ¿Crees que me haría la loca entonces?

—Tienes razón, tienes razón, perdóname. Es que ahora mismo el pánico puede conmigo. Estás en peligro, sal de ahí cuánto antes.

—Lisa. Eres mi mejor amiga y te adoro, pero esta llamada... Es meramente profesional.

—¿Cómo?

—Necesito un buen abogado. De hecho, necesito al mejor. Necesito que pague por todo lo que me ha hecho, incluso por todo lo que hubiera querido hacerme. Quiero que se pudra en la cárcel y curiosamente mi mejor amiga es la mejor abogada de Reino Unido.

—¡Dios! ¡Pensaba que no ibas a pedírmelo nunca! Por fin has abierto los ojos, por fin eres consciente de todo lo que hemos intentado hacerte ver en muchas ocasiones...

El timbre de mi puerta suena dos veces, con insistencia. Dejo de escuchar la voz de Lisa al otro lado de la línea, sólo puedo pensar en una cosa y un nudo se instala en mi garganta. No quiero acercarme a la puerta, pero por otro lado no quiero consentir que el miedo me invada una vez más.

¿Qué hago?

El timbre suena otra vez e inconscientemente mi cuerpo se mueve automáticamente hasta allí, Lisa continúa hablando, no sé ni de qué, suspiro y abro la puerta.

¿En qué narices estoy pensando?

Me sorprende al encontrar un rostro conocido al otro lado. Una chica de pelo castaño está plantada justo delante de mí, mueve la pierna nerviosa y en cuánto nos miramos ambas nos quedamos sin palabras.

—Patricia —susurro sorprendida— Lisa, tengo que colgar. Te llamo en un rato—cuelgo—¿Qué estás haciendo aquí?

—Verás... Me gustaría hablar contigo.

38

CAMBIOS

Catalina

—Antes de nada, déjame decirte que entiendo que estés molesta, aunque eso no significa que comprenda por qué estás aquí. Si te digo la verdad, creo que deberías marcharte, comprendo todo lo que te ha ocurrido, pero no eres la única que tiene problemas.

No le dejo pronunciar palabra porque prefiero evitar cualquier mal rato que me pueda hacer pasar. No quiero meterme en camisas de once varas, no quiero ser la causante de ninguna de sus crisis, pero es que no puedo soportar la idea de que haya venido hasta aquí para reprocharme nada de lo que ocurrió ayer.

—Catalina...

—No. Mi vida tampoco es un camino de rosas. Yo también sufro y yo también lo paso mal en innumerables ocasiones, aunque no lo creas, yo jamás obligué a Cristian para que estuviera conmigo, simplemente, surgió.

—¿Crees que puedes dejarme hablar?

Sí. Claro que puedo dejarle hablar, pero es que no estoy preparada para esta conversación. Sinceramente.

—Claro. —Me aparto de la puerta, invitándola a entrar.

Patricia pasa y se queda plantada justo delante de mí, sin moverse.

—Tú dirás. Te escucho. —digo con resignación.

—Me resulta una situación muy incómoda... Durante estas últimas semanas he pensado en miles de ocasiones todas las formas posibles de empezar esta conversación, pero realmente nunca he llegado a encontrar la más acertada.

—Te lo voy a poner fácil. Ve al grano Patricia. Vienes a recriminarme mi aparición de ayer en tu fiesta, ¿verdad? Créeme, ojalá no hubiera tenido que ir, ojalá no hubiera necesitado sentirme a salvo en sus brazos, ojalá no hubiera jodido tu cumpleaños. Si has venido hasta aquí para escuchar que lo siento... Está bien. Lo siento.

—En absoluto. No sé qué ocurrió ayer, entiendo que no quieras hablarlo conmigo, pero quiero que sepas que si puedo ayudar en cualquier cosa... Puedes contar conmigo.

—¿A qué estamos jugando?

No entiendo nada de esto. Mi cabeza no consigue averiguar que está haciendo ella aquí. Soy incapaz de digerir y comprender sus palabras.

—Catalina, sólo he venido a pedirte perdón por todo el daño que os he hecho.

Sus ojos se empañan en lágrimas y yo... Me bloqueo. No reacciono. No sé cómo actuar en este momento. Esperaba cualquier cosa, enfado, reproches, gritos, acusaciones... Pero no una disculpa.

—No puedes imaginarte lo que significa para mí dar este paso. Me ha costado muchas horas de charla, de aceptación de la realidad, de desprenderme de todo el odio que te procesaba sin motivo... Para mí estar aquí es muy importante, con tu perdón cierro el ciclo, con esta conversación pongo punto final a la peor temporada de mi vida y me gustaría que me escucharas.

Me sorprenden sus palabras, tanto que las mías no salen. Únicamente asiento con la cabeza, dándole pie a que siga hablando.

—Creí volverme loca de amor a los días de conocerle. Supongo que podrás entenderlo, Cristian tiene ese algo que le hace tan especial y te engancha sin que te des cuenta.

Sí. En este caso, la entiendo a la perfección.

—Algo se accionó en mi cerebro —continúa hablando— Todavía me cuesta comprender lo que ocurrió dentro de mi cabeza, mi psiquiatra me lo ha intentado explicar miles de veces, pero no es muy fácil de comprender. Él dice que es algo así como que mi mente se aferró a su propia historia, se aferró tanto que me hizo creer que era verdad. A día de hoy, soy consciente de todo el daño que intenté hacer e incluso del que hice, quería que Cristian estuviera conmigo sin importarme lo que me llevara por delante. Entiendo que me odies, seguramente, si fuera al revés, yo también lo haría.

—Patricia, no te odio, supongo que eso es lo que nos diferencia.

Verle la cara al oír mis palabras me hace sentir mal de inmediato, lo último que quiero es que se sienta mal por mi culpa. A estas alturas de la historia, imagino que ya es algo completamente innecesario.

—No me malinterpretes, por favor. Me refiero a que yo no permití que me hicieras daño, me mantuve al margen, Cristian es libre, aunque esté

conmigo, yo jamás he querido obligarle a nada, siempre ha tomado las decisiones él solo y me escogió a mí. Tus actitudes o comentarios jamás lograron resquebrajar ni un mínimo nuestra relación, ambos teníamos claro lo que queríamos y lo que sentíamos en cada momento.

—Catalina... No puedo irme de aquí sin oírte decir que me perdonas.

—Pero... —Quiero responder, pero me corta de nuevo.

—Necesito saber que todas las heridas que pude causar en un pasado están cicatrizadas. Para mí es muy importante. Después de todo lo que hice, Cristian se ha portado genial conmigo y se lo debo. Eres la mujer que ama, con la que quiere compartir su vida. Me gustaría que empezáramos de cero.

Suspiro porque, aunque no estoy del todo segura de mi respuesta, siempre he creído que todos merecemos una segunda oportunidad.

—Está todo olvidado. Podemos volver a empezar hoy mismo. —
Extiendo mi mano en su dirección para que nos la estrechemos a modo de saludo.

—¡Hola! Soy Patricia. —dice entre risas.

—Yo Catalina. ¡Encantada!

El sonido de una llave acompaña nuestras risas. La puerta se abre y aparece Cristian con dos maletas. Dos maletas que se le caen justo en el momento que su mirada, choca con la nuestra.

—Patricia. ¿Qué estás haciendo aquí? —pregunta sorprendido.



—¡Cody!

Lisa grita el nombre de su marido en cuanto Catalina cuelga la llamada. Lo busca desesperada por toda la casa, sin recordar que el pequeño Javier todavía duerme.

—¡Cody! ¿Dónde estás?

—Shhh. Estoy aquí. ¿Podrías dejar de chillar? Vas a despertar al niño.

Lisa se lleva las manos a la boca, obligándose a callar sorprendida.

—¡Mierda! —susurra— No me acordaba. Bajemos a la cocina, hay algo que tengo que contarte.

Y aunque Cody no entiende absolutamente nada de lo que está pasando y le resulta extraña la actitud de Lisa, se deja llevar y le sigue sin decir ni una sola palabra.

—Me acaba de llamar Catalina. Está convencida. Quiere que lleguemos al fondo de todo este asunto, quiere que vayamos a por todas y yo... No hay nada que necesite tanto en este mundo como acabar con Toni.

—¿Qué le ha hecho cambiar de idea? ¿Ha pasado algo más? ¿Está bien?

Lisa se queda bloqueada ante la pregunta de Cody, la emoción ha podido con ella y se da cuenta de que ni siquiera sabe la respuesta.

—Pues... La verdad es que no nos ha dado tiempo a hablar de ello... Me ha dicho que me llamaría más tarde, pero la he escuchado algo más tranquila que en otras ocasiones.

—Bueno... Al menos va a enfrentarse a ello, te juro que pensaba que no lo haría nunca, que jamás se le caería la venda.

—Créeme. No eres el único. Por lo que sé Cristian no podía soportarlo más, no me imagino lo difícil que debe ser pasar por algo así, querer que termine, buscar desesperado una solución y que ella se cierre en banda, negándose a hacer nada en contra de Toni.

—¿Cómo lo vas a hacer?

—Todavía no lo hemos hablado, pero creo que debo irme a España.

—¿Cuándo? Dios mío, en ocasiones se me olvidan estos arranques de locura que te dan.

—Tenemos que prepararlo todo.

—Ambos sabemos que estos procesos son largos, podrías prepararte desde aquí.

—Cariño... Cat me necesita. Tengo que estar con ella en este momento, por lo menos unos días. Tengo que ir. ¿Por qué no vienes conmigo?

Ella se ríe y se lanza a sus brazos eufórica. Sabe que le esperan momentos difíciles y situaciones complicadas, pero no puede evitar que le invada la felicidad de cerrar una de las peores etapas de la vida de su mejor amiga.

—Pelirroja... Estás como una cabra. Sabes que yo tengo mucho trabajo, ahora mismo viajar me resulta imposible, no puedo marcharme así como así, pero no te preocupes, yo me encargaré de todo lo demás. Me quedo con Javi y de paso controlo a Daniela —Lisa ríe y lo abraza con fuerza—Sea como sea, ambos sabemos que tenéis el caso ganado, encierra a ese cabrón y devuélvele a Cat su libertad.



Cristian

Lo último que esperaba al abrir la puerta era encontrarme con Patricia sentada en el sofá junto a Catalina.

Inevitablemente me pongo en alerta, mi cuerpo se tensa en el mismo instante que soy capaz de digerir lo que me acabo de encontrar, no entiendo nada, mi cabeza va por delante, dándome varias hipótesis de lo sucedido y, desgraciadamente, todas son malas.

—Patricia. ¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto.

Intento controlar todo lo que puedo el tono de voz, no quiero que note mi nerviosismo y mucho menos parecer alterado.

—Yo... Yo... —tartamudea— Ciertamente es que ya me iba.

—Tranquila —intercede Catalina— puedes quedarte, no te preocupes.

Frunzo el ceño porque me doy cuenta de que ninguna de las dos piensa explicarme esta situación. Cat no está a la defensiva, no está molesta, por otro lado, Patricia parecía tranquila antes de que yo llegara.

—Cristian, yo sólo he venido a disculparme con Catalina por todo.

—¿Hasta su casa? Pero Patricia...

—Lo sé, quizá no debería haberlo hecho, pero ayer sentí que tenía que hacerlo, para mí era muy importante.

—Te he dicho mil veces que no era necesario... Está todo olvidado. — respondo.

—Tal vez sí, pero entiéndeme, para mí era algo pendiente, una herida que me impedía avanzar por no estar completamente curada.

—No te preocupes Patricia, ya está, todo solucionado. Agradezco mucho que hayas venido hasta aquí para intentar acercarte a mí. Dejemos el pasado atrás.

Catalina le sonrío y Patricia respira mucho más tranquila, le agradece su comprensión con la mirada y vuelve a dirigirse a mí.

—Cristian, nunca podré agradecerte tanto. Nadie hubiera sido capaz de dejar todo lo negativo a un lado y ayudarme como lo has hecho tú. Sin ti... No tengo claro si a día de hoy estaría recuperada.

—Claro que lo estarías, todavía te queda mucho camino por recorrer, sabes que esto no se soluciona de hoy para mañana, pero todo está en tu mano. Eres muy fuerte, mucho más de lo que crees.

—Gracias por todo, chicos. Creo que tenéis cosas de las que hablar —

dice mirando mis maletas—y yo ya no tengo nada que hacer aquí. Nos vemos pronto.

La despedida es cálida y cuando la puerta se cierra nos invade una bonita sensación: La de hacerle la vida más fácil a un amigo.



Catalina

Si la visita de Patricia me ha dejado completamente descolocada no os podéis imaginar la sensación que me ha recorrido el cuerpo cuando he visto llegar a Cristian con dos maletas. ¿Se marcha? ¿Por qué me pilla de sorpresa? ¿Por qué yo no sabía nada?

—Cristian... ¿Qué significa esto? ¿Te vas a alguna parte?

Él ríe ante mi asombro y se frota la cabeza con sus manos.

—Bueno, imagino que podría decirse que sí. —continúo sin entender nada de nada—Cat, no pienso dejarte sola ni un segundo más, creo que estamos completamente preparados para vivir juntos, no quería hacerlo así, tenía pensado pedírtelo de otra forma, proponerte que nos marcháramos de aquí, quiero vivir contigo, pero no en un sitio dónde hayas compartido miles de momentos con Toni, ya sean buenos o malos, quiero algo que sólo sea nuestro, sé que eso nos va a llevar un tiempo y por eso he decidido que no me importa venirme aquí una temporada, quiero... Quiero pasar contigo el resto de mi vida.

Vaya... No es que se vaya. Es que se viene. Sé que ahora mismo es el momento de que diga algo, cualquier cosa, bueno, cualquier cosa no porque no es plan de que diga ninguna estupidez, pero estoy bloqueada.

No hemos hablado de esto en ningún momento, no me esperaba esta reacción por su parte, aunque pensándolo bien... Es muy Cristian, una decisión tomada en un instante, movido por sus propios sentimientos sin importarle ningún protocolo absurdo, ni la forma correcta de hacer las cosas.

Y ahora ya... ¿Para qué voy a hablar? Si lo único que quiero es comérmelo a besos y empezar a escribir un capítulo completamente nuevo y distinto a lo que ya llevamos de historia.

Me lanzo a sus brazos y le beso con ganas.

—¿Estás seguro de esto? ¿Lo has pensado bien?

—No tengo nada que pensar. Lo único que quiero eres tú y no me importa lo que piense el resto del mundo, no me importa que opinen que es precipitado, no me importa que crean que no va a funcionar porque yo no creo que haya una manera estructurada para hacer las cosas. Las cosas sólo salen bien cuando se sienten de verdad.

Y saber que ahora él también estará aquí, que me quedaré dormida a su lado todas las noches, que despertaré cada mañana con mi espalda pegada a su pecho, que compartiremos baño, desayunos, comidas y cenas me ayuda a desprenderme del poco miedo que se había quedado instalado en mí.

Cualquier batalla resulta mucho más fácil de librar si luchamos juntos.

ENFRENTANDO LA VIDA

Catalina

Podría pasarme el resto del día rememorando nuestra historia y no me cansaría jamás.

El primer momento en que nuestras miradas se cruzaron en Coold Beer, fue... distinto, como si algo dentro de mí supiera que era la persona correcta, mi cuerpo reaccionó al instante al verle, nuestra primera noche, con lagunas a causa del alcohol de por medio, levantarme y que ya no estuviera en casa... Recuerdo la punzadita de rabia que sentí, nunca antes un tío se había marchado sin que yo se lo pidiera. Volver una noche más a ese garito sólo para encontrarme con él. Pasar juntos una noche increíble. El silencio de después... Perdernos... No cruzarnos ni de casualidad. Retomar mi vida con Toni, una estupidez. Otra vez Cristian, verle y besarnos a escondidas, todo lo que sentí en aquel beso, todo lo que imaginé durante unos instantes. Dejar mi vida a un lado para crear una con él. Una noche mágica de San Juan. Un verano increíble a su lado. El mejor cumpleaños de mi vida, el mejor regalo, el mejor viaje, la mejor compañía... Granada se quedó anclada en mi corazón desde ese mismo instante. Su viaje. La mentira. La traición. El dolor. Aquello fue mucho peor que muchos de los golpes que había recibido por parte de Toni... Me destrozó. Los días de hospital, saber que él estaba allí y que a mí me doliera más el corazón que cualquier otra parte del cuerpo. Londres, mi gran escondite. Mi forma de pasar página. Retomar la relación con Toni, apartando así de mi lado a la única persona que quería tener cerca. Discusiones diarias. Otra vez el primer golpe. Encontrarme de nuevo con Cristian en uno de los peores momentos de mi vida fue lo último que necesité para darme cuenta de que quería compartir mi vida con él.

Una relación de idas y venidas. Una relación complicada. Una relación que a fin de cuentas es mucho más real que cualquier otra.

Y ahora... Ahora damos un paso más, vamos a vivir juntos, no sé qué nos deparará esta nueva etapa, deseo con todas mis ganas que salga bien,

realmente yo también creo que no importa el tiempo, no importa si es lo correcto o no, lo único que importa es lo que sentimos.

Y cuando se trata de sentir... No nos gana nadie.

—Cris, voy a llamar a Lisa. Antes la he dejado prácticamente con la palabra en la boca, pero es que... Cuando he visto a Patricia ahí, me he bloqueado.

—Normal... Ha venido únicamente a pedirte disculpas, ¿no? ¿O ha dicho algo inapropiado?

—No, no, en absoluto. Ha sido muy correcta, incluso diría que venía un poco asustada. ¿Sabes? La entiendo, entiendo perfectamente esa sensación de saber que tienes que hacer algo que crees que la gente no va a encajar demasiado bien, pero que tú necesitas para poder avanzar.

—Sí... Realmente creo que yo también la entiendo.

Y ambos sabemos a qué nos referimos. Yo a Toni, él a Claudia... Y esas actitudes de valientes, son las que nos han traído hasta aquí.

Salgo a la terraza con un Martini en la mano.

Domingo, el sol brilla con ganas y la temperatura no podría ser más alta. He escogido uno de los mejores días del año para reconducir mi vida y llevarla hacia otra dirección.

Cojo mi móvil y vuelvo a marcar su número.

—Menos mal. Estos minutos se me estaban haciendo eternos.

—Cuando te cuente todo lo que ha ocurrido aquí... Probablemente te darás cuenta de que para mí una hora han sido sesenta segundos.

Me insta a hablar al momento, sin importarle todo lo que ella me estaba diciendo en nuestra conversación anterior, lo relato todo, desde la llegada de Patricia al beso que nos damos Cristian y yo para cerrar nuestro tratado de convivencia.

Sé que está alucinando, nos conocemos extremadamente bien, tanto que no necesito verle la cara para poder descifrar todas y cada una de las expresiones que pone cada vez que deja ir cualquier grito.

—Y después de todo esto... Vuelvo a llamarte, para decirte que ahora más que nunca necesito un buen abogado. Que tienes que ser tú y que tenemos que acabar con esto. Mi vida me espera y yo la quiero ya. Llámame impaciente. —Río.

—Alto, alto pequeño saltamontes. ¿De verdad crees que puedes soltarme todo esto y ahora pedirme tan ancha que nos centremos en Toni?

—Mmmm... Sí. Es lo realmente importante.

—De eso nada bonita, aquí lo único importante es que Cristian y tú vais a vivir juntos. Lo de Patricia le pone más intensidad a la historia, lo reconozco, pero es algo que puedo obviar. Y lo de Toni... Es pan comido.

Las dos reímos, como si no tuviéramos mil cosas que resolver, como si nada malo hubiera ocurrido en los últimos tiempos, como si volviéramos a ser aquellas niñas de quince años que se llamaban a escondidas para contarse que la noche anterior se habían escapado de casa.

—Tengo un vuelo para mañana. ¿Crees que podéis acogerme en VUESTRA casa? ¿O debo buscarme un hotel?

—Mira que eres idiota. Te necesito aquí más que a nada en el mundo, si me olvido de todo lo ocurrido hace un rato, todavía estoy algo asustada.

—Tranquila, todo va a salir bien, Cat.

—Eso espero Lis. Eso espero.

Los brazos de Cristian me rodean desde atrás, sin esperarlo, un suave beso decide quedarse a vivir en un rincón de mi cuello y el vello de mis brazos se eriza ante nuestro contacto.

Ya nada más importa.

Sólo nosotros.



En casa de Nadia y Rubén últimamente no existe la paz. Joel es un amor de niño, eso sí, infinitamente llorón. Las noches han pasado de ser sesiones de sexo desenfrenado a estar completamente despiertos meciendo la cuna intentando que el pequeño se tranquilice.

—Por Dios... A mí me llegan a decir que ser padre era esto... Y yo... Me fugo a Cancún en cuanto me das la noticia.

—¡Rubén! ¿Cómo puedes decir eso? —dice Nadia dolida y enfadada.

—¡Es broma! Últimamente todo te lo tomas a la tremenda, no puedo decir nada. Madre mía que carácter.

—Tienes razón... Lo siento. Es que no lo aguanto más. Es que este niño me agota. Lo quiero con toda mi alma, pero me absorbe la energía. No duerme, sólo llora, come y caga. Esto no es con lo que yo fantaseaba al ser madre.

—Imagino que son etapas que tenemos que pasar.

—Oye, ¿has hablado con Cristian?

—No. Creo que debemos dejarles un poco de espacio. Todavía me cuesta asimilar las vueltas que han dado nuestras vidas. El año pasado éramos todos tíos solteros, sin complicaciones y ahora míranos, Eric todo el día enganchado a la pantalla, nosotros desesperados y Cris que era el único que tenía un problema, logra solucionarlo y ya ves la vida, qué ganas tiene de ponérselo difícil, tanto a él como a Catalina.

—Nosotros no podemos quejarnos, yo lo hago, pero soy feliz, muy feliz. Ellos sin embargo... Están enfrentando situaciones mucho más complicadas. Ojalá estuviera en mi mano ayudarles.

—O en la mía. Pero saldrán de esta, ya lo verás. Si algo me ha quedado claro es que son unos valientes, esas personas que van a por todas y que tarde o temprano... Siempre vencen.



Diego y Julia han pasado la noche juntos, se marcharon de la fiesta muy preocupados por Cristian y Catalina, y es que la llegada de Julia al grupo había unido a las dos parejas y no podían olvidarse de todos los contratiempos que habían tenido que superar.

—Quizá podríamos pasar por casa de Cat... —dice ella todavía con el corazón en el puño.

—¿Crees que la situación está algo más calmada?

—No lo sé. La verdad es que creo que debe ser muy complicado recuperar la calma después de algo así. Es que la vida les está poniendo muchas trabas.

—Voy a llamar a Cristian primero, no vaya a ser que prefieran estar solos.

—Déjame que le llame yo. Sabes que quiero con locura a Catalina, pero es que... A Cristian lo adoro. No puedo soportar ver la tristeza o la rabia en sus ojos.

Diego asiente tranquilo, acaricia su cara y la deja sola para que pueda hablar con calma.

Julia descuelga el teléfono y en pocos segundos la voz de Cristian se oye alegre al otro lado de la línea.

—¡Buenos días morenaza!

—Vaya... Y yo preocupada por si llamaba en un mal momento. Creo

que me he perdido algo. ¿Qué está pasando? ¿En qué momento hemos pasado de estar en una situación trágica a tener algo que celebrar? Por favor, ponme al día inmediatamente.

—Veo que no se te escapa nada.

—Nene, soy mujer. Menos mal que no he dejado que te llamara Diego, si no... Continuaría con el corazón en un puño. ¿Se sabe algo de Toni?

—Bueno, la verdad es que, si retomamos ese tema, quizá el corazón debe seguir ahí, en tu puño quiero decir. No te imaginas la noche que hemos pasado. Toni entró en casa, le dejó una nota a Catalina. Llamamos a la policía otra vez, Cat ha hablado con Lisa para comenzar todos los trámites, y yo... Yo he cometido la mejor locura de mi vida, he ido a mi casa esta mañana, he recogido mis cosas y me he venido a vivir con ella.

—¿PER-DÓN? Alucino. Alucino mucho.

—Normal. Creo que nosotros estamos igual que tú todavía.

—¿Podemos ir a veros? Madre mía ¡Esto hay que celebrarlo!

—Claro que sí. Aquí estaremos.

Cuelgan el teléfono y Julia se lo cuenta todo a Diego. Él también se queda sorprendido y, sin saber por qué, la gran noticia de que vayan a vivir juntos tapa por completo el rastro de la sombra oscura que va dejando Toni en toda esta historia.



—¡Javier!

Nada. No recibe respuesta y Carolina empieza a ponerse muy nerviosa. Cada día le cuesta más moverse gracias a la prominente barriga que lleva a cuestras a todas partes, los pies los tiene completamente hinchados, no deja de repetir una y otra vez que como se vea esas patas de hipopótamo un día más va a terminar cortándose las venas.

Está metida en la ducha y de repente un líquido empieza a empaparle las piernas, puede parecer algo asqueroso, lo toca y lo huele, pero no reconoce el olor.

—¡¡Javieeeeeer!!

Cuando Javier la escucha entra corriendo al baño.

—¿Qué pasa?

—¿Estás sordo? ¡Llevo un rato llamándote!

—Bueno... No te había escuchado, perdona. ¿Qué ocurre?

—¿Qué ocurre? ¡Ocurre que si no me acabo de mear encima creo que he roto aguas! Por Dios, haz algo, me estoy poniendo muy nerviosa.

—¿Cómo?

—Llama a alguien, a quien sea, al hospital, a mi madre, yo que sé.

—¿Te duele mucho? —pregunta alterado.

—No. La verdad es que no siento nada, pero creo que esto es el inicio del parto.

—Está bien. Nos vamos al hospital, ven, te ayudaré a vestirte.

—No, no. Ni hablar. No pienso ir sin ducharme y mucho menos voy a ir con estos pelos. Por favor, ayúdame, serán solo unos minutos.

—Carol, mi amor, mis hijas quieren salir.

—A tus hijas no les supondrá un problema que su madre se adecante un poco. Además, todavía no han empezado las contracciones. Esto ya nos lo explicaron en las clases preparto. Que no cunda el pánico.

—Está bien. —ríe nervioso—Yo nunca he hecho esto. ¿Lavo tu pelo igual que lavo el mío?

La mirada endemoniada de Carolina responde por ella. Javier se centra y coge rápidamente el champú, las manos le tiemblan, no deja de pensar en las horas que le esperan.

—¡Aaaaah! ¡Dios mío! —grita ella de repente encogiéndose.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Javier. Por lo que más quieras, date prisa. Creo que acabo de tener la primera contracción.



Eric sigue enfrascado con lo suyo, su vida se ha resumido en tres puntos importantes, su trabajo, sus amigos y Gabriela.

—No hay nada que deseé más en este mundo que estés aquí.

—Lo sé, amor. Creo que lo lograremos pronto, estoy a punto de conseguir el visado. Tengamos paciencia.

Él siente un gran alivio al saber que tal vez sea verdad, que en cuánto ella consiga el visado logrará venir a España durante dos años y podrán ser una familia.

—Princesa, tengo que dejarte. Voy a llamar a Cristian, ya sabes que

últimamente por aquí las aguas están demasiado alborotadas.

—Sí... Espero que toda esa pesadilla termine pronto. Dígales que tengo muchas ganas de verlos a todos, por favor. Les extraño mucho.



Cristian

Hablo con Julia mientras Catalina lo hace con Lisa, su llamada me recuerda que no todo es alegría, que la decisión que he tomado ha sido a consecuencia del horror que estamos viviendo estas últimas semanas, pero aun así, no puedo evitar estar contento por ello.

—Amor, ha llamado Julia, en un rato vendrán a vernos. Estaban muy preocupados por ti, bueno por nosotros.

—Normal... Imagínate si todo esto les estuviera ocurriendo a alguno de ellos.

Tiene razón, nunca me había parado a pensar cómo actuaría yo desde fuera, he estado tan ocupado mirando mi propio ombligo que ni siquiera he sido capaz de ver en los ojos de los demás lo que estaba ocurriendo. Cada uno tiene su propia vida, con sus problemas, porque aunque en muchas ocasiones pensamos que únicamente nos pasan cosas a nosotros la verdad es que no, que cada uno lidia con lo suyo y yo no he estado ahí para que cuenten conmigo, sin embargo, ninguno de ellos se ha molestado por eso.

Mi teléfono vuelve a sonar, esta vez es el nombre de Eric el que aparece en la pantalla.

—¡Ei! ¡Qué pasa tío! —respondo.

—Aquí estoy, dándole vueltas a lo de anoche. ¿Cómo estáis? ¿Necesitáis algo? ¿Catalina está más tranquila?

Contesto a todas sus preguntas y le cuento la última decisión que he tomado. Su reacción me hace pensar que es al único al que no le ha sorprendido mi reacción.

—Ya era hora. No quería decirte nada para que no te sintieras obligado a ello, pero macho, ya estabas tardando.

Imagino que si él tuviera cerca a Gabriela lo intentaría todo para estar con ella todo el tiempo posible.

—Eric, creo que Julia y Diego vienen para acá. ¿Te apetece venir?

Podríamos comer algo juntos y así celebramos que el final de una etapa sólo es el comienzo de otra.

—Venga, va. ¿Aviso a Rubén?

—Sí, díselo tú. —Un ruidito me avisa de que estoy recibiendo una llamada por la otra línea— Tío, tengo que dejarte, me está llamando Javier. Nos vemos luego.

—¡Javier! Estaba hablando con Eric. ¿Cómo estáis? No te imaginas cómo están las cosas por aquí. —oigo a mi hermana chillar a lo lejos— ¿Es Carolina?

—Sí. Ya nos contarás esas cosas en otro momento, tu hermana está de parto. Avisa a los demás.

Cuelga.

¿Cómo?

¿Qué mi hermana está de parto?

—¡Cat! ¡Catalina! ¡Vamos, recoge tus cosas!

—¿Qué pasa? No me asustes Cris.

—¡Las niñas! Nos vamos a Valencia. Corre, avisa a los chicos para que no vengán, mientras yo llamo a mis padres.

La abrazo y la beso eufórico. Cuántos sentimientos encontrados en un mismo día, aunque si me paro a pensar... En un momento u otro, todo tenía que empezar a rodar en otra dirección.

Los nervios empiezan a apoderarse de mí. Ha llegado el día. Madre mía... Mis sobrinas están en camino.

40

LUZ

Cristian

—¡Mamá! —digo alterado en cuánto ella descuelga la llamada— Acaba de llamar Javier, están de camino al hospital. Carol está de parto.

—¡Dios mío! ¡Enrique! Tu hija, venga, vámonos.

Ella escucha lo que le digo, pero ni siquiera es capaz de responderme, automáticamente se dirige a mi padre.

—Mamá, escúchame un momento, nosotros salimos ya, nos vemos en el hospital, ¿vale?

—Sí. Nos vemos allí hijo.

Recogemos todo lo que nos hace falta, que básicamente se resume en el móvil, la cartera y las llaves. Nada más.

—¿Estás lista?

—Sí.

—Yo estoy de los nervios.

—Lo imaginaba. Vamos en mi coche. —dice Catalina enseñándome las llaves que tiene en la mano.



—¡Joder! Necesito que me pinchen, no aguanto ni un minuto más. — dice Carolina colérica.

—Aguanta Carol, por lo que más quieras. Mira que te he dicho que no nos iba a dar tiempo.

—Javier, ¿de verdad crees que es un buen momento para que me recuerdes lo que me has dicho? Se suponía que esto no tenía que ir tan rápido. ¡Aaaah! ¡Acelera!

Javier pisa el acelerador, no soporta verla así, sabe que no puede hacer nada más que obedecerle porque cuanto antes lleguen al hospital, antes terminarán sus dolores.

Sabían que tarde o temprano tenía que ocurrir, estaban llegando al final de la semana treinta y siete del embarazo, si los bebés no hubieran decidido que era el momento de salir, el parto tendría que haber sido provocado porque el útero probablemente no hubiera sido capaz de expandirse más para que las pequeñas hubieran seguido creciendo en su interior.

Llegan a Urgencias con contracciones frecuentes y dolorosas. Nada más entrar, en cuánto la enfermera ve el estado de Carolina, la sientan en una silla de ruedas y se dirigen hacia dentro, sin hacerla esperar siquiera.

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Carolina. —dice esforzándose en hablar y en no mandarla a la mierda.

—Bien. Carolina, la dilatación ya ha comenzado, vamos a prepararte para el ingreso.

Las enfermeras colocan una vía en su brazo para poder suministrarle cualquier tipo de medicación que pueda necesitar, también la someten a una monitorización fetal, colocando electrodos en su barriga.

—Genial, los dos bebés están colocados cabeza abajo y tenemos los centímetros necesarios para poder ponerte la epidural. ¿Quieres que te la subministremos o prefieres un parto natural?

—Estás de coña. ¿Verdad?

La enfermera ríe mientras mira a Javier, se encoge de hombros y le desea suerte mientras le da una palmadita en la espalda.

—¡Que me pinchen ya! ¡YA!

La han colocado en una camilla, con una de esas batas que cubre su cuerpo completamente desnudo, han vestido o disfrazado a Javier de cirujano y los han llevado hasta el paritorio.

—Bien. Carolina, incorpórate por favor. Ahora voy a pincharte, por favor, tienes que estar completamente quieta, no puedes moverte ni un ápice, aunque sufras contracciones en ese mismo momento. ¿Entendido?

Carolina asiente con la cabeza, coge la mano de Javier y la aprieta fuerte, deja de respirar durante unos segundos, cierra los ojos, intentando así no enterarse cuando la aguja se adentre en su cuerpo ni cuando el líquido empiece a corretear libremente.

—Chicos, ahora sólo falta esperar. Todavía tienes que dilatar unos cinco centímetros más.



Catalina

Puedo sentir lo nervioso que está. Sabía que iba a ocurrir esto, sabía que el día que fuese Carolina la que estuviera a punto de dar a luz, a Cristian le iba a dar algo, con Nadia lo pasó realmente mal, imaginaos como lo está viviendo en este momento.

No ha hablado en todo el camino, bueno sí, en realidad no se ha callado en ningún momento, pero sinceramente me parece que no ha sido capaz de decir nada coherente, los nervios se han apoderado de él. Tampoco ha sido capaz de despegar la vista del móvil.

—Cris... relájate cielo. Seguro que todo está bien, cualquier cosa, Javier nos llamará.

—Lo sé, lo sé, pero es que no puedo evitarlo.

—En media hora estamos ahí, vamos, háblame de cualquier otra cosa, así te distraes.

—Cat, no puedo. ¿Si no llegamos a tiempo?

—Claro que vamos a llegar a tiempo, esto no es cuestión de minutos.

—Ya han pasado casi dos horas.

—Tal vez deberías decir que sólo han pasado dos horas... Mucha suerte deben tener para tener un parto tan rápido, eso si las niñas están colocadas y todo puede seguir el proceso habitual.

—¿Cómo?

Mierda. Justo cuando lo he dicho me he dado cuenta de que quizá es algo que debería haberme callado.

—Amor, ¿por qué no iban a estar colocadas? —insiste.

—Bueno... Al ser dos, las probabilidades de que tengan que hacerle cesárea aumenta. Hay muchas opciones de que una de las niñas venga de culo y deban intervenir.

—Genial... Eso me tranquiliza mucho más.

—Vamos a ver, ¿tú no hablas con tu hermana o qué?



—Carolina, ha llegado el momento de empujar. Tú no te preocupes por nada, céntrate en la respiración, aprieta la mano de Javier todo lo que

necesites y, sobre todo, empuja fuerte.

Ninguno de ellos se centra en el tiempo, cuando el doctor confirma que por fin asoma la cabeza del primer bebé, la energía de Carolina se multiplica, vuelve a empujar con mucha más fuerza, no tiene claro si sólo han pasado segundos, minutos o horas.

—Vamos Carolina, lo estás haciendo muy bien. El primer bebé está prácticamente fuera.

—Javier, ¿puedes verla? —pregunta ella.

—Sí, es impresionante. Venga, cariño, un poco más. Ya casi las tenemos aquí.

Y así es. Las palabras de Javier son todo lo que Carolina necesita. Inspira y aprieta con fuerza, al instante escucha el llanto de la primera niña.

La emoción le invade, pero no puede centrarse en lo que está pasando porque inmediatamente el doctor la insta a que continúe haciendo fuerza.

—Carolina, ahora no puedes parar, en breve podrás disfrutar de ella.

—¿Dónde está Javier?

—Está con la enfermera, lavando un poco a la pequeña.

Carolina siente que debe hacer el último esfuerzo, aprieta con ganas y nota como de nuevo alguien se abre paso desde su interior.

—¡Muy bien! Así se hace. ¡Eres una campeona! ¡Vamos! El último empujón.

Empuja y se deja caer, el cuerpo le pesa una barbaridad, está agotada, pero el sonido de un segundo llanto le obliga a abrir de nuevo los ojos.

Ahí están.

Sus pequeñas.

—¿Quieres cogerlas?

—Sí. Claro que sí.

Colocan a las dos niñas en su pecho, una lágrima de felicidad resbala por su mejilla mientras sonrío mirando a Javier.

El doctor continúa a lo suyo entre sus piernas, pero ella no le da ninguna importancia, ahora... Ya nada más la tiene.

—Qué ganas tenía de conoceros princesas... No os podéis imaginar lo mucho que os queríamos antes de este momento —susurra ella emocionada.

—Mis tres mujeres. —Javier besa la pulsera que lleva siempre con él y con la misma emoción recuerda a su madre. —Carolina me ha hecho el hombre más feliz del mundo, cuídalas y protégelas, sé su ángel de la guarda, ya están aquí mamá... Tus nietas, Alejandra e Irene.

41

MIS PEQUEÑAS

Cristian

Miro el reloj prácticamente cada cinco minutos desde hace unas seis horas. En cuánto hemos llegado, Javier ha salido para informarnos de que Carol estaba bien pero no lo suficiente dilatada, así que probablemente iría para largo.

Eso es todo. Nadie nos ha dicho nada más. Tengo los nervios en la garganta, intento disimularlo todo lo que puedo, más que nada por mi madre, porque sé que a la pobre al final se la van a llevar los demonios.

Estamos los cuatro solos.

El padre de Javier vive en Andalucía, seguramente no llegará hasta dentro de un par de días, sus hermanos... Si os soy sincero no tengo ni idea, eso es lo que escucho cuando me explican cosas de los demás, soy un verdadero desastre.

—A mí me va a dar algo... Estará yendo todo bien, ¿verdad? —pregunta mi madre en alto.

—Claro que sí, Merche. No te preocupes. —responde Catalina.

La puerta se abre e instintivamente todos nos ponemos en pie al ver a Javier.

—Todas están perfectamente. Carol está agotada, pero las niñas... Las niñas son preciosas.

Javier saca el móvil y nos enseña la primera foto de las pequeñas, pese a la cara de mi pobre hermana que debe haber sufrido bastante durante las últimas horas, la foto es increíblemente bonita, y sin haberlas tocado siquiera ya sé que son lo más importante de mi vida.

Mi madre llora emocionada, Catalina ríe nerviosa, mi padre y yo, aunque estamos aguantando la compostura se nos cae la baba.

—Hijo, ¿cuándo podemos entrar a verlas?

—El doctor ha dicho que las trasladarán a planta en un ratito.

—¿A las niñas también? —pregunto.

—Sí. Están perfectas. Alejandra ha pesado 2,400 kg e Irene 2,500 kg y las dos miden 48 cm. Es que nosotros, todo lo hacemos bien.

—Como se nota que ya estás más relajado, ¿eh? —digo entre risas.

—Joder, no te imaginas el rato que he pasado, yo de los nervios creyendo que lo mejor era venir rápido y ella tan tranquila pidiéndome que le lavara el pelo.

—Esta niña no cambiará nunca —dice mi padre— Javier, ve dentro por si te necesitan. Nosotros esperaremos aquí a que las trasladen y podamos verlas.

—Sí, ahora mismo voy. Yo acabo de mandarle la foto a mi padre. Cristian, hazme un favor ¿puedes enviársela tú a los demás?

—Sí. Claro que sí. Nos encargamos de avisar.

—Sobre todo a Claudia —grita en mitad del pasillo— si no tu hermana me mata.



“Cristian: (foto adjunta). Ya las tenemos aquí. Todo ha ido de maravilla, todavía no hemos podido entrar a verlas, espero que no tarden mucho en asignarles habitación.”

—¡Borja! ¡Mira! ¡Carol ya ha parido!

Mientras Borja mira la foto y sonrío, Claudia rompe a llorar desconsolada.

—Pero... ¿Qué te pasa?

—Mi mejor amiga, prácticamente mi hermana, acaba de ser madre y yo no estoy allí para compartirlo con ella.

—Amor, si te marchas mañana por la tarde.

—Lo sé, lo sé, pero me hubiera gustado poder estar en el hospital hoy, no estar a miles de kilómetros, ¿entiendes?

Borja la acaricia, se queda un rato a su lado intentando tranquilizarla y cuando ve que ella coge el móvil para responder al mensaje, decide alejarse, no quiere volver a cometer errores que ya cometió en el pasado.

“Claudia: ¡Madre mía! Dale el abrazo más fuerte que puedas de mi parte y a mis niñas cómetelas a besos. Gracias por avisarme Cris, estaba en vilo,

tu hermana me ha dicho esta tarde que había roto aguas y no he sabido nada más de ella. Mañana salgo para allá, cualquier cosa ya me dices, ¿vale?”

La respuesta de Cristian no tarda en llegar.

“Cristian: ¿Vienes? Mi hermana no me había comentado nada. ¡Tenemos muchas ganas de verte! Pues... ¿Es mucho pedir que traigas todo tu material? Quiero que me tatúes.”

Claudia se sorprende al leer lo que Cristian le ha dicho, pero le provoca una alegría inexplicable.

—¡Cristian quiere que le tatúe! —dice dando saltitos como una cría pequeña.

—¿Y eso te pone tan feliz? —contesta Borja medio riéndose.

—Sí. Con lo pesada que he sido siempre y jamás ha habido manera. Me hace ilusión.

“Claudia: ¿Ah sí? Vaya, vaya... ¡Has terminado cayendo en la trampa! ¡Lo sabía! ¡Sabía que tarde o temprano caerías! Así que no te preocupes, lo llevaré todo.

Nos vemos pronto Cris, un abrazo muy fuerte y mándame muchas fotos de las peques.”



Catalina

Las puertas del paritorio se abren y una camilla asoma tras ellas.

Es Carolina.

Todos salimos con ganas a recibirla, nos la comemos a besos, sin darnos cuenta de que estamos entorpeciendo el paso del celador que el pobre aguanta el tirón y no se queja ni una sola vez.

—Disculpen —nos interrumpe— Voy a llevarla a la habitación 504. El padre ya está allí con las niñas.

Asentimos, recogemos nuestras cosas y nos marchamos corriendo para la habitación que nos ha dicho. Esperamos unos minutos fuera a que coloquen bien la camilla de Carolina.

—Adelante. Pueden pasar. —dice el muchacho muy amablemente.

Entramos con cuidado para que las niñas no noten escándalo ni se asusten. Dios mío. ¡Qué pequeñas! Son preciosas.

Puede que por sus venas no corra la misma sangre que la mía... Pero para mí, son mis sobrinas, sólo con verlas, siento que acaban de robarme el corazón.

—Nosotros nos marchamos ya, a ver si así lográis descansar un poco. —dice Merche.

—Os quedáis en casa, ¿no? —pregunta Javier.

—No, no. Nos marchamos a casa. Mañana volvemos otra vez.

—¡No digáis tonterías! Nuestra casa está vacía, yo también voy a pasar la noche aquí.

—Mamá, tiene razón, como vais a estar yendo y viniendo. —refunfuña Carolina con la poca energía que le queda.

—Es que nos hemos venido sin un triste cepillo de dientes, hemos salido corriendo y no hemos traído absolutamente nada.

—Merche, mañana se compra lo que sea necesario. —La intenta convencer Enrique.

—Eso mamá, así no tenemos que pegarnos el palizón de vuelta. —comenta Cristian.

—Está bien, está bien. Nos quedamos. —Alarga su mano para coger las llaves— Nos vemos mañana. Descansad todo lo que podáis.



No me doy cuenta de lo cansada que estoy hasta que me tumbo en la cama de Carolina.

—¡Oh! ¡Qué dolor de espalda! Estoy cansadísima...

—¿Seguro? —dice Cristian acercándose a mí con demasiadas ganas.

—Ni hablar. Tus padres están en la habitación de al lado.

—Mis padres no se enteran de nada.

—Que no, que no. Ni de coña. Te lo digo ya. Ve a ducharte, con agua muy fría si eso.

Él se ríe mientras niega con la cabeza y a mí me entran las mismas ganas de matarlo que de desnudarlo. Obviamente, me esfuerzo muchísimo para que gane la primera opción.

—Cat, Claudia va a venir.

—Lo imaginaba. ¿Y? —respondo un poco a la defensiva.

—No, nada. Sólo quería que lo supieras, no quiero que te sientas incómoda. También le he pedido que me tatúe, me apetece.

—Vaya, ¿qué te vas a hacer? Qué calladito lo tenías.

—Lo he decidido hace unas horas. —ríe pasándose la mano por el pelo
— Pero no te lo puedo decir, será algo muy significativo para mí, tal vez para nosotros.

No entiendo a qué se refiere, pero es que mi cabeza no da para más. Necesito dormir y necesito descansar.

—Cris, mañana llega Lisa... No podré quedarme aquí más días. Cuando me llame para decirme que sale su vuelo, me marcharé a casa, ¿vale?

—Mierda. Me había olvidado por completo...

—Tranquilo, es normal. No te importa que me vaya, ¿no?

—No. Claro que no. Es más, yo iré contigo. Ya he visto a mi hermana y a las niñas, no voy a dejarte sola.

—Estaré bien. Además, no estaré sola. Estaré con Lisa. Tú debes quedarte aquí y yo debo solucionar mi vida, piensa que necesito hablar con ella tranquila, más como amiga que como abogada.

Sus ojos brillan y se acerca lentamente hasta a mí para dejar un suave beso en mis labios.



El ajetreo que se oye fuera de la habitación me despierta. ¿Qué hora es? No son ni las once de la mañana... ¿Qué escándalo es este? Cristian duerme con la boca abierta, normal, teniendo en cuenta que no hemos dormido ni cinco horas... En fin.

Salgo y me encuentro a Merche organizando todo el piso.

—Ahora lo entiendo todo.

—¡Ay! Perdona cielo. No me digas que te he despertado.

—No, claro que no. —O sí. Dios mío, siempre he oído hablar sobre lo de tener una suegra... Y yo ahora tengo una. Genial. —¿Estás de los nervios?

—Sí y no. Me sabe mal que cuando Carol venga se encuentre el piso manga por hombro.

Río y niego con la cabeza, mi móvil suena y yo no puedo sentir un alivio mayor.

—¡Lisa!

—Hola Cat, han adelantado mi vuelo. Así que en unas cuatro horas más o menos estaré por ahí.

—Vale. Ahora mismo estoy en Valencia. Carol ha tenido a las niñas esta noche, pero en un ratito salgo para allá, ¿vale?

—¿Ah sí? ¡Qué alegría! Pues perfecto, luego me cuentas todo, ahora tengo que dejarte que me pilla el toro. ¡Chao!

Mi mejor amiga me deja con la palabra en la boca. Mi suegra sigue a lo suyo, limpia que limpia y creo que tanto Enrique como Cris, duermen a pierna suelta, aunque sintiéndolo mucho... A uno de ellos tengo que despertarle.

—Amor... Despierta.

—¿Cómo puede dolerme tanto la cabeza?

—Creo que los nervios y el dormir poco... Han podido contigo. Escúchame, Lisa me ha llamado, han adelantado su vuelo, así que voy a arreglarme un poco y me marcharé ya, pasaré un momento a ver a tu hermana y después iré a recoger a Lis al aeropuerto, ¿vale? Te aviso cuando estemos en casa.

—Bueno, voy contigo para el hospital.

—Cris, deberías dormir un poco más. Deja de ser tan protector, me pones de los nervios. Descansa. Tu hermana te necesita al pie del cañón. Recuerda que son dos.

—Está bien, está bien. Pero ve con cuidado, por favor.

Dice esa última frase deteniendo mi giro mientras coge mi mano y me mira muy fijamente a los ojos. Saber que necesita que yo esté bien... Hace que me enamore de él mil veces más fuerte, si es que eso se puede.

42

MEJOR CONTIGO

Catalina

Llevo media hora esperando en la terminal de llegadas, pero Lisa no aparece por aquí. Este es el segundo café que me tomo. Lo necesito. Tanto para evitar que se me caigan los ojos como para poder estar despejada, no me espera la mejor conversación de mi vida precisamente.

Esta mañana cuando he llegado al hospital me he encontrado con una Carol totalmente distinta, salía del baño, ya se había levantado ella solita para asearse mientras Javier babeaba con las niñas.

Es increíble como los bebés cambian en cuestión de horas, si ayer estaban bonitas, hoy no os lo podéis ni imaginar.

—Podría haber llegado en una nave espacial, aterrizarla justo delante de ti en mitad del aeropuerto y no te hubieras dado ni cuenta.

Me giro y me encuentro una melena pelirroja que no deja de moverse mientras me señala con el dedo.

—¿Tú de dónde sales? ¡Si llevo un montón de rato esperándote!

—Sí, ya. Ahora no te hagas la preocupada. —pongo los ojos en blanco y ella ríe— Bueno, que, ¿piensas darme un abrazo?

Claro que sí. Todos los que sean necesarios, no se imagina lo mucho que la necesito aquí en estos momentos. Echaba de menos verla, oír su voz sin estar distorsionada por ningún aparato electrónico... Echaba de menos hasta su olor.

Que importante y necesario es tener la mano de tu mejor amiga cerca cuando la necesitas.

—Ya sé que tienes muchísimas cosas que contarme y que vamos a ocupar gran parte del día hablando de todo y de nada, pero es que necesito que me lleves a tu casa ya.

—¿A mi casa? Había pensado ir a comer por ahí. Tengo tanta hambre...

—Es que necesito ir al baño y ya sabes que... No puedo ir a ninguno público.

—Se me olvidaba la vena abogada de culo fino. Usted perdone. Estaremos en mi casa en unos veinte minutos princesita.

Las dos reímos y nos abrazamos con ganas antes de ponernos en marcha.

Llegamos a casa y mientras ella deja todas sus cosas en la habitación yo empiezo a preparar la comida, unos macarrones a la boloñesa, que, por cierto, me salen de muerte.

—Bueno... Vamos a dejarnos de tonterías. —Oigo su voz tras mi espalda y me giro para verla— Cat, ¿cómo estás? —dice acariciándome la mejilla.

—¿La verdad? Estoy bien, es raro, debería sentirme mal, pero no, todo lo contrario. Es como si en vez de pesarme los hechos... Me hubiera quitado un peso de encima.

—¿Sabes por qué? Porque has decidido terminar con ello. Te has cansado de esta mierda de historia. Pero, tal vez, creo que merezco saber absolutamente toda la verdad.

—¿Quieres saberlo como amiga o como abogada?

—Creo que primero como amiga, aunque vayas a contármelo más tarde de lo que deberías haberlo hecho. Quiero que me pongas al día, que me hables de Cristian, de Carol, de Patricia, de Toni... Como abogada ya hablaremos después.

Y nuestra comida se alarga prácticamente hasta media tarde. Primero le hablo de Carolina y de las niñas, le enseño las fotos e irremediamente se enternece y echa un poco de menos a Javi. Después hablamos de Patricia, de su fiesta de cumpleaños, le cuento por encima el motivo de porque llegué hasta allí y su visita al día siguiente. Hablamos de Cristian, de nuestra relación y del giro de los acontecimientos, básicamente se supone que hemos empezado a vivir juntos, yo todavía no me lo creo y a Lisa, por lo visto le hace una ilusión infinita. Y entonces, sin poder retrasarlo más, llega el momento de hablar de Toni. Se lo cuento todo, todo lo que he callado durante estos años por no querer que se involucrara como sé que lo hubiera hecho, le cuento cada episodio vivido y cada detalle de los que tengo grabados a fuego en mi mente, porque no, por más tiempo que pase, hay cosas que no se olvidan en la vida.

Veo como intenta controlarse, como intenta retener las lágrimas, como fracasa y deja que salgan a borbotones, veo como le tiemblan las manos mientras le explico ciertos momentos, cierra los ojos al imaginarse cada golpe y ver que deja sus sentimientos a la vista me pone la piel de gallina.

Suspiro al terminar y miro al suelo, evitando el contacto visual por un momento, intentando encontrarme conmigo misma y con la fuerza que me caracteriza.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Sí. Claro que sí. —respondo.

—No vuelvas a agachar la cabeza después de abrirte en canal y contar todo lo que te ha hecho ese cabrón. Debe ser él el que tenga su maldita cara pegada al suelo.

Asiento lentamente y ella se lanza hacia a mí y me abraza fuerte, llorando todavía con más ganas.

—Dios mío Cat... ¿Por qué has pasado por todo esto tú sola? ¿Por qué no quisiste contármelo jamás? Yo te hubiera ayudado, te hubiera sacado de aquí, le hubiera matado con mis propias manos si hubiera sido necesario.

—Lo sé. Tal vez fue por eso por lo que lo oculté siempre. Porque yo lo vivía completamente distinto a como ahora lo estás sintiendo tú. No quería que le odieras porque yo sólo quería estar con él. Pero se acabó. Ya no quiero tenerle cerca nunca más en mi vida. Quiero que desaparezca.

Lisa se seca las lágrimas con furia. Me mira orgullosa, asiente y estira su mano para estrechar la mía.

—Señorita Catalina, soy Lisa Rodríguez, su nueva abogada.

—Encantada de conocerla. Terminemos con esto de una vez.

Río ante su ocurrencia, ella es así, tiene el don de hacer fácil lo difícil, la observo mientras saca su maletín y miles de documentos de dentro de él.

—Imagino que no tienes ni puñetera idea de cómo funciona todo esto, ¿verdad?

—Verdad. ¿Ya se han terminado los formalismos? —pregunto con recochineo.

—Sí. A la mierda los formalismos, por mi hermana peleo infinitamente mejor. ¿Puedes traer agua por favor?

—¿Prefieres vino?

—Sí. Por supuesto.

Abre el portátil, se sienta en uno de los taburetes de la cocina y empieza a hablar.

—Vamos a ver Cat, voy a explicártelo lo mejor que pueda, no hace falta que te diga que si tienes cualquier duda me lo preguntes una y mil veces si es necesario, estoy aquí para ayudarte en todo lo que haga falta, ¿vale?

—Vale. —Empieza a asustarme esta conversación. Sólo un poco por eso.

—El primer paso, gracias al cielo, ya lo has dado, pusiste la denuncia y recurriste a la policía. El siguiente paso es solicitar una orden de protección, si el juez nos la concede, que lo hará, es una resolución judicial que ordenará tu protección mediante la adopción de medidas cautelares y/o penales. En este caso, las medidas que se emplearían serían más bien penales como una orden de alejamiento, prohibición de la comunicación, prohibición de volver al lugar del delito o residencia de la víctima.

—Víctima... —susurro.

—Sí, cielo. En este caso la víctima eres tú.

—Pero todas estas medidas únicamente son de palabra, ¿verdad? ¿Quién le impide que se las salte a la torera?

—Nadie. No voy a engañarte, pero no creo que se arriesgue a entrar en prisión. —yo no digo nada más y ella continúa hablando— Déjame decirte que el error más común es que las víctimas creen que con poner la denuncia ya es suficiente y que así cesará la violencia, pero en realidad sólo es el primer paso, es esencial que formes parte de todo el proceso. Tienes muchos derechos que gran parte de las mujeres desconocen, porque si de algo pecamos en esta sociedad es de estar completamente desinformados.

—Lis, yo lo único que quiero es no volver a verle en la vida. Quiero vivir tranquila y feliz. Sin más.

—Lo sé. Pero tengo que hacer mi trabajo de la mejor manera posible. ¿Estás dispuesta a llegar hasta el final?

—Sí, claro que sí.

—Genial. Podríamos solicitar un juicio rápido, no te dejes engañar por su denominación, puede ser a un año vista perfectamente, pero creo que sería lo ideal, tenemos pruebas y testigos para demostrar que se ha cometido un delito y que por lo tanto se pueda celebrar un Juicio Oral. Sólo que, en este caso, el imputado debería reconocer los hechos para que se dictara una sentencia por conformidad.

—Tú mandas. Me dejo guiar por ti.

—¿Estás dispuesta a todo? —pregunta muy seria.

—A todo. —respondo contundente.

Y justo en este momento entiendo que me espera un largo camino por delante, pero no me importa, siempre he creído que terminar con todo es la mejor forma para volver a empezar.



Cristian

No puedo evitar pensar en ella a cada momento, tenerla lejos ahora mismo me sienta como veinte puñetazos seguidos justo en la boca del estómago. Sé que está con Lisa, pero no puedo controlar la imagen que viene a mi mente una y otra vez. Toni persiguiéndola.

—¡Cuñao! ¿En qué estás pensando?

—En Catalina.

—Todavía alucino con todo lo que nos has contado. Es una valiente, ¿eh?

—La verdad es que sí. La admiro. Ojalá terminemos con todo esto de una maldita vez.

Javier ha venido a darse una ducha y a coger algo más de ropa aprovechando que mis padres están en el hospital haciendo compañía a Carol y echándole una mano si lo necesita.

—¿Vamos a hacerles el relevo? —pregunta.

—No soportas estar alejado de ellas.

—No. ¿Tanto se me nota?

—Ni te lo imaginas. Pero sí, yo me muero de ganas por verlas también.

Salimos a la calle, el sol resplandece con ganas, el calor que hace es espectacular, respiro profundo y me lleno de paz y de buenas energías.

—Tengo el coche un par de calles más abajo, no tenía ganas de meterlo en el parking para un par de horas.

Caminamos tranquilos y en silencio. De repente justo delante de mí cae un zapato de bebé, miro hacia arriba y veo a dos hermanos jugueteando en uno de los balcones.

—¡Disculpe! ¡Disculpe! Ya bajo a buscarlo.

No respondo. No por nada en especial, bueno sí.

—Javier. ¿Podemos esperar a que baje la señora?

—Supongo que sí. ¿Qué pasa?

—Llámame loco si quieres, no importa, lo entenderé.

La mujer abre el portal y sale a la calle completamente abochornada.

—Cuánto lo siento... De verdad.

—No se preocupe. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Sí, por supuesto.

—He visto el cartel que tiene colgado. ¿Alquila el piso?

—Sí, la verdad es que hace muy poco que tengo puesto el cartel, hará unas dos semanas.

—¿Le importa si subo a verlo? —pregunto.

Javier no consigue entender nada.

—Claro que no. La verdad es que ahora está un poco manga por hombro, pero... qué demonios. ¡Vamos!

—Pero... ¿Qué significa todo esto? —dice Javier extrañado.

—Luego te cuento. Tú ve tirando, ahora voy yo para allá.

—Como quieras. ¡Nos vemos ahora!



—Mi hermano está tardando demasiado, ¿no crees?

—Bueno, no sé, la verdad es que no sé qué mosca le ha picado Carol.

Justo en ese momento entro por la puerta, escuchando todo lo que estaban diciendo de mí.

—Tranquilos chicos, que no cunda el pánico, ya estoy aquí.

Saludo a mis sobrinas y a mi hermana antes de continuar hablando.

Les cuento el pensamiento que ha invadido mi mente en cuánto he visto ese cartel de “Se alquila”. Quiero vivir con Catalina, pero no quiero hacerlo en su piso, no quiero compartir con ella el mismo espacio que un día compartió con Toni. Me niego.

Quizá desplazarnos a Valencia sea una locura, es venimos un poco con una mano delante y otra detrás, dejando nuestros trabajos y nuestras vidas a un lado, pero de eso se trataba, de empezar de cero, ¿no?

Mi cabeza va a tres mil por hora, ya lo he imaginado todo, la decoración del piso, nuestra nueva vida, estar cerca de mi hermana y de las niñas, estar lejos de Toni y de todo lo negativo que nos ha rodeado durante tanto tiempo.

“Cristian: Amor, tengo algo que proponerte, puede parecerse una locura, pero son locuras que si no cometemos ahora... ¿Cuándo las haremos? He visto un piso precioso en pleno centro de Valencia. ¿Por qué no te escapabas y vamos a verlo los dos juntos? Venga... Por favor... Dime que sí.”

La voz de mi hermana me devuelve por unos momentos a la realidad.

—Mañana llega Claudia, sobre las nueve de la mañana. ¿Podrás recogerla tú en el aeropuerto?

—¿Viene sola?

—¿Esa respuesta cambiaría la tuya?

—Dios, sabes lo mucho que odio que hagas eso.

—¿Hacer el qué?

—Contestarme con preguntas. Has vuelto a hacerlo.

—Perdón. Sí, viene sola.

—Genial, entonces cuenta conmigo.

Mi móvil vibra y Catalina me ayuda a volver de nuevo al mundo paralelo que había construido hace apenas unos minutos.

“Catalina: Tal vez sí sea una locura... Pero ¿por qué no? Las locuras, igual que todo lo demás, siempre son mejor contigo. Te quiero.”



La última vez que vi a Claudia fue en mitad de la vorágine de sentimientos que despertó mi fatídico viaje a Los Ángeles. Han pasado unos nueve meses desde entonces, pero ahí está ella, tan estupenda como siempre.

—¡Cris! ¡Qué ganas tenía de verte!

Nos abrazamos fuerte y me encanta no sentir que mi corazón se acelera sin remedio, que esta historia está más que cerrada.

—¡Yo también! Pero sólo para que me tatúes nena. —digo con tono de malote.

—Te queda tan mal esa voz.

—Serás imbécil. ¿Por qué?

—Por qué tú no eres de esos.

Tiene razón. No soy de esos. Yo soy yo. Cristian Morales. Único y especial.

—Llévame a ver a tu hermana, pero ya. Necesito estar con ella y conocer a mis sobrinas por favor, quiero comérmelas a besos.



—Cristian, llevas dos días enteros dándome el coñazo con el maldito tatuaje. ¿Ahora ya no lo quieres?

—Sí que lo quiero, pero es que hoy viene Catalina y tenemos cosas que hacer.

—Que te pongas ahí y te calles de una maldita vez. —Cuando Claudia se impone, no hay quien le lleve la contraria.

—Clau, que no nos va a dar tiempo, dejémoslo para mañana.

—Ni hablar. Tengo sed de tinta y tú vas a calmarla.

No hay forma de disuadirla, el diseño que ha hecho la verdad es que me flipa, así que me quito la camiseta y me tumbo justo donde ella me pide.

El sonido de la pistola me pone un poco nervioso y el primer pinchazo automáticamente tensa todo mi cuerpo.

—Relájate Cris. Va a quedar increíble. Ya lo verás.

Me dedico a pensar en mil cosas distintas, fíjate si lo consigo que ni siquiera me entero cuando Claudia me dice que ya ha terminado y que puedo ir a mirarme al espejo.

Ahí está.

Tatuado en mi piel.

En la costilla izquierda.

Me encanta.

“Times are changing, i’ll change with them”

Unos ojos azules me miran desde el umbral de la puerta, me sonríen y me gritan a los cuatro vientos que hasta con la piel pintada están locos por mí.

—Así que los tiempos están cambiando y tú cambiarás con ellos. — Traduce mi tatuaje al momento.

—¿Cuánto rato llevas ahí?

—El suficiente para ver que te queda increíblemente bien. ¿Puedo cambiar yo también con vosotros?

—Sabes que esa pregunta no necesita respuesta. De hecho, es lo que debes hacer, tú y yo siempre a la par. ¿Estás preparada?

—Sí. Más que preparada para conocer nuestro futuro hogar.

La atraigo hacia a mí, quiero comérmela, quiero encerrarla en la

habitación y no salir en días, pero no es el momento, imagino que podemos esperar.

—Te quiero, Catalina.

EPÍLOGO

TRES AÑOS DESPUÉS

Catalina

¿Cuántas veces habré escuchado a lo largo de mi vida que el tiempo lo cura todo? Miles de veces. Pero por primera vez, puedo decir a voz en grito que es cierto.

El ser humano está creado para que tarde o temprano olvide el dolor, si no, no podríamos continuar viviendo.

Seguramente tú también lo has sentido en alguna ocasión, esa angustia que se instala a vivir en ti, esa sensación de ahogo porque nada sale bien, esa punzada en el corazón que duele mucho más que un hueso roto, sentir que no puedes respirar por falta de aire... Y también terminaste superándolo, ¿verdad?

El tiempo, nuestro fiel aliado.

Yo he encontrado mi sitio en el mundo.

La mayoría de las veces que la vida me hacía enfrentar una situación difícil, me planteé muy seriamente volver a Madrid, cerca de mi familia, suerte que no lo hice, hubiera cometido el mayor error de mi vida.

Adoro Valencia, adoro mi vida y adoro a todas las personas que me rodean, la familia que no es de sangre pero que yo he elegido.

Miro a mi alrededor y sonrío sin poder evitarlo.

El jardín de Carol y Javier parece Disneyland París. Hoy es el cumpleaños de las gemelas. 3 años. Y mires dónde mires sólo existen globos rosas, farolillos rosas, decoración de princesas, una piñata de Olaf y mucha magia en el ambiente.

Carol va de un lado a otro como la buena anfitriona que siempre es, nada que ver conmigo, por cierto, rellenando las bandejas de comida que van quedando vacías, bocadillos, patatas, aceitunas, bizcochos... Hay de todo. Javier la ayuda con la bebida y a ratos me quedo embobada mirando como juega con los niños.

Puedo ver a Rubén, Diego, Eric, Julia, Nadia y Gabriela hablando sin

parar al lado de la barbacoa. ¿Qué estarán tramando?

Rubén y Nadia volverán a ser padres en cuestión de un par de meses, están más enamorados que nunca y cuántas veces juzgamos su relación al principio, cuando nadie dábamos un duro por ellos, debo reconocer que nos han cerrado la boca a base de bien.

Diego y Julia llevan viviendo juntos unos dos años, desde que se encontraron no han vuelto a separarse jamás. Ellos, sin embargo, no quieren oír hablar ni de niños ni de boda. Son felices así y a mí me encantan, además, debo apuntar que quiero a Julia con toda mi alma.

El anillo que luce Gabriela no da lugar a dudas. Por fin Eric y ella van a casarse, pero esta vez lo harán aquí, junto a todos nosotros, algo mucho más convencional que aquella primera vez, dónde lo hicieron completamente borrachos y les casó Elvis Presley. También viven juntos, en cuánto Gabriela consiguió los visados y pudo traer a su hijo, vinieron a España y ahora su vida está única y exclusivamente aquí.

Claudia, Borja, Sara y Martín hablan y ríen mientras se toman una cerveza tras otra.

No negaré que me costó estar en el mismo sitio que estaba ella, al principio fue difícil, pero lo disimulé todo lo que pude. Eran encuentros muy fortuitos, nos veíamos muy poco y no merecía la pena intentar que nuestra relación fluyera más de lo necesario, pero hace un año más o menos que dejaron todo y volvieron aquí. Borja recuperó su antiguo estudio, hicieron reformas, lo ampliaron y la verdad es que el negocio les va de maravilla. Empezamos a vernos más a menudo y ni quiero, ni puedo odiarla, es un amor de chica, así que todas las rencillas del pasado han quedado olvidadas por completo.

Lisa y Cody también están aquí, estos últimos años han venido muchas veces a verme y han entablado una muy buena relación con todos, las fechas han coincidido de casualidad, ellos venían a pasar unos días de vacaciones en Mallorca y han dado un salto hasta aquí.

De Lisa no puedo decir absolutamente nada que no haya dicho ya.

Bueno, tal vez sí. Le debo la vida.

Consiguió encarcelar a Toni. Se celebraron dos juicios. Al primero asistí muy asustada, Cristian vino conmigo, Lisa es la mejor en su trabajo e iba muy convencida y muy segura de sí misma, pero yo... no estaba preparada para verle. No se presentó. Declaré. Le acusé. Mostramos los informes médicos. Solicitamos una orden de alejamiento que a las semanas fue

concedida.

Pero apareció una vez más, Toni volvió a llamarme. Hacía meses que nadie sabía nada de él, nadie sabía dónde estaba, fue como si se lo hubiera tragado la tierra. Desapareció.

Yo dejé de sentir miedo. Recuperé mi vida. Y el día que menos lo esperaba, volvió a agarrarme del brazo, en mitad de la calle, intentó meterme en su coche. Sin darse cuenta de que justo al otro lado de la carretera, Cristian me esperaba.

Lo retuvo tumbado en el suelo hasta que llegó la policía.

Al segundo juicio sí que asistió, ni nos miramos siquiera, no quería cruzar ni una sola vez más en mi vida mis ojos con los suyos. Alegaron mil estupideces distintas en su defensa, pero Lisa las rebatió todas, llevando siempre ella la voz cantante, acusándolo sin piedad, fue increíble.

El juez no tuvo otra opción. Fue sentenciado a veinte años de prisión.

Las risas de los niños me traen de vuelta al presente, ahuyentando la nube negra que había decidido recordar.

Al mirarlos se me cae la baba al instante, Javi y Joel no dejan a las niñas ni un minuto tranquilas.

Por cierto... ¿dónde está Cristian?

Me hace muy feliz. El piso que quiso que miráramos era perfecto, todavía estamos viviendo allí, fue la mejor decisión que tomamos juntos. Marcharnos de Elche y empezar una nueva vida.

—Toc, toc. ¿Hay alguien ahí?

—Justamente ahora estaba pensando dónde narices te habías metido. — digo sonriendo.

—Estaba planeando cómo podríamos marcharnos de aquí sin llamar mucho la atención.

—¡Anda ya! No digas tonterías, ambos sabemos que no te perderías el cumpleaños de tus niñas, ni loco.

—Está bien —dice levantando las manos declarándose inocente—Me has pillado.

De repente siento unas manitas pegadas a mis piernas y otras tirando de mi vestido con fuerza.

—Eh, pequeñas ¿qué os pasa? —digo agachándome para ponerme a su misma altura.

—Nosotras también queremos ir con vosotros tita Cat.

—¿Con nosotros? ¿Dónde?

Miro a Cristian y le pillo de pleno pidiéndole a Alejandra que se calle de una vez. Ella le hace caso, pero controlar a dos es mucho más complicado.

—Es que no te lo podemos decir, pero el tete te lleva a un sitio muy chuli.

—¿Ah sí? —pregunto con ganas de saber más.

—Niñas, creo que os está llamando mamá.

—Tete, no está bien decir mentiras, te va a crecer la nariz. Mamá está hablando por teléfono. —le reprocha Alejandra un poco enfadada.

—Es verdad, Cris. Está muy mal decir mentiras, rematadamente mal. —digo con un poco de recochineo.

—Tita, ¿sabes qué? —dice Irene un poco vergonzosa—Javi me ha dicho que él también me llevará a la playa cuando seamos grandes como vosotros.

—Shiiii. Son novios. —ríe Alejandra.

—¡Calla tonta! Tu novio es Joel, ja, ja. —Se burla Irene.

—¡Que no! ¡Que yo no tengo novio! —Y de repente esta maravillosa conversación de hermanas se convierte en haber quien corre más de las dos.

Veo como Joel atrapa a Alejandra y le da una flor que se había guardado en el bolsillo. Ella le da un beso en la mejilla y vuelve a correr contenta y feliz.

Bendita inocencia.

—Y bien, ¿puedo saber dónde nos vamos?

—Malditas niñas. No pueden estar calladas, nunca. Lo sabrás mañana mismo, no te impacientes.



Cristian

Mis adorables sobrinas mandaron al traste mi sorpresa en un minuto.

Catalina y yo estamos de vacaciones, no teníamos pensado marcharnos a ninguna parte porque llevamos tiempo ahorrando para poder comprarnos una casita a pie de playa, pero creo que necesitamos desconectar un poco, alejarnos de la rutina y de nuestra vida cotidiana.

Y aquí estamos, tomando el sol en Playa de la Marina, una de las playas más bonitas de Portugal, en Lagoa, Algarve.

—¿Te apetece pasear por la orilla? —Se levanta de un salto.

—¿Cómo?

—Quiero pasear por la orilla, caminar, que el océano vaya mojando mis pies. Venga ¡Vamos!

Y yo estaba como un rey hasta este momento, pero es que estos arranques de locura que le dan me hacen quererla todavía más.

Llevamos andando unos diez minutos cuando de repente frena en seco y se queda embobada mirando al horizonte.

—¿Qué pasa?

Agarro su barbilla con mis dedos y la obligo a mirarme.

En el azul de sus ojos puedo ver reflejado el Atlántico, la puesta de Sol y prácticamente mi mirada.

—Pues que quizá no habré tenido la vida más fácil del mundo, pero la viviría una y otra vez si el final siempre fuera este. Encontrarnos, querernos y tenernos. Tú para mí y yo para ti. Porque a fin de cuentas esto es lo que somos.

Somos nuestro destino.

Agradecimientos

Una vez más me encuentro con que debo daros las gracias a todos y cada uno de vosotros por acompañarme en este viaje, por darle vida a unos personajes más que especiales para mí. Por leerme, por disfrutar mis historias y por estar siempre ahí.

Sois increíbles. Ojalá hayáis disfrutado de esta bilogía tanto como lo he hecho yo escribiéndola y os haya dejado un vacío muy parecido al que me deja a mí terminarla.

Este libro quiero dedicarlo en especial a todas esas mujeres maltratadas. Quiero que sepáis que somos muchos los que estamos dispuestos a gritar con vosotras que ya basta. No estáis solas. Pedid ayuda. Pongamos fin a semejante barbaridad. Entre todos, lograremos conseguirlo.

Debo dar las gracias a los protagonistas, llamadme loca, pero... No sé qué va a pasar a partir de ahora. Ya no hay más. ¿Qué será de Cristian? ¿Qué será de Catalina? Dios mío, la novela ha terminado. Gracias por ser los personajes más especiales que seré capaz de crear jamás, seguramente habrá otros, pero ninguno de ellos será como vosotros. Os adoro. Gracias por cada momento que me habéis regalado, aun no habéis echado a volar y yo a os echo muchísimo de menos.

Sería genial escribir algo original y distinto, pero no puedo, porque debo agradecer a mis amigos su fidelidad y compañía en este maravilloso viaje.

Lorena, Irene, Alejandra, Marxy, Toni, Anaïs... ¿Cuántas veces os he dicho ya lo mucho que os quiero y necesito? Seguramente, no las suficientes.

Cristina (Aura Scott) y Alexia, mil gracias una vez más. Estoy muy orgullosa de poder contar con vosotras, encantadoras y profesionales a la vez. Alexia Jorques, a ti en especial quiero darte las gracias por esta maravillosa portada, cada vez te superas más, eres una artista y no me cansaré de repetirlo.

Mi FAMÍLIA, mi TODO. No hace falta apuntar nada más. Os quiero con locura. Gracias por todo.

Mi héroe, mi ángel... Espero que allá dónde estéis os sintáis muy

orgullosos de mí. Sois mi fuerza y mi luz. Y tú, papá, me haces tanta falta... Nos quedaban tantas cosas por hacer... Espérame, sé que tarde o temprano volveremos a estar juntos.

*“La gratitud debería ser un acto constante de cada hora,
de cada día, de toda la vida”*

Gracias a todos, por tanto, otra vez.